

Mitoterapia

El poder curativo de los mitos

Carlos Goñi



«Hay más fuerza vital
en las narraciones mitológicas
que en todos los libros
de autoayuda»

arpa

Mitoterapia

El poder curativo de los mitos

Carlos Goñi



«Hay más fuerza vital
en las narraciones mitológicas
que en todos los libros
de autoayuda»

arpa

MITOTERAPIA

Carlos Goñi

MITOTERAPIA

El poder curativo de los mitos

arpa

© del texto: Carlos Goñi, 2024

© de esta edición: Arpa & Alfil Editores, S. L.

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 978-84-10313-02-6

Depósito legal: B 8663-2024

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Anna Juvé

Maquetación: Àngel Daniel

Producción del ePub: booqlab

Arpa

Manila, 65

08034 Barcelona

arpaeditores.com

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

1. Caos, cuando todo va mal

2. Gea y Urano, espacio vital

3. Cronos, tiempo al tiempo

4. Cronos destronado, engañar al tiempo

5. Anteo, con los pies en el suelo

6. Cura, ¡cúidate para cuidar!

7. Prometeo, la chispa de la vida

8. Zeus iracundo, temperamento y carácter

9. Epimeteo y Pandora, esperar el bien

10. Deucalión, borrón y cuenta nueva

11. Hera, el placer es tuyo

12. Atenea, ¡protege tu intimidad!

13. Afrodita, ¡que la belleza te acompañe!

14. Eos, la eterna juventud

15. Ío, el regalo de la conciencia

16. Eros, deseo insaciable

17. Psique, invisible a los ojos

18. Acteón, reconocimiento social

19. Endimión, felices sueños

20. Dánae, seguro a todo riesgo

21. Medusa, la mirada del mal

22. Belerofonte, matar a la Quimera

23. Faetonte, la búsqueda del origen

24. Apolo, ¡conócete a ti mismo!

25. Dioniso, al pan, pan, y al vino, vino

26. Hércules, trabajos forzados

27. Jasón, ser quien dices ser

28. Medea, la alfombra voladora

29. Harpías, el orden de los valores

[30. Narciso, el reflejo de una imagen](#)

[31. Perséfone, naturalmente](#)

[32. Orfeo, tu banda sonora](#)

[33. Acontio, palabra de honor](#)

[34. Edipo, el destino de la tragedia](#)

[35. Esfinge, la clave del enigma](#)

[36. Antígona, conciencia obliga](#)

[37. Pigmalión, motivación profética](#)

[38. Minotauro, el monstruo que llevamos dentro](#)

[39. Teseo y Ariadna, la ayuda del ovillo](#)

[40. Dédalo e Ícaro, salir del laberinto](#)

41. Ate, las trampas del error

42. Miss Olimpo , el fruto de la discordia

43. Paris, el niño mimado de los dioses

44. Helena, casus belli

45. Ifigenia, el valor del sacrificio

46. Aquiles, la primera rabieta

47. Patroclo, la fuerza de la amistad

48. El caballo de Troya, el regalo envenenado

49. Ulises, volver a casa

50. Polifemo, la inteligencia contra la fuerza

51. Eolo, viento en popa

52. Sísifo, y vuelta a empezar

53. Sirenas, el dulce canto de la seducción

54. Penélope, alta fidelidad

55. Gracias a las musas

EPÍLOGO. PÍLDORAS DE MITOTERAPIA

PERIPLO BIBLIOGRÁFICO

Para Aura, diosa sin Olimpo...

«A menudo he tenido la fantasía de que existe un mito para cada ser humano».

WILLIAM BUTLER YEATS

PRESENTACIÓN

Creo en los mitos. Creo en la verdad de su mensaje, en la ayuda que nos pueden prestar para conocernos mejor, en su poder curativo. Creo en la mitología clásica, donde podemos hallar el viático necesario para transitar por la vida. Creo también en los mitógrafos, profetas del destino, que nos transmiten un saber atemporal. Creo que la esencia de la humanidad está contenida en los mitos como la vida humana en una noche de pasión. Creo que hay más estímulos vitales en las narraciones mitológicas que en todos los libros de autoayuda y que volver a escucharlas es como oír nuestros propios latidos. Esta es la fe que profeso en este libro.

Creo en los mitos, en esas narraciones fabulosas de origen desconocido que aparecen en el inicio de todas las culturas. Registran de manera alegórica nada más y nada menos que el nacimiento de la humanidad, el momento del parto, un acontecimiento imposible de expresar more geometrico, lógico, denotativo, que está fuera de los límites de la mera razón. En ese sentido, Julián Marías decía que los mitos son difíciles de pensar, y lo son porque, según Albert Camus, «están hechos para que la imaginación los anime», porque «despiertan en el hombre pensamientos desconocidos», por usar las palabras del antropólogo Claude Lévi-Strauss.

Los mitos son los susurros de la divinidad a los oídos de los antiguos, como las primeras palabras que nuestra madre nos musitó en su regazo. Y son verdad porque nos transmiten verdades esenciales sobre lo que somos, nuestro origen y nuestro destino, nuestros miedos y nuestros sueños, certezas valederas en todo tiempo y lugar, que están por encima de prejuicios sociales, culturales o religiosos. En los mitos laten las historias del alma humana.

Así como los antiguos consultaban el oráculo de Delfos para conocerse a sí mismos («Conócete a ti mismo» se podía leer en el dintel de la entrada), nosotros acudimos a los mitos para buscarnos en nuestro origen. Si prestamos la atención suficiente, oiremos sus vaticinios, porque, como dice Yuval Noah Harari, «los mitos son más fuertes de lo que nadie podía haber imaginado».

El «conócete a ti mismo» lo hemos sustituido por el «sé tú mismo». El moderno

eslogan (principio y fin de las recetas de autoayuda) nos dice que no tenemos que curarnos de nada, que simplemente debemos ser lo que somos, que tenemos que actuar espontáneamente, despreocuparnos de todo, vivir sin complejos... Los mitos nos curan justamente de eso.

Creo en la mitología clásica. Ella nos proporciona un saber arcano que podemos actualizar. Sabemos que la vida no es un camino de rosas, que hay realidades que no podemos cambiar, y tenemos que aceptarlas, pero también que hemos de tomar la iniciativa en muchas otras a las que sí podemos darles la vuelta. Los mitos nos aportan sabiduría para discernir las primeras e inteligencia para arremeter las segundas. Nos permiten ver lo que de ordinario no vemos. Es cuestión de afinar la vista, como hicieron los miembros de una tribu que, para sorpresa de Lévi-Strauss, eran capaces de avistar Venus en pleno día. La razón era obvia: el planeta está ahí tanto de día como de noche; se trata simplemente de saber adónde y cómo mirar.

Creo también en los mitógrafos. Estas maravillosas historias que nacieron en un tiempo inmemorial necesitan ser contadas una y otra vez. Gracias a los grandes mitógrafos, como Homero, Hesíodo, Sófocles, Eurípides, Apolodoro, Ovidio, Higino, Boccaccio..., los mitos, nacidos de los arrullos de los hombres primitivos al cobijo de una hoguera, custodiaron lo secreto al ritmo de los milenios. Su fuerza narrativa hace que el paso del tiempo no haga mella en ellos y que sigan interpelándonos también hoy.

Creo que la esencia de la humanidad está contenida en los mitos. En las historias mitológicas, cual laboratorios clandestinos, se ponen a prueba todas las posibilidades de nuestro carácter: los delirios, los afanes, las virtudes y los vicios, las grandezas y las miserias, las ilusiones, los fracasos, los ideales... En ellos se destila la esencia de lo humano. Todo lo que podemos llegar a ser, desde lo más ruin y atroz hasta lo más heroico y magnánimo, se encuentra ya en la alquimia de los mitos.

Creo que hay más fuerza vital en las narraciones mitológicas que en todos los libros de autoayuda. Encontramos en ellas la auténtica ayuda, la cual no consiste en atiborrarnos de recetas morales o fórmulas psicossóficas, sino en estimularnos lo suficiente para que decidamos sobre el curso de nuestra vida. Los mitos no juzgan, nos presentan modelos a seguir o a evitar, vidas vividas hasta el extremo, acciones heroicas y ruines, divinas y diabólicas. Ensayan en la ficción lo que nos puede pasar en la realidad para que apliquemos a nuestra realidad lo que ocurre

en la ficción. Nos enseñan que no todo es accidental, que todas las decisiones tienen sus consecuencias. Las exageran a veces, es verdad, porque, cuando nos va la vida en ello, más vale pecar de más que de menos.

Los mitos son patrimonio de la humanidad, nos cuentan lo que somos y lo que podemos llegar a ser, nos ayudan a ser mejores. Esas narraciones fabulosas, increíbles, extraordinarias, tienen un poder curativo que vamos a ir descubriendo en estas páginas. Es cuestión de volver a escucharlas con atención, afinando el oído como ajustaban la vista los miembros de aquella tribu que veían el planeta Venus en pleno día, porque volver a escucharlas es como oír nuestros propios latidos.

CAOS, CUANDO TODO VA MAL

En el principio era el Caos. El universo estaba inmerso en las tinieblas, el desorden, la confusión. Nada lo regía. Un torbellino sideral, un huracán desorbitado, un tumulto de materia fosca, sin vida, indeterminada, lo llenaba todo. Era «una masa tosca y desordenada, que no era más que un peso inerte y gérmenes discordantes, amontonados», como lo describe Ovidio (Metamorfosis, I). No había formas de ningún tipo, ni tiempo, ni distancias, ni arriba y abajo. El espacio estaba saturado, no era sino un fundido a negro indefinido. De su honda boca salía un silencio atronador porque no existían todavía las voces ni las palabras.

Un inicio semejante encontramos en la Biblia y en el Poema babilónico de la creación. En el mundo hebreo, el estado primordial «era caos y confusión: oscuridad cubría el abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas». Para los babilonios, antes de haber sido generados el cielo y la tierra por el abismo (Apsu) y la tumultuosa Tiamat, las aguas se hallaban mezcladas en un solo conjunto, todavía los dioses no habían sido creados, ningún nombre había sido pronunciado y ningún destino había sido fijado.

Los egipcios creían que los nueve dioses originales dieron forma al caos por su divina voluntad. En la tradición babilónica, el principio masculino de agua dulce (Apsu) se unió al femenino de agua salada (Tiamat) y de su mezclado oleaje surgieron los primeros dioses; en la mosaica, el orden cósmico fue creado por Dios.

En la mitología griega, el Caos engendró el Érebo y la Noche. El primero fue el nombre que los antiguos dieron a las tinieblas infernales. La Noche (Nix), por su parte, engendró el Día y el Éter, y concibió el huevo primigenio del que nació el Amor. Al separarse, las dos mitades del huevo formaron la Tierra (Gea) y el Cielo (Urano). La fuerza del Amor venció al Caos y entró el orden en el universo, lo que en griego se dice cosmos. Ovidio no nos da el nombre de ese

principio ordenador («quienquiera que sea», dice), pero explica que «escindió las tierras y el cielo, las aguas de las tierras y separó el límpido cielo del aire espeso y, tras sacarlos de la masa oscura, los unió en sitios separados con paz armoniosa».

A partir de ahora serán posibles la luz, la belleza, la bondad, la justicia... Gracias al Amor, la felicidad entró en el mundo.

Todos hemos sentido alguna vez el caos en nuestro interior. A todos nos ha atrapado la negra red de la noche inmensa. Todos hemos pasado por momentos difíciles y hemos visitado las tinieblas. Hemos experimentado cómo toda nuestra vida era engullida por un torbellino incontrolable. En esos momentos no existe la luz, no vemos la salida, todo es opaco. Nos sentimos torpes, indefensos, impotentes: de alguna manera, estamos experimentando el caos primigenio. Sin poder evitarlo, el desorden se ha instalado en nuestra vida y, de pronto, se hace de noche.

Hesíodo (Teogonía), cuenta que la Noche (Nix) engendró toda una letanía de alegorías, como la Angustia, la Vejez (Geras), el Sueño (Hipnos), el Sarcasmo (Momo), el Engaño (Ápate), las Moiras (vengadoras implacables), la Venganza (Némesis) y la Discordia (Éride). Y narra cómo esta parió a la dolorosa Fatiga, al Hambre, a los Dolores que causan llanto, a las Guerras y Matanzas, al Odio, las Mentiras, las Ambigüedades, al Desorden y la Destrucción.

Como si estuviera describiendo cómo nos sentimos cuando nos sentimos mal, el mito relata la procesión de nuestra infelicidad. Así sentimos angustia, ese vértigo ante el abismo de un vacío infinito; nos vemos más viejos de lo que somos; nos invade el sueño y el insomnio, el sarcasmo y el engaño, la sed de venganza. Sin pretenderlo, nos persigue la discordia en todo momento, se presenta en casa, en el trabajo, en un restaurante, en la calle..., y acuden al acecho la fatiga física y psíquica, la desgana, el dolor y el llanto; reviven odios que nunca habíamos tenido, mentiras impías, perversas ambigüedades. Sin saber cómo, se declara unilateralmente una guerra de todo contra nosotros a la que respondemos poniéndonos nosotros contra todo. Nuestra vida entra en un estado de desorden y destrucción absoluta. El caos se ha hecho con el (des)control. Pero el mito, que con tanta fuerza describe el problema, también aporta la solución: Caos engendró al Amor. Cuando parece que ya nada tiene solución, cuando cae la

noche cerrada, cuando la felicidad pasa de largo, solo el amor puede rescatarte. Mientras haya en tu vida un resquicio de amor habrá esperanza. Podemos decir que el mismo Caos engendró su propia ruina y, si tú le das una oportunidad al amor, si le dejas anidar en tu corazón y lo cuidas, podrás superar cualquier situación por caótica que pueda parecer.

Siempre hay alguien a quien amar, algo que puedes querer tanto que te saque del abismo. Es cuestión de ordenar tu vida hacia esas personas, hacia ese afán, hacia ese sueño. «All you need is love», cantaban The Beatles, porque si amas te amarán, y aunque no se produzca el reintegro de forma inmediata, por lo menos tú te habrás amado. Y verás entonces que, al querer, te quieres de una forma ya no caótica, sino orientada hacia el Amor, ese dios que convirtió el Caos en cosmos y que a ti de saca a flote cuando todo va mal.

Tu vida se parece a un cuadro impresionista: si te acercas demasiado solo ves un caos de pinceladas sin sentido. Tienes que alejarte si quieres contemplar el paisaje que el artista ha pintado, tienes que tomar distancia para que todas esas coloridas impresiones se mezclen con sentido. Se trata de distanciarte del cuadro para verlo mejor, despegarte de emociones y sentimientos intensos, pero que son caóticos y oscuros, expulsar de tu mente las ideas negativas y limitantes, apartarte de todo lo que te empequeñece, liberarte... A todo eso te puede ayudar la mitoterapia.

GEA Y URANO, ESPACIO VITAL

Las dos mitades del huevo primigenio, de donde surgió el Amor (Eros), formaron la Tierra (Gea) y el Cielo (Urano). Ambas deidades se hallaban en una cúpula perpetua, razón por la que Gea iba concibiendo hijos y más hijos. El padre, temeroso de que sus vástagos pudieran arrebatarle el poder que tenía sobre la Tierra, permanecía unido a su mujer sin dejar espacio para que nacieran. A lo largo del tiempo, ambos amantes fueron engendrando a los hecatónquiros, enormes monstruos de cien brazos y cincuenta cabezas de dragón (Coto, Briareo y Giges), los cíclopes, gigantes de un solo ojo (Brontes, Estéropes y Arges), los titanes y sus hermanas las titánides: Océano, Ceo, Crío, Hiperión, Jápeto, Tea, Rea, Temis, Mnemosine, Febe, Tetis y Cronos, el más pequeño.

La pobre madre, nuestra madre la Tierra, sufría terribles dolores de parto, por lo que se vio obligada a fabricar una hoz de brillante acero, que entregó a sus hijos para que la liberaran de la opresión de Urano.

—Es vuestro padre quien no os deja nacer. Blandid, pues, esta hoz contra él y liberadme de su carga. Solo así podréis ver la luz.

Pero ninguno de sus nonatos se atrevía a atacar a su propio padre. Tuvo que ser el más pequeño, Cronos, quien, compadecido de los sufrimientos de su madre, tomó la iniciativa:

—¡Seré yo, madre, quien te libraré de tus sufrimientos! Por ser el más pequeño, mi padre me dejará acercarme a él y yo empuñaré sin miedo el arma.

Así que Cronos tomó la hoz y de un certero golpe le cercenó los testículos a Urano, quien prorrumpió en un grito sideral. El Cielo se separó bruscamente de Gea y quedó para siempre alejado. Desde el firmamento la observaba con una mirada limpia y brillante debido a que su deseo había sido extinguido. En la violenta separación, el semen de Urano fecundó las olas del mar, de las cuales

nació la más hermosa de las diosas, Afrodita. Algunas gotas de sangre de la terrible herida cayeron sobre Gea, quien al cabo de un año de gestación dio a luz a las fieras erinias y a las ninfas de los fresnos, con cuya madera se fabrican las lanzas homicidas en recuerdo de su sangriento nacimiento.

Lo que le sucedía a Gea, nos sucede a menudo a nosotros. A veces nos sentimos agobiados, angustiados, asfixiados, como si nos faltara el aliento, como si no pudiéramos movernos con libertad, como si estuviéramos soportando una pesada carga que nos aplasta, que nos humilla. Nos falta el espacio, el espacio vital.

Y así como Urano no permitía que nuestra madre la Tierra diera a luz a sus hijos, esos momentos de angustia (de angostamiento vital) nos impiden tener una vida plena, incluso nos sentimos morir. En casos menos graves utilizamos también una expresión mitológicamente muy apropiada: «situaciones embarazosas», para expresar ese estar entre la espada y la pared sin espacio para tomar una decisión. La presión que sentimos hace que no podamos sacar toda la riqueza que llevamos en nuestro interior y que nos creamos impotentes, inútiles, anulados.

Pero también podemos actuar como Urano y, consciente o inconscientemente, aplastar a los demás, invadir su espacio, achicarlos. Muchas veces, por un exceso de celo, o de celos, anulamos a las personas a las que queremos, sobre todo, a nuestra pareja. Por ser padres sobreprotectores, invalidamos a nuestros hijos; por ocupar más espacio del que nos corresponde, ninguneamos a nuestros compañeros de trabajo; por estar en todo, no dejamos que estén los demás. Todos podemos llegar a ser, sin darnos cuenta o a propósito, pequeños Firmamentos que se desploman sobre los otros, a quienes les quitamos su espacio.

No hace falta ser grande para solucionar un problema, sino atreverte a afrontarlo. Si sientes que pierdes espacio vital, si crees que tienes una relación tóxica, si alguien te hace empequeñecer, corta por lo sano, recupera tu espacio, habla claro con esa persona que te encoge. No hace falta que tomes la hoz de brillante acero, pero sí que seas cortante si tienes que serlo, que hables con claridad, que pidas ayuda.

Necesitas tu espacio, esa «área con límites invisibles que te rodea», como la definió el psicólogo Robert Sommer. El filósofo estoico Heriocles (s. II) decía

que las personas nos relacionamos con los demás en círculos concéntricos: en el primer círculo nos hallamos nosotros mismos; en el segundo, la pareja y la familia; en el tercero, los vecinos y los conocidos; en el cuarto, los compatriotas, y en el último, toda la humanidad.

La distancia íntima, la que se produce en las relaciones sexuales, por ejemplo, no fue respetada por Urano; y a veces nos cuesta mantenerla con la persona a la que amamos, porque, por mucho que nos amemos, debemos respetar siempre el espacio íntimo de la otra persona. Si no, te puedes sentir como Gea o comportarte como Urano. En tales situaciones, la grandeza de la unión íntima se pierde. En esos casos, no dudes en hablar, en preguntar, en expresar cómo te sientes, en llegar a un acuerdo, en respetar algunos límites que tú o la otra persona necesitáis.

Los animales marcan su territorio. Haz tú lo mismo. Determina con las personas con las que convives cuál es tu área personal, remarca las líneas rojas y exige que las respeten. Ten presente, sin embargo, que si dejas o tomas demasiado espacio, puedes condicionar tu vida social. Unos límites demasiado estrictos pueden llevarte a la soledad; unas líneas mal delimitadas, al agobio o, incluso, al abuso.

Y si te sientes como Gea, no dudes en blandir la hoz de brillante acero para recuperar tu espacio vital.

CRONOS, TIEMPO AL TIEMPO

Tras su feroz hazaña, Cronos liberó a todos sus hermanos, arrojó al Tártaro a los hecatónquiros, encadenó a los cíclopes y se casó con su hermana Rea. Suplantó a su padre, que no pudo siquiera defenderse, y se convirtió en el dueño y señor del universo. Por su parte, Urano maldijo a Cronos desde las alturas y vaticinó que él también, con el paso del tiempo (valga la redundancia), sería destronado por uno de sus hijos.

—¡Maldito entre los malditos! —como un grito sideral sonó la voz de Urano por todo el firmamento—. ¡Yo te condeno a llevar eternamente la cuenta de mis latidos; y así como tú osaste alzarte contra mí, un hijo tuyo te arrebatará lo que tú me has robado!

Todavía con la hoz ensangrentada en las manos, Cronos comenzó a contar el tiempo y a urdir cómo podría sortear el maleficio. Se le ocurrió la macabra idea de ir tragándose a sus propios hijos según iban naciendo, de modo que ninguno de ellos podría llegar a cumplir el oráculo de su abuelo. Así se comió a Hestia, Deméter, Hera, Hades y Poseidón.

Entonces, alzó el puño contra el cielo y respondió a su padre, riendo:

—¿Quién, viejo baldío impotente, va ahora a quitarme el poder?

Urano, que estaba ya sometido a la autoridad de su hijo, no pudo sino permanecer en silencio. Solo algunos relámpagos iluminaron la ensangrentada faz del hijo traidor.

Si Gea sufrió terribles dolores de parto por no poder dar a luz a sus hijos, Rea padeció tras cada nacimiento una profunda depresión, pues no pudo siquiera tener en sus brazos a los recién nacidos. Por ello, cuando supo que estaba encinta de su sexto hijo, huyó a Creta y lo alumbró en secreto. Al pequeño lo llamó Zeus

y lo dejó al cuidado de la cabra Amaltea con la prevención de que nunca tocara el suelo para no ser descubierto. Pero Cronos, el que cuenta los instantes de nuestra vida, se enteró y exigió a Rea que le entregara al bebé. Entonces, ella, guiada por el instinto maternal, tomó una piedra, la envolvió en pañales y se la dio. Cronos, temeroso de que pudiera quedar alguien fuera de su control y de que se cumpliera la maldición de su padre, la tragó pensando que se comía a su propio hijo.

Cronos, el tiempo, liberó a su madre y a sus hermanos, pero nos encadenó a todos nosotros, nos convirtió en sus esclavos, pues de lo único que no podemos escapar es de la tiranía de ese gran titán. Cuenta todos los instantes de nuestras vidas, uno a uno, y no nos permite volver atrás ni avanzar más deprisa. Accede a que toquemos levemente el presente, pero, en cuanto sentimos su presencia, nos lo arrebató convirtiéndolo en pasado. Nos hace perseguir el futuro, como el burro la zanahoria, pero no deja que lo alcancemos.

El tiempo, como el poderoso titán, se va tragando todo lo que hemos vivido (y «bailao»), todo lo que hemos hecho va a parar a su estómago infinito. Para revivir los buenos recuerdos, tenemos que bucear en su estómago, infecto de jugos gástricos dispuestos a digerirlos; en cambio, sin querer recibimos a nuestro pesar sus agrios reflujos, a los que llamamos remordimientos.

Cronos también controla a su antojo el olvido. Muchas de nuestras experiencias las guarda en lo más profundo de su sistema digestivo, en lo que Freud llamaba el inconsciente. Nosotros, que somos los dueños de esas experiencias, no somos libres para activarlas o desactivarlas. Como los hermanos de Zeus, estamos encerrados en el estómago de Cronos, controlados por él, siguiendo el ritmo que nos marca, obsesionados por la hora y siempre faltos de tiempo.

El tiempo es como una corriente de agua. No la puedes embalsar ni retener, pero sí diseñar el cauce para que no se pierda por el camino. Por eso, dedicar tiempo a gestionar el tiempo es una forma de evitar que se malgaste. Seguro que has tenido la experiencia de haber prodigado el tiempo tontamente justo cuando más disponías de él, y la única razón fue que no lo supiste gestionar. Por el contrario, de un horario apretado has sido capaz de sacar minutos que son oro y lapsos bien

aprovechados. Incluso puedes darles vida a los tiempos muertos, a esos minutos vacíos, descuidados, insulsos, insignificantes, desperdigados a lo largo del día... No los des por perdidos, no dejes que se los trague Cronos sin haberlos exprimido al máximo.

Gestiona bien tu tiempo. Para ello, ordena tu vida, conviértela en un cosmos, bello y ordenado, como se imaginaron los antiguos el universo tras el nacimiento de Eros. El orden no ocupa lugar, por eso, en una librería ordenada caben más libros; en una cabeza ordenada, más ideas; en un día ordenado, más horas, y el tiempo cunde más. Establece prioridades y rutinas, organiza sensatamente tu agenda, pero no te dejes «titanizar» por ella. «La mala noticia es que el tiempo vuela —decía Michael Altshuler—; la buena es que tú eres el piloto».

Por otra parte, ten en cuenta que Cronos es un titán poderoso y nos impone un ritmo que debemos respetar. El buen gestor sabe respetarlo y sabe que lo importante no es tanto el tiempo, sino lo que hagas con él. No te dejes llevar por la impaciencia, las prisas, el agobio, ni por la parsimonia, la pereza o la procrastinación. Apunta en tu agenda un último consejo que te da la mitología: dale tiempo al tiempo.

CRONOS DESTRONADO, ENGAÑAR AL TIEMPO

Cuando Zeus creció, pidió consejo a Metis (la Prudencia). Ella le entregó una pócima y le dijo que se la diera a su padre mezclada con el dulcísimo vino de Creta. Así lo hizo. Cronos, que desconocía que aquel joven era su propio hijo, bebió con fruición y al tiempo empezó a sentirse mal, tanto que comenzó a vomitar los hijos que se había tragado. Zeus aprovechó la ocasión para, junto a sus hermanos, iniciar una guerra contra su padre y los demás titanes.

La guerra, premonición de la de Troya, duró diez años. Zeus venció gracias a la ayuda de los cíclopes y de los hecatónquiros, a los que había liberado. Los primeros regalaron a Zeus el trueno y el rayo; a Hades, un casco, que lo hacía invisible, y a Poseidón, un tridente con el que podía hacer temblar la tierra. Los segundos fueron de gran ayuda para vencer a los titanes, que fueron encadenados en el fondo del mar.

Acabada la guerra, el victorioso Zeus habló así a su padre:

—¡Tu hora ha llegado, padre infame! Quisiste cambiar el futuro, pero ni siquiera tú puedes hacerlo. Ahora te toca a ti ser sometido por tu propio hijo. ¡Es ley de vida! ¡Es mi ley! Aunque cometiste el crimen más horrendo, te dejaré seguir contando el tiempo de los mortales, para que no puedan nunca alzarse contra mí.

Y lo llevó encadenado a un hermoso lugar del confín del mundo, a las islas de los Bienaventurados, desde donde todavía ejerce su poder sobre las horas, los días y los años.

Disgustada y rencorosa por ver cómo sucumbían sus hijos, Gea engendró con Tártaro un monstruo llamado Tifón, para que se enfrentara a Zeus. Dicen que era tan grande que su cabeza tocaba el cielo y sus brazos extendidos llegaban de oriente a occidente. Temerosos al ver a semejante criatura, los dioses se metamorfosearon en diversos animales para no ser reconocidos. Solo Zeus le

plantó cara y lo fulminó con sus rayos.

Vencido Tifón y restablecida la paz, los tres hermanos varones echaron a suertes el gobierno del mundo. A Zeus le tocó el poder absoluto del cielo y de la tierra; a Hades, el gobierno del mundo subterráneo, y a Poseidón, el dominio del mar. Zeus se casó con su hermana Hera y se instaló en el monte Olimpo, el lugar más elevado de Grecia. Desde allí, los dioses inmortales guían los destinos del mundo.

A pesar de lo que hemos dicho anteriormente, algunas veces no sabemos cómo matar el tiempo. Son esos momentos de hastío en que nos sentimos empachados como se debió de haber sentido Cronos con la tripa llena tras haber engullido a sus propios hijos (y una piedra). En plena digestión, el tiempo se nos hace eterno y hacemos cualquier cosa por que se acabe. Generalmente, echamos mano del teléfono móvil o invocamos a Hipnos (el dios del sueño, hermano de la Muerte) para acabar con esos minutos insulsos con los que nos ha castigado el implacable titán. Cuando el tedio ya no se mide en minutos sino en horas e incluso en días, cuando solo pasa el tiempo sin más, podemos caer en la sima del aburrimiento. Entonces, sin darnos cuenta, nos estamos instalando en la nada y quedamos suspendidos en el vacío, donde todas las posibilidades se nos presentan igual de anodinas. Kierkegaard decía que el aburrimiento es «una eternidad sin contenido», la continuidad en la nada, y utilizaba para expresarlo estos oxímoros: «una profundidad superficial, un hartazgo hambriento», como un puro deseo sin objeto. El aburrimiento extremo hace estragos en la personalidad, bien los sabía Ramón Gómez de la Serna, quien advertía que «aburrirse es besar a la muerte».

El aburrimiento es un laberinto del que únicamente se puede salir aburriéndose. Por lo tanto, la única opción que nos queda es aprender a aburrirnos. Debemos aceptar que, cuando Cronos nos ofrece un tiempo en el que no hacer nada, eso no significa tener que caer en el tedio, sino justamente saber saborear ese «no hacer nada», il dolce far niente, que dirían los italianos. ¿De qué manera? Haciendo cosas que no hacemos habitualmente, como leer, reflexionar, imaginar, pensar, hablar con los amigos... En este sentido, el escritor francés René de Chateaubriand decía que «el aburrimiento no puede existir donde quiera que haya una reunión de buenos amigos».

Por eso, no intentes salir del laberinto a base de llenarte de ocupaciones. Cada vez hay más personas que no aguantan estar desocupadas, esa falta de actividad las agobia tanto que echan mano del activismo, del no parar, del estar siempre ocupadas, del no tener tiempo para aburrirse, con la finalidad de un imposible: ganarle la carrera al tiempo. Pero esa no es la solución; porque el tiempo es un titán y nosotros simples humanos y, al final, acabarás agotando tus fuerzas porque el tiempo nunca se agota. Por eso, no te llenes de ocupaciones; ocúpate de ti cuando el aburrimiento te amenace.

Piensa que ni Rea ni Zeus mataron a Cronos, sino que lo engañaron. Es lo que tienes que hacer tú: engañar al tiempo. No intentes matarlo, porque no lo conseguirás; en todo caso, serás tú quien salga mal parado. Ya decía Claudio Magris que matar el tiempo es una forma educada de suicidio. En todo caso, puedes imitar a Zeus y hacerle vomitar lo que se ha tragado, que suelen ser las ilusiones, las ganas de futuro, los azares, la tensión de lo posible, carencias que conforman las condiciones propicias para que, como la Nada en el reino de Fantasía en La historia interminable, el aburrimiento vaya oscureciendo tu vida. Para recuperar todo eso, para engañar al tiempo, debes aprender a aburrirte y a convertir el tedio en creatividad. Inténtalo, no seas una persona aburrida, porque solo los aburridos se aburren.

ANTEO, CON LOS PIES EN EL SUELO

Tras la traumática separación de Urano, Gea quedó desolada. Su hijo la había liberado de la opresión de su marido; sin embargo, su deseo continuó activo. Por eso, se unió amorosamente a Ponto (el océano), más tarde a Tártaro (el abismo) y, por último, tuvo un idilio con Poseidón, con quien concibió a Caribdis y al gigante Anteo.

La hija mayor, Caribdis, mostró siempre gran voracidad; era capaz de tragarse rebaños enteros, motivo por el que Zeus la fulminó con su rayo y la precipitó al mar en el estrecho de Mesina, entre Sicilia y la costa italiana. Allí vive en una cueva submarina saciando su voracidad tragando tres veces al día gran cantidad de agua y expulsándola después de haberla filtrado. Cuando la nave de Ulises cruzaba el estrecho fue sorbida por Caribdis. Gracias a que el héroe pudo agarrarse a una higuera que crecía en la entrada de la gruta, pudo salvarse. Al otro lado del istmo se encuentra Escila, otra criatura monstruosa. Escila y Caribdis tienen todavía hoy atemorizados a los navegantes.

Por su parte, Anteo nació con una fortaleza descomunal. Cuando llegó a la edad viril, su madre le confesó el origen de su fuerza:

—Hijo mío, mientras permanezcas unido a mí, yo te transmitiré el poder de mis entrañas y nadie podrá vencerte.

Se fue entonces a vivir al norte de África, a la parte más occidental del mundo. Cada vez que pasaba por sus dominios algún viajero le obligaba a luchar con él. A todos vencía y los descuartizaba para adornar con los despojos el templo que había construido en honor a su padre. Pero resultó que, cuando Heracles fue en busca de las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, pasó junto a Anteo. Este le obligó a pelear con él. En las primeras embestidas, Heracles sintió la enorme fuerza de su contrincante y se veía perdedor; sin embargo, se dio cuenta de que Anteo buscaba cada cierto tiempo tocar tierra y que, al hacerlo, se

renovaban sus fuerzas. Cuando pudo agarrarlo por los hombros, lo levantó del suelo y lo sostuvo así hasta que el gigante perdió el vigor; entonces, el héroe lo ahogó.

La lucha fue quizá el más antiguo de los deportes olímpicos (los que se celebraban en Olimpia cada cuatro años y marcaban el calendario). Todos los púgiles conocían el mítico combate entre Heracles y Anteo y sabían que uno cobra ventaja si mantiene los pies en el suelo, mientras que, si no toca tierra, pierde impulso y fuerza.

Dar golpes en el aire es empeño inútil, pero soltar un derechazo sin tener un apoyo firme alcanza sin dañar demasiado, porque los pies no encuentran soporte para el retroceso. En nuestras luchas diarias necesitamos también la seguridad de hacer pie. Esas peleas suelen tener lugar en el trabajo, en las relaciones sociales, en la familia, pero las más importantes son las que libramos con nosotros mismos, con nuestras debilidades, traumas, inseguridades, caprichos, rencores... que solemos perder por no tener adónde agarrarnos.

No tener los pies en el suelo nos hace ir de Escila a Caribdis, de mal en peor, actuar sin contundencia, como si perdiéramos fuerza, como si no calara lo que hacemos, como si nuestra vida estuviera suspendida en el aire. Y nos perdemos en las alturas creyendo que a base de subir más alto estaremos más cerca de la felicidad.

Pero la felicidad no está allá arriba, no tenemos que ascender a buscarla en un globo aerostático, no nos está esperando en un pedestal que debemos escalar. Esa felicidad es más ligera que una pompa de jabón: si acaso logramos tocarla con el dedo, se desvanece, se pierde en el aire y apenas nuestra dicha durará un momento. Si, en cambio, permanecemos con los pies en el suelo, caminando por el mundo, buscando la felicidad en lo ordinario, sin obsesionarnos por saltar y saltar, estaremos mejor dispuestos a ser felices.

Cuanto mejor asentados tengas los pies sobre el suelo, más posibilidades tienes de ser feliz. Fíjate que, si agitas el aire, las pompas de jabón enseguida revolotean y, a menudo, desaparecen. Vivir con los pies en el suelo significa no ser ilusos, sino afrontar los problemas con objetividad. Que tengas sueños,

ilusiones, deseos, proyectos es necesario para que impulses con optimismo tu vida, pero esos sueños, esas ilusiones, esos deseos, esos proyectos necesitan un punto de apoyo para que no se queden en meros sueños, ilusiones, deseos y proyectos por falta de un soporte sólido.

A veces la vida se te presenta como una corriente de agua impetuosa. En esos momentos tienes dos opciones: dejarte llevar o mantenerte firme a contracorriente. Lo primero es sencillo; para lo segundo necesitas hacer pie. No bracees, solamente mantente bien anclado al suelo. De ese modo, pasará la corriente y tú podrás seguir tu camino. Vivir con los pies en el suelo significa conocerte bien, conocer tus límites, tus puntos débiles, pero también tus fortalezas, tus posibilidades, hasta dónde puedes llegar. Se trata de que seas realista y, sea que esté la botella medio llena o medio vacía, sacarle el mayor partido posible al líquido que queda.

Si no te apoyas bien en el suelo te puede pasar como a Anteon: bracearás inútilmente, darás golpes al aire y al final te quedarás sin fuerzas. No olvides nunca quién eres, no pierdas el contacto con tu origen, aspira a lo más alto, pero mantén siempre los pies en el suelo.

CURA, ¡CUÍDATE PARA CUIDAR!

Cura es, en la mitología romana, hermana de Gea, la Tierra. Representa la personificación del cuidado, la atención, la preocupación por los demás. Está siempre solícita a ayudarnos, a velar por nuestra salud. Es nuestra custodia y la diosa que cuida la naturaleza. Así nos lo cuenta Higino en su Fábulas mitológicas (220).

En cierta ocasión, Cura pasaba cerca de un río y, al ver la arcilla húmeda, tomó un poco y empezó a moldear una figura humana. Le agradó tanto aquel moldeado que acababa de formar que pidió a Zeus que le soplara el espíritu y le diera vida. Así lo hizo Zeus y de pronto aquel trozo de arcilla comenzó a respirar y a moverse por la tierra como uno más de los animales, aunque por su belleza destacaba sobre todos ellos. Por eso, Cura pensó en dar su propio nombre a la nueva criatura, pero Zeus no lo consintió, pues según el padre de los dioses y de los hombres, debía llevar el suyo, ya que él le había insuflado la vida.

—Ha de llevar mi nombre —insistía Cura—, pues he sido yo quién ha moldeado a esta nueva criatura.

—Pero yo le di la vida —replicaba rotundo el padre de los dioses—, sin la cual solo sería un bello terrón que se deshace con la lluvia. Tú la hiciste hermosa, pero yo le di el ser. Por tanto, ha de llevar mi nombre.

Entonces tembló la tierra y se escuchó la voz maternal de Gea:

—Esa criatura es carne de mi carne y, por tanto, me corresponde a mí ponerle un nombre.

La divina discusión retumbó por todo el orbe. Tanto que todos los dioses y las fuerzas cósmicas acudieron a África, donde se hallaban Cura y Zeus. Los dos contendientes pactaron que fuera Cronos quien decidiera qué nombre se le

habría de dar al nuevo ser. La sentencia del dios del tiempo fue inapelable:

—Por haber ofrecido el barro, Gea recibirá su cuerpo cuando muera. Por haberle insuflado la vida, Zeus recibirá su espíritu. Y Cura, por haberla moldeado, la poseerá mientras viva. Y yo decido que su nombre sea «humano», pues está hecho del «humus» de la tierra.

Agradó a todos el veredicto de Cronos. Desde entonces, Cura cuida a los seres humanos desde su nacimiento hasta su muerte y Cronos cuenta sus días con implacable ritmo.

Con frecuencia, cuando saludamos a una persona de confianza, decimos eso de «¡Cúidate!», como deseándole que no le pase nada malo o que mejore su estado si no se encuentra del todo bien. Animar a alguien a que se cuide es una forma gentil de tratar a los demás, una forma de desearle buena salud o pronto restablecimiento. Si lo pensamos bien, el deseo así formulado no anima mucho al receptor, pues se le da a entender que no se cuida lo suficiente, que no está cumpliendo con el deber fundamental para con su propia persona. En el fondo, a quien se anima a cuidarse se le está comprometiendo en una tarea que propiamente no le corresponde (o, en todo caso, no en primer lugar), porque esa función se la reservó desde nuestro origen la diosa Cura.

Por eso, en su primera acepción, «cuidar» es un verbo transitivo cuyo objeto son los demás; solo en una segunda acepción adopta la forma pronominal reflexiva. El matiz no es baladí, y se lo debemos a la mitología: fue encargo de los inmortales que el ser humano fuera asistido desde su nacimiento por la diosa Cura. Tan trascendental es su tarea que el filósofo alemán Martin Heidegger la consideró expresión de «la esencia del hombre en su paso temporal por el mundo».

¿Quién es la diosa Cura? La diosa Cura eres tú. Como ser humano te corresponde cuidar de otros seres humanos: de tus hijos, de tu pareja, de tus padres, de tus alumnos, de tus clientes, de tus amigos, de tus vecinos, del que se cruza en tu camino... Pensarás: ¿y quién cuidará de mí mientras me ocupo de los demás? La literatura clásica de autoayuda te decía que, ante todo, te cuides tú: «¡Cúidate! ¡Cúidate mucho! Como si fueras la única persona que hay que

cuidar». Pero la mitoterapia te dice que debes cuidarte para poder cuidar a los demás: esa es la misión que te ha encomendado el Tiempo. ¡Claro que te tienes que cuidar! Instinto biológico obliga. Pero tienes que obedecer también al instinto divino que la diosa Cura insertó en tu ser.

Cuidar es la forma de amar más elevada de que dispones de amar a los otros seres humanos. No amas a alguien si no lo cuidas, si no lo respetas, si no buscas su bien, si no velas por su bienestar, si no procuras su salud. Por pertenecer a la raza humana, eres responsable del «humus», es decir, de lo que sabes que vas a perder, que alguna vez desaparecerá (lo eterno no necesita cuidado en este sentido). Si Cura no nos hubiera modelado del barro («humus»), sino de las nubes o del éter, por ejemplo, si no nos hubiera arrancado de la tierra, no habríamos adoptado este compromiso. Eres, pues, responsable de otras personas y también de la naturaleza, por eso debes cuidar a los demás y al medio ambiente. No es un corte publicitario, impuesto por los tiempos que corren, sino un encargo de la sabiduría mitológica: ¡cuídalos!

El cuidado que te corresponde debes aplicarlo también a las cosas que te rodean, las que usas habitualmente, las que ha fabricado el ser humano. A esa humanización de las cosas, a ese cuidado de lo material (salido del barro gracias a la mano del hombre), los griegos lo llamaban epimeleia, una bella palabra que Hegel tradujo como «ternura por las cosas». Trata las cosas con ternura, cuida a la naturaleza y a los demás, antes de que se los engulla Cronos.

PROMETEO, LA CHISPA DE LA VIDA

Se cansó Zeus de insuflar el hálito vital a todos los seres que pueblan la tierra y, por tomarse un descanso, confió a Prometeo, hijo del titán Jápeto y la oceánida Clímene, la tarea de distribuir entre ellos las diversas cualidades. Zeus le entregó un pesado saco que contenía todo lo que los seres creados pudieran necesitar para sobrevivir y le dijo:

—Eres sabio y prudente, por eso te confío esta misión tan importante. De ti dependerá el equilibrio de la vida sobre la tierra.

Zeus se acostó, agotado, Prometeo cargó con el saco y bajó a la tierra.

El titán tenía un hermano menor, llamado Epimeteo, un tanto torpe y caprichoso, que al verlo cargado le preguntó qué llevaba en aquella enorme talega. Prometeo se lo explicó y el hermano le rogó que le dejara a él ser el ejecutor de la divina tarea. Epimeteo se salió con la suya y Prometeo, tras advertirle de la transcendencia de la labor, le dejó que iniciara el reparto.

El hermano se apresuró a repartir entre todos los animales las cualidades que contenía el saco: a unos les entregó la fuerza, a otros la velocidad, a otros la agilidad o la facilidad para ocultarse, a los más débiles les dotó de agudos sentidos o de aguijones venenosos, a los más lentos les concedió caparazones o les recubrió la piel con pinchos, a los que vivían en zonas frías los protegió con una gruesa piel y abundante pelo, de tal forma que todos los seres de la tierra dispusieran de las armas suficientes para garantizar su supervivencia.

Cuando Prometeo fue a inspeccionar el trabajo de su hermano, se dio cuenta de que había un ser desnudo y desvalido. Era el ser humano. Epimeteo le confesó que cuando le llegó el turno a ese raro animal ya no quedaba nada en el saco.

—¿Cómo piensas, torpe de ti, que va a sobrevivir el humano a los ataques de

otros animales y los rigores de la naturaleza? Se morirá de calor o de frío, de hambre o será devorado por alguno de esos a los que has dotado de una fuerza descomunal.

Prometeo sintió pena por su hermano, pero sobre todo por el animal humano. Se le ocurrió entonces la única solución. Escaló el Olimpo, lugar prohibido para los titanes, sustrajo en una cañaheja una chispa del fuego de los dioses y se la entregó a los hombres. Esa chispa fue su salvación, pues concedía una fuerza desconocida en la tierra, mayor que todas las cualidades que Epimeteo había repartido entre el resto de los animales. Esa chispa era parte de la inteligencia divina.

Esas ascuas que robó Prometeo a los dioses representan para nosotros la técnica y la inteligencia, gracias a las cuales nuestra especie ha podido sobrevivir en un medio hostil. A través de este don inmerecido, los hombres pudieron fabricarse vestidos para protegerse del frío, construir armas para cazar y casas para defenderse de las fieras. De este modo, el ser humano, pobre de nacimiento, se convirtió en el dueño y señor de la naturaleza. Por llevarlo en su interior, fue capaz de dominar el fuego y con él someter los metales y adaptar el medio a sus necesidades en vez de tener que adaptarse él al medio, como lo hicieron el resto de los animales.

Desde el punto de vista meramente orgánico o somático, somos la especie con las peores perspectivas de supervivencia; en palabras de los antropólogos, somos «biológicamente inviables». Si no hubiéramos desarrollado la inteligencia, no habríamos descubierto la técnica, inventado la sociedad, construido la cultura y el arte; pero, gracias ella, podemos volar sin ser pájaros, nadar sin ser peces, hemos cultivado la tierra y domesticado a muchos animales, nos hemos convertido, para bien o para mal, en los dominadores de la naturaleza.

El robo del fuego divino convirtió a Prometeo en «el benefactor de los hombres». Esa chispa olímpica nos convierte en algo más que simple «humus», nos da una fuerza interna que hace que, como decía el filósofo Blaise Pascal, nos superemos infinitamente a nosotros mismos, nos elevemos sobre el barro.

Lo que dice Pascal significa que tú puedes superarte siempre porque lo que te da

vida es esa chispa que arde en tu interior y que tiene un origen, según la mitología, sobrehumano. Si utilizas bien ese fuego divino que hay en ti, si no dejas que se apague, si lo alimentas para que prenda toda tu existencia, sentirás eso que decía el pensador francés: serás una caña, pero una caña que piensa, y tu debilidad se hará fuerte (o resiliente), te podrás doblar hasta tocar el suelo, pero no te quebrarás.

Agradece a Prometeo esa chispa que te ha regalado usándola como si te perteneciera, pues solo utilizándola llegará a pertenecerte. ¡Atrévete a pensar! (recuerda que ese era el lema de la Ilustración: Sapere aude!). ¡Atrévete a iluminar tu vida con la antorcha del conocimiento! ¡Cultiva el saber! ¡Fórmate! ¡Hazte digno, hazte digna de ese divino regalo! ¡Lee! Gloria Fuertes decía que «los libros son para la mente como tiritas para las heridas», y añadía que las bibliotecas «tendrían que estar por todas partes, como las farmacias».

Los cimientos de tu felicidad están en tu interior, en esa chispa que te regaló Prometeo. Robert Louis Stevenson, el autor de La isla del tesoro, escribió en su Moral laica que toda la riqueza que posee un ser humano está dentro de sí: «Si engrandece su naturaleza, engrandecerá sus dominios, si su alma es feliz y valiente, disfrutará del universo como si fuera su parque y su jardín». O te lo digo con Boecio: «¿Por qué buscas la felicidad fuera de ti cuando la tienes dentro?» (La consolación de la filosofía).

ZEUS IRACUNDO, TEMPERAMENTO Y CARÁCTER

Pero el atrevimiento de Prometeo no quedó impune, ni mucho menos. Los dioses, temerosos de que el ser humano pudiera llegar a ser como ellos, se reunieron en asamblea en el Olimpo y exigieron a Zeus que tomara medidas contra los humanos. El padre de los dioses y de los hombres explicó que, a pesar de ser todopoderoso, no podía acabar con quienes él había creado y se comprometió a remediar el ultraje castigando al ladrón.

Presionado por los dioses olímpicos, Zeus tomó una decisión un tanto precipitada: envió a Prometeo un regalo con la finalidad de debilitarlo. El regalo era Pandora, la primera mujer. Prometeo, viendo las torcidas intenciones de Zeus, aceptó el obsequio, pero no se lo quedó, sino que se lo entregó a su hermano Epimeteo, quien tomó a la bella doncella como compañera. Lo veremos más adelante.

Al ver Zeus al ser humano partícipe de un privilegio divino y que Prometeo había rechazado a Pandora, su ira retumbó por todo el universo:

—¿Así pagas a tu soberano la confianza que te mostró dejándote repartir los dones entre todos los animales? ¿No te saqué del fondo del océano para que cumplieras una noble misión? ¿Por qué me lo pagas con una traición? ¡Sea tu existencia a partir de ahora un continuado sufrir la muerte sin poder morir! ¡Sea ese tu castigo por toda la eternidad!

Y el dios de dioses ordenó a Hefesto fabricar unas ligaduras irrompibles con la que encadenó a Prometeo a una roca en las montañas del Cáucaso. Y Zeus encargó a un águila que cada día le comiera el hígado (o el corazón, según las versiones), el cual se regeneraba por la noche. El usurpador del fuego divino sufría terribles dolores, pero no moría, porque, por pertenecer a la estirpe de los inmortales, su sufrimiento no podía tener fin.

Cuenta el mitógrafo hispano Higinio, el mismo que nos transmitió la historia de Cura, que al cabo de treinta mil años nuestro benefactor fue liberado (Fábulas, 144). Ocurrió que Heracles (Hércules para los romanos) llegó hasta allí, mató al águila con una certera flecha y rompió las cadenas con su espada. El héroe liberó a aquel que nos había liberado de la dictadura de la biología y que nos había hecho partícipes del fuego de los dioses.

¡Vaya genio que se gastaba Zeus! ¡Qué temperamento! Iremos descubriéndolo durante este recorrido por la mitología clásica. Por supuesto, Prometeo conocía bien cómo era Zeus; aun así, se arriesgó por nosotros. Sabía a qué se exponía; sin embargo, seguramente pensó que, al hacerle semejante encargo, su carácter se habría suavizado. Está claro que no fue así. Porque el carácter resulta del temperamento y este se encauza gracias a aquel. Todo depende de cómo nos tomemos las cosas.

Juan Eckhart, conocido como Maestro Eckhart, fue un humilde fraile alemán que vivió entre 1260 y 1327 y enseñó en París y en Colonia. Era un místico, es decir, creía que en cada persona hay una parte de la divinidad. Para explicarlo utilizaba la expresión latina «scintilla animae», centella del alma, pues en lo más profundo de cada uno de nosotros hay una centella, una chispa divina que nos da luz y calor, que nos da temperatura espiritual, y que nos hace tener un temperamento determinado.

Debes cuidar esa centella, alimentarla para que no se apague, guardarla, como hacían las vestales en la antigua Roma con el fuego sagrado. Sea cual sea su origen, la cuestión es que el temperamento te viene dado, no puedes hacer nada por desquitártelo, está ahí; debes, eso sí, controlarlo o domesticarlo, pero siempre has de contar con él. No se te ocurra apagar la chispa o morirás de frío, aprende a controlar la temperatura, es decir, tu temperamento. Esa tarea le corresponde al carácter.

«Carácter» significa en griego «marca», por eso el carácter se imprime. Se podría decir que el temperamento marca tu personalidad y que lo hace a fuego. Pero no te cincela a ti de la misma manera que a los demás: la forma de la marca depende de lo que hagas con tu temperamento, de los hábitos que adquieras, del

estilo con el que te vayas acostumbrando a responder a los estímulos, de la forma que tengas de superar los obstáculos...

El temperamento no determina el carácter, aunque lo impulsa, le proporciona, podríamos decirlo así, temperatura. Al contrario, es el carácter, esas marcas que se van grabando en tu forma de ser, las que le dan un estilo determinado. Estilo viene de «stilus», nombre que daban los antiguos griegos y romanos a los punzones con que escribían en las tablas enceradas. Cada alumno tenía su estilo, su punzón, y marcaba la tabla a su manera. ¿Cuál es tu estilo? Para encontrarlo debes conocerte bien, conocer tus capacidades y deficiencias, porque el carácter, como escribió Arthur Schopenhauer, «no es otra cosa que un conocimiento lo más completo posible de la propia individualidad» (El arte de ser feliz, regla 3).

El mismo temperamento se moldea con caracteres distintos y da lugar a «yoes» marcados por estilos dispares. Dos personas diferentes inventan formas personales de responder a las urgencias de la vida, se construyen a sí mismas a base de domesticar la chispa que les entregó Prometeo y hacerla crecer. ¿Qué «yo» eliges ser tú?

EPIMETEO Y PANDORA, ESPERAR EL BIEN

Zeus, terriblemente enfadado con Prometeo y receloso de los humanos, se dijo a sí mismo: «Yo, a cambio del fuego, les daré un mal con el que todos se alegren de corazón acariciando con cariño su propia desgracia». Así lo escribe Hesíodo en Trabajos y días (58), y seguidamente describe cómo creó a la primera mujer: «El padre de los dioses y de los hombres ordenó al muy ilustre Hefesto mezclar cuanto antes tierra con agua, infundirle voz y vida humana y hacer una linda y encantadora figura de doncella semejante en rostro a las diosas inmortales» (60-63). A la doncella le dio el nombre de Pandora, que significa «la llena de regalos», y se la envió a Prometeo como obsequio por su «colaboración».

El prudente titán no se fio del presente y lo rechazó, lo cual enfureció todavía más a Zeus, como ya hemos visto. Su hermano Epimeteo, en cambio, que era un tanto insensato, al ver a Pandora quedó prendado de su belleza y le pidió a Prometeo que se la entregara:

—Hermano, reconozco que me precipité en la repartición de los dones que me confiaste de parte de Zeus; por eso, me sería de gran ayuda esa joven que él ha hecho para ti. Si me la das, nunca más volveré a defraudarte.

Prometeo se la entregó a Epimeteo y este se desposó con ella.

Pandora llevaba consigo una caja que nunca había abierto. Epimeteo ardía en deseos de saber qué contenía. Tan impaciente estaba por descubrir su secreto que le pidió que la abriera:

—Seguro que los dioses han llenado esa caja de los dones divinos que completarán nuestra felicidad. ¡Ábrela, esposa mía, y disfrutemos de ellos!

Pandora, que también sentía curiosidad, hizo caso a su marido y abrió la caja. De pronto, un impetuoso torbellino infernal salió de ella, pues no contenía ningún

don divino, como ellos habían imaginado, sino todos los males que todavía no habían colonizado la tierra: vicios, envidias, malas intenciones, calumnias, guerras, tiranías, desgracias, enfermedades, muerte. Antes de poder cerrarla, los males liberados hicieron que todos los bienes que hasta entonces cubrían la tierra huyeran al cielo; aunque no todos, porque la Esperanza (Elpis) quedó revoloteando de acá para allá como consuelo para los humanos. Por eso, el poeta Teognis de Mégara decía que «la esperanza es la única diosa que habita entre los humanos, las demás se marcharon al Olimpo dejándola atrás», y nosotros decimos de forma más prosaica que «la esperanza es lo último que se pierde».

Decimos que la curiosidad mató al gato, pero ahora sabemos que la de Epimeteo trajo consecuencias todavía peores: tan impaciente estaba por saber qué contenía la caja de Pandora que convenció a su esposa para que la abriera. Ya sabemos lo que pasó. También lo sabían bien los filósofos de la Antigüedad, y por ese motivo, algunos autores clásicos, como Aristóteles, pensaban que «la persona prudente debe conformarse con estar libre del dolor y no perseguir el placer» (Ética a Nicómaco, 1152b). Si bien al gato le quedan todavía seis vidas, nosotros tenemos que vivir rodeados de maldades y asirnos fuertemente a la esperanza. De nada nos serviría el fuego robado por Prometeo si no hubiera quedado Elpis, «la última diosa», para mantenerlo vivo.

Por eso, se dice que la esperanza es lo último que se pierde, que cuando ella nos falta ya nada nos queda. La escritora estadounidense Helen Keller, que luchó lo indecible por aprender a hablar, a leer y a escribir aun siendo sorda y ciega casi desde el nacimiento, sabía por propia experiencia que «nada puede realizarse sin esperanza» (La historia de mi vida). Si la diosa Elpis (Spes para los romanos) no hubiera soportado la embestida de todos los males que salieron de la caja de Pandora y hubiera emigrado al Olimpo, como hicieron todas las bendiciones de que estaba llena la tierra, sin duda el ser humano habría perecido. Pero se quedó entre nosotros y nos echa una mano cuando parece que estamos hundiéndonos. En momentos difíciles, solo ella nos saca a flote. Estoy seguro de que algunas veces, muchas quizá, te habrás sentido naufragar en un mar de infortunios o de maldades, como si todos los dioses te hubieran abandonado; en esos momentos te ha salvado Elpis, la esperanza, porque te has amarrado a ella con fuerza y has soportado los latigazos de las olas. Y de su mano has alcanzado tierra firme.

Cuando veas salir de la caja de Pandora todos los males, no desesperes, aférrate

a la esperanza. Pero eso no consiste en esperar sin más a que alguien venga en tu ayuda, sino en ponerse manos a la obra y confiar en que de esta se puede salir, de que el bien es alcanzable. ¿Cómo? Por de pronto, no durmiéndote en los laureles, sino estando en alerta, preparándote para lo que vendrá y trabajando para que sea mejor. Albert Camus decía que «donde no hay esperanza, debemos inventarla»: tú debes inventarla.

La esperanza te hace ser optimista (deja el pesimismo para los tiempos de bonanza) y buscar soluciones en vez de culpables. No le eches la culpa a Pandora ni te enfades con Epimeteo, pues ni ella sabía lo que contenía la dichosa caja, ni la curiosidad de su marido tenía malas intenciones. El optimismo (como si la palabra estuviera emparentada con «óptico») te hace ver mejor las cosas, con más claridad, te hace mirar hacia delante, atisbar la mano que te presta la esperanza.

Todos llevamos un Epimeteo en nuestro interior, que nos hace ser torpes, tontos, ignorantes, irreflexivos, impacientes; de lo contrario, nunca nos equivocaríamos. No obstante, él y Pandora te dejaron un regalo que vale «todos los regalos»: la esperanza, la capacidad de esperar el bien.

DEUCALIÓN, BORRÓN Y CUENTA NUEVA

Los dioses inmortales crearon una dorada estirpe de hombres que vivían sin fatigas ni miserias, jamás envejecían y morían como sumidos en un sueño. Tras desaparecer esta raza, los olímpicos crearon un linaje de plata. Pero estos hombres argénteos fueron tocados por la ignorancia y se convirtieron en seres violentos, olvidándose de hacer sacrificios a los dioses, razón por la que fueron exterminados. Zeus creó, por tercera vez, una raza de bronce: eran seres terribles y vigorosos, por cuya soberbia decidió extinguirlos (Hesíodo, Trabajos y días).

Tras haber entregado el fuego divino a los humanos y antes de ser castigado por Zeus, Prometeo se había unido a Clímene, de quien nació Deucalión. Por su parte, su hermano Epimeteo se había desposado con Pandora, que dio a luz a Pirra. Al cabo de los años, Deucalión y Pirra se casaron.

Deucalión era un hombre justo entre gentes viciosas, dedicadas a los placeres de la vida y olvidadas de los dioses. Vio Zeus que lo que había salido bueno de sus manos se había viciado y, lleno de ira, se dispuso a exterminar para siempre la raza de los hombres. Estaba ya listo a empuñar los rayos, cuando su esposa Hera se le acercó y le hizo mirar hacia la tierra: allí vio cómo Deucalión y Pirra ofrecían sacrificios a los dioses.

—Son los únicos, es verdad —dijo Hera—, pero si exterminas el linaje humano, también morirán ellos. Entonces, ¿quién llenará el cielo con el aroma de los holocaustos? ¿Quién creará en nosotros? Los dioses se rebelarán contra ti por haber sido tan severo con Deucalión. ¡Castiga a los culpables, no a los inocentes!

El padre de los dioses inmortales quedó un momento pensativo y al cabo de unos años se le ocurrió mandar a Hermes, el mensajero del Olimpo, para avisar a Deucalión que se apresurara a construir un arca y encerrarse en ella a él y a su familia. Cuando la hubo acabado, comenzó a llover torrencialmente durante nueve días y nueve noches seguidas. Las aguas anegaron toda la tierra,

únicamente sobrevivieron los tripulantes.

Cuando las aguas se hubieron retirado, Deucalión y Pirra vieron la tierra vacía y sintieron gran pesar. En su primera ofrenda pidieron a Zeus que les diera compañeros. Su oración fue correspondida con este oráculo: —¡Lanzad sobre vuestros hombros los huesos de vuestra madre!

Deucalión comprendió que lo que los dioses ordenaban es que lanzaran piedras (los huesos de la tierra, que es la madre de todos los vivientes). Así lo hicieron. De las piedras que tiraba Deucalión sobre su hombro nacieron hombres y de las lanzadas por Pirra, mujeres, de ese modo renació la raza humana.

En casi todas las culturas existe un diluvio universal, como una reminiscencia de una catástrofe natural que dejó la especie humana al borde de la extinción. Por eso se puede decir que se trata de un mito, valga la redundancia, universal. En la Biblia encontramos la narración del arca de Noé y en la biblioteca asiria de Ashurbanipal, la tablilla que nos habla de la epopeya de Gilgamesh. Un suceso semejante hallamos en la historia del rey sumerio Utnapishtim, en la de Coxcoxtli y Xochiquétzal de la mitología azteca, en el anciano Bochica de la Colombia precolombina, en la Gran Liebre Michabo de los luisenos de Baja California, en los dos hermanos karins de Birmania, en el Manu indio, y en otras muchas tradiciones mitológicas, las cuales nos hablan de un gran diluvio que renovó la tierra (cfr. Graham Hancock, *Las huellas de los dioses*).

Todas estas historias (por su concurrencia bien se puede hablar de «historias») nos hablan de un nuevo comienzo, de una segunda oportunidad, de una recapitulación, de un lavado planetario, de un voto de confianza que nos dieron los dioses, de un borrón y cuenta nueva. El agua simboliza ablución y renacimiento, por eso muchas religiones incluyen entre sus ritos iniciáticos el bautismo, algunas con inmersión completa, como recordando que el ser humano fue salvado de las aguas.

Así como los dioses dieron a la raza humana una segunda oportunidad, la mitoterapia te aconseja que te la des tú. Si prefieres, te lo digo cantando con Serrat: «Hoy puede ser un gran día, date una oportunidad» (*En tránsito*, 1981). No esperes el diluvio, provócalo tú, toma decisiones, no te dejes llevar por la

rutina, que no te convenza la razón más irracional que te dice que siempre ha sido así, que no hay nada que hacer. Cuando te enfades con alguien, o con ese ego tuyo, cuando pienses que todo está perdido en relación con esa persona o con ese asunto, haz borrón y cuenta nueva, perdona, olvida, empieza de cero, como si un diluvio torrencial se lo hubiera llevado para siempre.

Si ves que las cosas no van bien, que no eres feliz, fabricate un arca donde meter tus seguridades, tus logros, tus fortalezas, a tus seres queridos, y provoca la inundación: haz borrón y cuenta nueva y deja que la corriente se lleve lo malo. Piensa, como dice el cantautor, que ese cambio «depende en parte de ti»: «en parte», porque no puedes controlarlo todo; «de ti», porque eres responsable de tu vida y nadie va a hacer por ti lo que tienes que hacer tú.

El agua limpia y renueva, pero también puede provocar trágicas inundaciones. Está bien que te renueves y que hagas una buena colada de vez en cuando, pero has de hacerlo con prudencia, no vaya a ser que, como se dice, tires al niño con el agua sucia. El peligro de hacer borrón y cuenta nueva es que borres demasiado, lo malo y también lo bueno. Por eso, no te tomes al pie de la letra el empezar de cero: piensa que Deucalión no entró solo en el arca.

Tras la lluvia emerge el arcoíris, obra de la diosa Iris, la de alas multicolores, como una pasarela entre la tierra y el cielo, entre tú y la felicidad.

HERA, EL PLACER ES TUYO

Hera, la más excelsa de las diosas olímpicas, fue la hija mayor de Cronos y Rea, hermana, por tanto, de Hestia, Deméter, Hades, Poseidón y Zeus. El padre de los dioses se casó con ella en una ceremonia solemne celebrada por todo lo alto en el jardín de las Hespérides, según las tradiciones más antiguas, o en la cumbre del monte Ida, según notifica Homero en la *Ilíada*. Por haberse desposado con Zeus, Hera se convirtió en la primera dama del Olimpo, en la reina de todos los dioses. Aunque fue la tercera mujer que tomaba Zeus, después de Metis y Temis, su unión fue considerada como «justo matrimonio» y Hera vino a representar, para la mitología clásica, tanto griega como romana (Juno), la esposa legítima y fiel —aunque celosa y vengativa—, así como la madre protectora y cariñosa.

Por lo general, su papel suele ser secundario, siempre a la sombra de Zeus, tomándose venganza por las infidelidades de su marido y persiguiendo a sus amantes. Es, sin embargo, protagonista de una discusión que mantuvo con su esposo, relativa a los placeres del sexo. Él mantenía que eran los varones los que más disfrutaban del amor, mientras que ella sostenía justamente lo contrario, que las mujeres gozaban del acto sexual mucho más que los hombres. La disputa subió de tono, máxime porque ninguno de los dos podía aportar pruebas fehacientes de que tenía la razón. Zeus quiso zanjar el asunto como lo solía hacer a menudo: nombrando un árbitro que decidiera la contienda.

—Convoquemos a Tiresias, hijo de Everes y la ninfa Cariclo, famoso por su sabiduría entre los hombres.

—¿Qué va a saber ese mortal que no sabemos los dioses inmortales? —preguntó Hera desconfiada.

—Recuerda aquella vez que Tiresias paseaba por el monte Cileno, vio dos serpientes en cópula y las separó. Razón por la que yo lo convertí en mujer. Y, al cabo de siete años, tornó a pasar por el mismo lugar y, al ver dos serpientes

unidas, las volvió a separar, y entonces lo retorné a su condición masculina.

—¿Qué quieres decir? —Hera no las tenía todas consigo.

—Que al ser el único ser que ha sido hombre y mujer, es el único que puede resolver nuestra disputa.

Sin más miramientos, Zeus convocó a Tiresias y este resolvió que, si el goce del amor se dividiese en diez partes, la mujer se quedaría con nueve y el hombre solo con una.

Hera se enfadó muchísimo con Tiresias por haber revelado el secreto de su sexo, y lo castigó dejándolo ciego. Zeus, en cambio, como agradecimiento por descubrirlo, le concedió el don de la profecía, así como el privilegio de poder vivir siete vidas.

Hera deifica uno de los vértices de lo femenino que más peso ha tenido tradicionalmente en la construcción de la sociedad: la mujer como esposa y madre. El patriarcado, que representa Zeus, se sostiene gracias a Hera, a la esposa fiel y a la madre amorosa. La mitología lo expone sin tapujos: el hombre es el que hace la guerra, el que trabaja fuera de casa, el que participa en la política; la mujer queda relegada al ámbito familiar, al sostenimiento de la casa y de la prole (en ese sentido, es solamente «proletaria»). Pero la mitología también abre otras posibilidades de entender lo femenino, que iremos viendo.

Hombres y mujeres tienen una manera diferente de vivir la sexualidad y, por lo tanto, de sentirla. El «secreto de Hera» evidencia que ellas la insertan en su vida de una forma mucho más profunda, más compleja y más intensa que ellos. El célebre adivino nos descubrió que el placer sexual no está repartido equitativamente entre los dos sexos, que las mujeres sienten la sexualidad de un modo más íntimo y personal.

Zeus no quiere ver la realidad tal y como se la ha presentado el vidente. Aunque Tiresias ha perdido la vista, el ciego es él. Esconde su impotencia en la fanfarronería y oculta a los hombres el secreto de Hera.

Seas mujer, seas hombre, la mitología te dice que el placer es tuyo. Así como, según las normas de cortesía, cuando alguien a quien hemos sido presentados nos dice «es un placer», y nosotros respondemos «el placer es mío», o nos saludan con un «mucho gusto», a lo que correspondemos con el consabido «el gusto es mío», los principios de la mitoterapia que estamos descubriendo declaran eso mismo, que «el placer es tuyo».

Decir que «el placer es tuyo» puede parecer una perogrullada, porque el placer es una experiencia subjetiva; sin embargo, es algo mucho más importante de lo que pensamos. Hay personas, sobre todo mujeres, que a lo largo de la historia se han preocupado más por el goce del otro que por el suyo propio.

Está bien que sacrifiques parte de tu bienestar por el bienestar de los demás: el amor te lleva inevitablemente a eso, a no pensar tanto en ti, sino en las personas que amas. No obstante, en las relaciones sexuales, aunque el machismo imperante tanto en el Olimpo como aquí en la tierra mantenga lo contrario, se establece por naturaleza una relación de igualdad, que se llama reciprocidad. Nadie, aunque lógicamente goce a su manera, es más que nadie en la unión sexual. La mitoterapia te recomienda no que des para recibir (el *do ut des*, doy para que des, del derecho matrimonial romano), como si fuera un contrato carnal, sino que te des totalmente y que tu pareja haga lo mismo. El placer es democrático, en el sentido de que todos tenemos el mismo derecho a sentirlo, pero no todos lo sentimos de la misma manera.

Si eres hombre, no seas como Zeus, no presumas de tu diez por ciento. Si eres mujer, guarda en tu interior el secreto de Hera.

ATENEA, ¡PROTEGE TU INTIMIDAD!

Cuando Metis estaba encinta, a punto de dar a luz, Urano y Gea aconsejaron a Zeus que la matara, porque vaticinaron que, después de darle una hija, le daría un hijo que le usurparía el trono. Para poder salvar a su hija, en vez de matar a Metis, se la tragó. Llegado el momento del parto, el padre comenzó a sentir fuertes dolores de cabeza y pidió a Hefesto que se la abriera de un hachazo. Así lo hizo el dios herrero, y de la cabeza de Zeus salió Atenea completamente armada y «llena de furor divino», como la describe Luciano de Samosata (Diálogos de los dioses, 8).

Atenea era poseedora del Paladio, estatuilla que se conservaba en el templo dedicado a la diosa en Troya, razón por la cual también se la conoce con el apelativo de Palas. Se creía que la ciudad que lo poseía era inexpugnable. Por eso, permaneció siempre virgen. Del mismo modo que el Paladio protegía a Troya, la virginidad salvaguardaba su libertad.

La diosa encontró en la pureza la muralla para proteger su independencia. A pesar de ello, fue deseada por Hefesto. El dios, cojo y feo, pero enamorado, la persiguió e intentó forzarla. La diosa logró desembarazarse de él, pero no pudo evitar que el semen divino le manchara el muslo. Atenea se limpió con un manojo de lana y lo arrojó al suelo. Al contacto con la tierra, esta quedó fecundada y de ella nació Erictonio, a quien la diosa trató como hijo propio y educó en su templo. Esto ocurrió en la Acrópolis de Atenas. Por haber nacido de la tierra, el cuerpo de Erictonio acababa en forma de serpiente. Se convirtió en rey de Atenas.

El patrocinio de la ciudad de Atenas se lo disputaban Atenea y Poseidón. Este, para ganarse a los atenienses, golpeó con su tridente en una roca de la Acrópolis y de inmediato surgió un lago de agua marina. Acción grandilocuente pero poco práctica, ya que el agua salada no era apta ni para beber ni para regar los campos. Por su parte, Atenea hizo crecer en el mismo lugar un olivo, de cuyo

fruto manaba aceite, alimento esencial y además apto para iluminar y para confeccionar afeites. Los doce dioses que formaban el jurado dieron por ganadora a la diosa y desde entonces el olivo se extendió por toda la región y, hasta hoy, se conserva un ejemplar plantado detrás del Erecteón.

La imagen que de Atenea nos ha transmitido la mitología es la de una diosa hermosa, pero fría, sobria y calculadora. Es deseada por los hombres, pero nunca logran poseerla porque nació cubierta con su armadura. Representa lo femenino no compartido por los varones. Por eso, tiene para ellos un atractivo especial (llámese morbo si se quiere), el atractivo de lo desconocido, de lo vedado para el sexo masculino. Simboliza también la mujer libre e independiente.

Pero su libertad e independencia no las tiene por naturaleza, sino que debe luchar por conquistarlas y mantenerlas. No en vano, todas las seguidoras de Atenea, empezando por Artemisa, la diosa de la caza, Calisto, Sinope, Ródopte, las amazonas Hipólita y Pentesilea, Atalanta, Anaxáreta, Aspalis, Britomartis, Apriate, Castalia, Aretusa, Hemítea, Hipo, Cloris, Leda, Fílira, Psámate, Asteria, las pléyades, Lotis, Dafne, Pitis, Siringe, Dánae, las miníades (Leucipe, Arsipe y Alcátoc), Nicandra, Filomela... fueron perseguidas por hombres o dioses. Muchas consiguieron escapar convirtiéndose en fuentes, árboles, animales, pájaros..., pero otras fueron engañadas o forzadas.

Sin duda, la persecución más conocida es la protagonizada por Apolo y Dafne. El dios se enamoró de la ninfa, pero ella quería mantener su independencia, por lo que huyó hacia el bosque. Pero Apolo era más veloz y la alcanzó. En aquel instante, la joven rogó a su protectora, Artemisa, que la salvara. La diosa la convirtió en laurel.

El arte y la literatura se han encargado de sublimar el caso de Dafne y cubrirlo con un halo de romanticismo. De ese modo, nos hemos creído que lo «normal» (es más, lo romántico) es que un hombre conquiste (como se conquista un castillo) a una mujer. La escultura de Bernini y el soneto XIII de Garcilaso velan una realidad que la mitología pone con toda su crueldad sobre la mesa. Seas mujer, seas hombre, la mitología te dice que solo tú eres dueña, eres dueño, de tu intimidad. La puerta de la intimidad se abre desde dentro, nunca desde fuera, por lo que solo a ti te compete abrirla o no. De lo contrario, se produce violencia, algo semejante a una invasión o un allanamiento de morada. La llave de esa

puerta es el consentimiento, y esa llave la guardas tú.

La intimidad es objeto de respeto. Por eso, para protegerla, tienes que exigir de los demás que respeten la tuya y tú respetar la de ellos. Toma las precauciones debidas, como Atenea, no te dejes la puerta de tu interior abierta de par en par, ni mires por el ojo de la cerradura si ves cerrada la del otro a calicanto. Lo primero sería negligencia; lo segundo, podría acabar en avasallamiento. Cuando llames a la puerta de la intimidad de otra persona, espera a que la abra; cuando llamen a la tuya, observa por la mirilla quién es (no vaya a ser un dios metamorfoseado o un regalo fastuoso, como el que hizo Poseidón a la ciudad de Atenas) y abre si confías en ella. Nunca dejes la llave debajo del felpudo.

Mediante la figura de Atenea (la diosa virgen, guarnecida con la égida, armada con casco, lanza y escudo), la mitoterapia te aconseja que protejas tu intimidad, que solo se la entregues a quien tú quieras. No se trata de que seas una persona dura e inaccesible (Atenea tampoco lo fue del todo, prueba de ello es que adoptó al hijo de Hefesto, quien había intentado asaltar su intimidad), pero sí que mantengas el Paladio en tu poder.

AFRODITA, ¡QUE LA BELLEZA TE ACOMPAÑE!

Afrodita es una de las diosas más antiguas. Nació de las olas fecundadas por Urano. Es la reina del amor y la belleza. Su beldad causó gran admiración entre todos los inmortales y despertó la envidia de Hera y Atenea. Contra todo pronóstico, Afrodita se casó con Hefesto, un dios físicamente poco agraciado.

Hefesto había sido engendrado por Hera sin la colaboración de su marido ni de ningún otro ser masculino. Cierta día que Zeus y Hera discutían sobre la suerte de Heracles (¡otra vez discutiendo!), Hefesto se puso del lado de su madre, lo que encrespó al rey de los dioses.

—¡No eres digno —le gritó fuera de sí— de pisar el suelo de los dioses! ¿Quién eres tú, bastardo, para osar contradecirme?

Y lo empujó fuera del Olimpo. Durante un día entero estuvo cayendo el desdichado Hefesto (¡tanta es la distancia entre el cielo y la tierra!) hasta que dio a parar en la isla de Lemnos. La caída le dejó cojo para siempre. Algo tiene el hijo de Hera de pobre diablo; no en vano, en el imaginario religioso Satán es un ángel caído y a menudo cojea, como Mefistófeles en el Fausto de Goethe.

En Lemnos aprendió el arte de la herrería. Para ganarse el favor de Zeus, Hefesto (Vulcano para los romanos) se dedicó a forjar sus rayos y a fabricar las armas de los olímpicos. Como aquello no le ganara el regreso al Olimpo, construyó un trono de oro y se lo regaló a su madre. Ella se sentó sin darse cuenta de que la silla disponía de unas cadenas invisibles que la atraparon. Los dioses rogaron a Hefesto que volviera al Olimpo para liberar a la prisionera. Cuentan que el dios cojo hizo su entrada triunfal montado sobre un asno. Soltó a su madre y Zeus, como recompensa, le entregó la mano de Afrodita.

Así es como se formó la pareja más extravagante del Olimpo: la bella Afrodita casada con un dios tullido y feo. El matrimonio no iba a durar mucho, pues la

diosa pronto se enamoró de Ares, el dios de la guerra, guapo y fornido, con quien comenzó a verse a escondidas.

Una madrugada, los amantes fueron descubiertos por Helios, el Sol (¡gran madrugador!), quien fue con el cuento al marido (¡qué bien lo «cuenta» Velázquez en La fragua de Vulcano!). Sintiéndose burlado, Hefesto, para poner en evidencia a los adúlteros, colocó una red invisible en el lugar donde acostumbraban a entregarse a su amor y los atrapó in fraganti. Hefesto llamó a todos los dioses para que fueran testigos del engaño. La escena fue contemplada por todos los inmortales con sumo deleite, hasta que Poseidón retiró la red con su tridente. Al punto, se presentaron las Horas para cubrir la desnudez de su señora, y Ares se fue más orgulloso que avergonzado. En sus Fábulas mitológicas, Juan de la Cueva, poeta apreciado por Cervantes, canta en octavas reales Los amores de Marte y Venus (de Ares y Afrodita). Con un propósito fuertemente moralizante, nos dice que desde aquel momento Afrodita guarda «implacable saña y mortal furia contra el Sol y su casta». El deseo sensual que la diosa representa no puede competir con la luminosidad del sol, por eso el encuentro sexual busca las sombras, la oscuridad, los resguardos de la noche. Sin duda, el poeta se refiere a la unión carnal ilícita. El pobre Hefesto será el primer cornudo de la historia, que se pone a sí mismo en evidencia.

Si bien la moral condena a Ares, la mitología lo disculpa. El amante quedó justificado para la posteridad en el Himno homérico a Afrodita (34-36), cuando declama que «nadie puede, ya sea un bienaventurado dios o un hombre mortal, escapar a Afrodita. Ella hace perder la razón hasta al propio Zeus». En verdad, la belleza nos hace perder el oremus, su contemplación nos produce algo así como un arrebató emocional, suspende todos nuestros sentidos, como le ocurrió a Stendhal, deporta a la razón y nos susurra dulces palabras al oído. «Tejedora de engaños», llama la poetisa Safo de Lesbos a Afrodita.

Y lo es porque «la belleza es el esplendor de la verdad», como dice Platón en El banquete, pero no la verdad. Esta es iluminada por aquella, es decir, la belleza nos permite contemplar mejor la verdad, a no ser que nos quedemos extasiados contemplando la luz como aquel discípulo estúpido que se quedó contemplando el dedo del sabio cuando le señalaba la luna.

La belleza te ha de acompañar siempre. «¡Que la belleza te acompañe!», te desea

la mitoterapia, un deseo más oportuno que aquel «May the Force be with you!» que propone la ficción de Star Wars. El ser humano necesita convivir con la belleza, necesita vivir en un cosmos (orden bello, en griego) armónico y luminoso.

Pero la mitología te advierte que la luz de Afrodita te puede cegar, te puede atraer de tal manera que te sorba la libertad, porque cuando algo te atrae, te arrastra y te hace perder las riendas de tu vida. Te habrá ocurrido algo semejante si alguna vez te has enamorado perdidamente o has sentido una atracción que a la postre has calificado de fatal. La fatalidad hace que te pierdas, y todo por seguir el instinto de belleza que la naturaleza ha insertado en ti.

Debes buscar la belleza, debes rodearte de ella, eso te hará sin duda mejor persona, porque ella «alumbra lo que perdura», por usar un verso de Silvio Rodríguez, ilumina el camino del bien y la verdad. No la confundas con el canon que imponen las modas: tú estableces qué es bello para ti y cómo quieres que te acompañe en tu vida. Nunca te avergüences por alcanzarla: la belleza siempre disculpa tus errores; pero tampoco te fíes del todo de ella: quédate con lo que ella enluzca.

¡Que la belleza te acompañe!

EOS, LA ETERNA JUVENTUD

Eos, la Aurora, hermana de Helios, fue la primera en contemplar la escena de los amores de Ares y Afrodita. Como cada mañana, se levantó de su lecho de oro y preparó el amanecer. Al comenzar a esparcir los pétalos de rosa con los que hace que comience a clarear, antes justo de abrir los portones del cielo para que salga el Sol, vio a los dos amantes entregados todavía a sus juegos amorosos. La diosa «de dedos de rosa», como la llama Homero, no pudo disimular su atracción por Ares, motivo por el que Afrodita la castigó a estar eternamente enamorada y a contemplar a todos los amantes tras una noche de amor.

En un principio, Eos no pensó que estar eternamente enamorada pudiera ser un castigo, al contrario, gozó del amor del hermosísimo y joven Titón, hijo de Laomedonte y, por tanto, hermano mayor de Príamo, rey de Troya. Al cabo de un tiempo, la diosa se dio cuenta de que Titón era mortal, mientras que ella no, por lo que se atrevió a implorar a Zeus.

—Padre Zeus, yo que cada día disuelvo las tinieblas e ilumino a dioses y a hombres, no puedo, sin embargo, hacer que mi marido viva eternamente. Te ruego, pues infinito es el amor que siento por él, que no lo dejes morir nunca.

—¿Estás segura de lo que pides, hija mía? —le preguntó el padre de los dioses.

—¡Cómo no lo voy a estar si muero de amor por él! Si él deja de vivir, seré eternamente desgraciada.

Así que Titón obtuvo por mediación de su mujer la gracia de vivir eternamente. Al cabo de unos años, Eos se dio cuenta de que su marido iba envejeciendo. Volvió a hablar con Zeus y este le dijo:

—Me suplicaste que hiciera a Titón inmortal y te lo concedí. Nada me dijiste de que deseabas que fuera eternamente joven.

Eos tuvo que ver cómo su amado envejecía, pero no moría, se llenó de arrugas, perdió los dientes, el oído y la vista, se empequeñeció y secó tanto que quedó convertido en una cigarra.

La diosa de dedos rosados, castigada a estar eternamente enamorada, se fijó en el joven Céfalo. Por él abandonó sus tareas diarias, lo que provocó un desorden cósmico. Para evitar mayores, Zeus envió a Eros para que saeteara al joven e hiciera que se enamorase de Eos. Vivieron juntos hasta que una noche Céfalo volvió con su mujer Procris. Aquel día amaneció gris porque la Aurora no esparció sus pétalos de rosa.

No sé si al lector le pasa lo mismo, pero a mí, cuando pienso en los dioses griegos, me cuesta no imaginarlos como las esculturas de piedra y bronce que de ellos hemos contemplado en innumerables obras de arte. Como si el Olimpo estuviera habitado por estatuas de Zeus, Apolo, Afrodita, Hermes, Hera..., nos imaginamos a los dioses como a nosotros mismos, pero con la dignidad que otorga el mármol. Los dioses no son sino personas petrificadas. Ello les confiere todas nuestras cualidades, pero ninguno de nuestros defectos. Ellos, como la piedra en la que están hechos, no se cansan, no envejecen, no sufren, no mueren. Ya se les puede romper la nariz, partir un brazo, una pierna, un pecho o el pene, la cabeza incluso, que seguirán siendo eternos porque no son de carne y hueso como nosotros.

Irene Vallejo le hace confesar al dios Eros la verdad de lo que son: «Los dioses no conocemos la aventura. Nunca nos sucede nada, somos eternamente jóvenes, no cambiamos, no corremos ningún riesgo, existimos en un asfixiante equilibrio, como seres pálidos, desprovistos de un mañana y satisfechos de nosotros mismos» (El silbido del arquero).

El centauro Quirón, famoso preceptor de dioses y héroes, fue alcanzado fortuitamente por una flecha envenenada lanzada por Heracles. La herida incurable le produjo un dolor intensísimo que no podía paliar por ser inmortal. Para poder morir, y así acabar de sufrir, Quirón renunció a la inmortalidad en favor de Prometeo, que había nacido mortal.

Ser mortal tiene sus ventajas. Seguro que muchas veces habrás pensado lo

contrario; sin embargo, mira lo que les pasó a Quirón y a Titón: poder morir te quita un peso de encima, nada más y nada menos que el de la onerosa eternidad. ¿Preferirías acaso ser una estatua de frío mármol?

Existen muchas cosas que se te imponen sin poder hacer nada por cambiarlas: la familia en la que has nacido, tu carga genética, tu pasado, tu sexo, tu temperamento, las consecuencias de lo que has hecho... y tu edad. No puedes decidir qué edad tienes ni puedes quitarte años de encima. Puedes mentir o disimular, pero eso no cambia nada. Puedes llevar mejor o peor los años que tienes, pero no los puedes dejar de tener. La eterna juventud es un mito que no aparece en la mitología.

La mitoterapia te aconseja que no luches contra la edad, sino que gestiones bien la que tienes. Para ello, debes comenzar por aceptarte como eres, por ir adaptándote a los años, por no pretender vivir la etapa vital que no toca. La sociedad te intentará convencer de que solo puedes ser feliz si eres relativamente joven. Tú decides. Pero creo que querer vivir en la edad que no te corresponde te hace perder la felicidad que sí te corresponde, porque, como decía la escritora francesa Daniel d'Arc, «la edad que se querría tener perjudica a la que se tiene».

Cada amanecer es un nuevo comienzo: déjate cubrir cada mañana por los pétalos de rosa de la Aurora y gestiona bien el día que se te regala. Confía en que ella los irá esparciendo (los pétalos y los días) mientras tú los esperes.

ÍO, EL REGALO DE LA CONCIENCIA

La mitología nos muestra muchos ejemplos de amantes, hombres y dioses, que se han dejado llevar por los encantos de Afrodita. El amante de los amantes es el propio Zeus, el gran seductor. Sus amoríos despertaron los celos de la vengativa Hera, quien, no pudiendo desquitarse con su propio marido, lo hizo con las inocentes presas.

Una de ellas fue Ío, doncella de Argos, sacerdotisa de Hera. Para seducirla, Zeus se introdujo en uno de sus sueños ordenándole que fuera a la orilla del lago Lerna y se entregase allí al padre de los hombres y de los dioses. Ío contó el sueño a su padre, Ínaco, quien consultó al oráculo.

—Si tu hija no acude a la cita —se pronunció la pitonisa—, tú serás fulminado por un rayo.

El padre, atemorizado, mandó a su hija al lago Lerna para que se uniese allí con Zeus. Pronto Hera comenzó a sospechar la aventura de su esposo con su sacerdotisa. Para defender a su amada de la ira de la rencorosa diosa, Zeus la convirtió en una ternera blanca y juró que nunca se había unido al animal. De todas formas, Hera exigió que se la regalara. Su marido no pudo negarse a la petición de su esposa, así que se la entregó.

Por su parte, la divina Hera confió aquel hermoso animal a Argos, el de los Cien Ojos, para que la vigilara día y noche. Zeus, que seguía enamorado, pidió a Hermes que la liberara. El viejo Argos dormía con cincuenta ojos cerrados y los otros cincuenta abiertos para poder vigilar a su prisionera. Pero, una noche, Hermes, con su vara mágica, durmió los cincuenta ojos que quedaban despiertos y así pudo escapar la nívea ternera. Después mató a Argos (y sus ojos adornaron las plumas del pavo real, ave dedicada a Hera).

Desde aquel momento, Zeus hacía el amor con Ío, tomando la forma de un

hermoso toro. Hasta que Hera descubrió el engaño y castigó a la joven de la forma más terrible: le envió un tábano que continuamente la aguijoneaba. La pobre doncella, convertida en ternera, vagaba por el mundo atormentada por el tábano que no dejaba de picotearla. Lo espantaba con continuos movimientos de su rabo, pero enseguida la volvía a punzar. Ío corría desesperada para ver si podía deshacerse de aquel fastidioso insecto, pero no lo conseguía porque el tábano vivía en su propia crin.

El tábano que aguijonea sin parar a la pobre Ío se ha considerado como una metáfora del remordimiento. Ella, que más que seducida ha sido obligada por el omnipotente Zeus, recibe como castigo el peso de la conciencia. Castigo que para Rafael Argullol es un regalo (cfr. El fin del mundo como obra de arte).

La metáfora del insecto para expresar la voz de la conciencia que, siendo tan poca cosa, no deja de incordiarnos, aparece también en el cuento de Pinocho bajo la figura de Pepito Grillo. Su autor, Carlo Collodi, nos quiere mostrar que, para que el muñeco de madera creado por el viejo Gepetto llegue a ser un niño de verdad, necesita una ayuda interior, como el tábano de Ío que habitaba en su propia crin.

Muchas veces las personas hacemos como Ío y corremos desesperadas para intentar dejar la conciencia atrás; por eso, hemos enaltecido el ideal del «hombre sin conciencia». Sería como Pinocho, una marioneta que, incapaz de ver los hilos que la manejan, se cree autónoma, libre y feliz. Pero los intentos por despacharla de nuestra vida son siempre inanes, por la sencilla razón de que somos nuestra conciencia.

Lo que llamamos conciencia procede de esa chispa que robó Prometeo para nosotros (por eso es un regalo) y gracias a ella, somos humanos, libres y responsables de nuestros actos. Desde lo más íntimo de nosotros mismos, nos indica cómo tenemos que obrar. El tábano de Atenas, como llamaban a Sócrates, decía comunicarse con su daimon interior, quien le recriminaba cuando no estaba obrando bien. Era una vocecilla muy débil, pero que tenía autoridad sobre él.

En fin, tu conciencia eres tú. Te la regaló Prometeo cuando te entregó la chispa de la vida. Viene en un solo pack junto a tu inteligencia y tu libertad. La

conciencia fue el regalo más valioso, aunque a veces la veas como un castigo. Claro que, cuando obras mal, se torna en remordimiento y es molesta como el tábano que agujoneaba a la pobre Ío. En todo caso, escúchala siempre, no quieras acallarla a base de ruido, de mirar a otro lado, de un activismo frenético.

Los moralistas clásicos decían que siempre debes obedecer a tu conciencia, que en todo momento has de actuar en conciencia. Y que has de hacerlo «con conciencia», es decir, con conocimiento de causa, sabiendo lo que estás haciendo; lo contrario sería obrar sin ton ni son, por miedo o por seguir la dictadura del entorno social. Cuando obras en conciencia recibes de tu interior una energía extra que te ordena obrar de una determinada manera o te recrimina haberlo hecho de otra. Como si fuera un legislador interno, la conciencia te dicta leyes que debes cumplir; si no lo haces, te perseguirá el remordimiento; si las cumples, obtendrás la paz y la satisfacción de haber hecho lo que debías.

Hay muchas personas a las que les da auténtico pánico escuchar su conciencia, quizá te haya pasado alguna vez también a ti. En el fondo saben que, si se paran a pensar, si reflexionan, si están un rato en silencio, van a acabar escuchando su voz. Y les da miedo lo que ese daimon les pueda decir porque quizá les diga lo que no quieren oír. Por tu parte, tú sé valiente, atrévete a escucharlo, detente un momento, como hacía Sócrates en cualquier rincón de Atenas, y presta atención a tu voz interior. Cierra ahora el libro y quédate en silencio un rato: enseguida sentirás zumbir al tábano de Ío.

EROS, DESEO INSACIABLE

El nacimiento de Afrodita fue celebrado por todo lo alto en el Olimpo. Zeus y Hera fueron los anfitriones y organizaron un gran festín, las mesas estaban cubiertas de platos de oro con rica ambrosía y corría el néctar divino como si manara del cuerno de la abundancia. Invitaron a todos los dioses, grandes y pequeños, cercanos y lejanos, pobres y ricos, a los que habitaban los bosques, los mares y los abismos. La ocasión lo merecía: ¡había nacido al mundo la belleza! Nadie se quiso perder semejante acontecimiento.

Sin embargo, aunque acudió al Olimpo, hubo una diosa que no osó entrar al banquete. Era Penia, la diosa de la pobreza, que, avergonzada de su mísera condición, permaneció en los jardines del Olimpo sin atreverse siquiera a mirar a la recién nacida. ¡Cómo ella, andrajosa y sucia, iba a presentarse ante la mismísima belleza! Oculta entre los arbustos oía los cánticos de los dioses felices, mientras pensaba cómo podría mejorar su estado. Sumida en sus pensamientos, resignada más que envidiosa, como es el natural de la pobreza, quedó sumida en un intranquilo sueño.

Entre los invitados se encontraba Poros, el dios de la abundancia. Lleno de joyas y anillos, vestido de seda y oro, orgulloso y petulante, quiso como siempre ser el centro de atención de la fiesta, pero el motivo de la celebración no le concedió tal privilegio. Es por eso que Poros bebió más de la cuenta y el néctar divino le cubrió la mente con sus brumas. Buscando aire fresco, salió al jardín. Su torpe caminar y sus voceríos despertaron a Penia, quien vio cómo poco a poco el dios de la abundancia era vencido por otro más fuerte y sutil: el del sueño. La diosa contempló entonces la oportunidad de paliar en algo su miseria.

—Si concibo un hijo de Poros —pensó Penia—, ya no volveré a ser pobre del todo, pues tendré algo de él que no me podrá arrebatar nadie.

El dios dormía tan ricamente que no se dio cuenta de que se había acostado al

lado de la pobreza. Ella, aprovechando la ocasión y habiendo sido seducida desde lejos por Afrodita, entabló con Poros juegos amorosos que, aunque para el dios no salieron de sus sueños, para Penia y la mitología fueron tan reales como el hijo que concibió.

Esta historia la cuenta Platón en El banquete y nos dice que el hijo de Poros y Penia recibió el nombre de Eros.

Platón nos dice que Eros, por tener la condición de su madre, es siempre compañero inseparable de la pobreza, pero, por la condición de su padre, es intrépido y diligente. «Lo que consigue siempre se desliza de sus manos, de manera que no es pobre ni tampoco rico y se encuentra en el término medio entre la sabiduría y la ignorancia» (El banquete, 202e). Su desgracia es que nunca se siente satisfecho.

Eros es la personificación del amor-deseo. Cupido para los romanos, es representado comúnmente como un niño alado con los ojos vendados, armado con un arco con el que disparaba sus áureas saetas de amor. El corazón atravesado por una de ellas quedaba rendidamente enamorado, pero también había en su carcaj flechas con la punta de plata, que no producían deseo sino rechazo. De modo que los enamorados andan al albur de Eros y en vano buscan razones donde no las hay, pues, como dice Sancho Panza, «mira con unos antojos [anteojos y antojos] que hacen parecer oro al cobre; a la pobreza, riqueza, y a las lagañas, perlas» (Don Quijote, II, 19).

Los animales se mueven por instintos; nosotros, por deseos. Somos seres indigentes, ya lo hemos visto, mucho más que los brutos, a los cuales la naturaleza les ha dado las armas suficientes para sobrevivir. A nosotros, la naturaleza nos ha otorgado una fuerza denodada, una sed infinita, que se llama deseo. «El deseo es la esencia misma del hombre», decía Spinoza. Y lo definía como «el apetito acompañado de la conciencia de sí mismo» (Ética III, proposición IX). Los animales no son conscientes de sus apetitos; nosotros, sí.

El deseo es una sed infinita que no se sacia bebiendo. Sin embargo, tu esencia es deseo. ¿Qué hacer entonces? Aunque te lo propongas, como pretenden los estoicos, no puedes esquivar sus flechas, no puedes no desear. Solo tienes dos

alternativas: dejarte llevar por la ley de Eros o intentar domarlo.

La primera lleva a un torbellino interminable, porque la ley del deseo decreta que no hay ley que valga (en el deseo «no hay más ley que la anarquía, si es que la anarquía es ley», escribe Benito Pérez Galdós en *Tristana*). Si te dejas llevar por ella, si vives a golpe de corazón, si has asentado tu vida emocional en tus deseos, te estás poniendo en manos del azar, porque la naturaleza del deseo lo hace insaciable: Eros es un eterno insatisfecho. Entonces ya no llevarás tú las riendas de tu vida, sino que se adueñarán de ella tus emociones, tus sentimientos, tus deseos.

No puedes renunciar a tus deseos, ni a tus sentimientos, ni a tus emociones. No puedes evitar que surjan, que te invadan, que soliciten de ti toda tu atención. Pero sí está en tu mano poder controlarlos.

Platón se preguntaba: ¿cómo uno puede ser dueño de sí mismo? Y respondía: porque en ti hay algo superior a ti; eso superior, que es tu razón, ha de controlar lo inferior: el reino anárquico de Eros. No significa, empero, que este sea prescindible, sino que el gobierno le corresponde a aquella. Recuerda: el rey (el deseo) reina, pero no gobierna; quien debe gobernar es la razón. Si dejas que mande él, tu vida puede convertirse en un régimen despótico, un reinado absolutista de un dios insaciable. *Sentire aude!* ¡Atrévete a sentir! Pero hazlo con cabeza.

PSIQUE, INVISIBLE A LOS OJOS

El mismo Eros cayó presa de sí mismo y se enamoró de la bellísima Psique, la hija pequeña de un rey. Sus dos hermanas mayores eran hermosas, pero no tanto como Psique, «cuya belleza sobrepasaba la elocuencia humana», en palabras de Apuleyo, quien nos narra este mito en *Las metamorfosis*. A pesar de ello, las mayores pronto fueron solicitadas en matrimonio y se casaron. Pero nadie pidió la mano de la pequeña princesa, pues tal era su belleza que ningún mortal osaba a tanto.

Pasaba el tiempo, y Psique seguía soltera. El padre, no entendiendo cómo nadie quería casarse con su hija, acudió al oráculo en busca de consejo. La pitonisa le dio instrucciones precisas:

—Vístela con el traje nupcial y abandónala en la montaña. Un monstruo se la llevará consigo. Es lo que ordena el sagrado oráculo de Apolo.

El padre siguió las instrucciones y, con gran dolor, la dejó en el monte, expuesta a los peligros de la noche. Enseguida fue envuelta por las sombras y el viento Céfiro la elevó y la llevó hasta una maravillosa mansión hecha de mármol y oro.

Allí escuchó voces que se presentaron como sus sirvientas, que la condujeron al dormitorio. Cuando anocheció notó la presencia de alguien a su lado: era su marido, del que había hablado el oráculo. Aunque no podía verlo, le pareció un hombre muy agradable. El extraño la tranquilizó y le habló muy dulcemente. Le pidió, ante todo, que no intentara ver su rostro. Se amaron como nunca nadie se había amado.

Durante el día quedaba Psique en el palacio sola, acompañada por las voces; por la noche recibía a su amado, de quien no conocía el semblante, solo sus caricias y sus tiernas palabras. Psique se sentía colmada de felicidad. Sin embargo, ardía en deseos de conocer la identidad de aquel que llenaba sus noches y su corazón.

Para tal fin, se le ocurrió ocultar una lámpara bajo un velo negro y, cuando el esposo se durmiera, retirarlo y contemplar su rostro. Así lo hizo y, para su sorpresa, descubrió a un bellissimo joven. Quedó tan embelesada que dejó caer sin querer una gota de aceite sobre el hombro del esposo. Él despertó sobresaltado y desapareció al instante.

El misterioso amante no era otro que Eros, el dios del amor, quien había recibido de Afrodita, que envidiaba la belleza de Psique, el encargo de traspasarla con sus saetas con el fin de que se enamorara de los hombres más indeseables. Pero Eros, al ver a la doncella, quedó perdidamente enamorado y se la llevó a su morada celeste.

Como había sido visto por una persona mortal, Eros no pudo aparecer más junto a Psique. Para poder seguir amándola, pidió a Zeus que la convirtiera en diosa. Su deseo fue cumplido y, desde entonces, los dos amantes gozan de un amor eterno.

Podemos contemplar a los dos amantes en la obra escultórica de Antonio Canova Amor y Psique (1793). A pesar del frío mármol, nos hacemos una idea de la sublime sensualidad de aquel idilio. Psique, en griego, significa alma; por eso, aunque Canova nos los deja ver, los dos amantes no pueden verse, porque lo exterior no tiene importancia, no cuenta para el amor verdadero. Él se manifiesta en los amantes y ella solo se muestra tímidamente en el rostro (de ahí que se diga que la cara es el espejo del alma). Pero Psique añora los sentidos y quiere estar entre los suyos, quiere ver a su amado. Entonces, enciende la lámpara. El deleite de los sentidos dura unos segundos y toda la felicidad se desvanece para siempre. Desde aquel momento, el alma queda prisionera de los caprichos de la belleza externa, esclava de las veleidades de lo sensible, hasta que vuelve a su morada.

En este mito encontramos muchas similitudes con la naturaleza del alma humana: habita en un cuerpo mortal, pero ella es inmortal. Tiene una belleza muy superior a la corpórea, pero que no se puede percibir por los sentidos. La belleza del alma, de la que hablan tantos filósofos, poetas y místicos, es sobrehumana, porque el alma está llamada a hacerse divina. El alma, como Psique, no tiene un destino mundano, sino que está reservada para un dios, el dios del Amor.

Quizás te preocupas demasiado por lo exterior, por la belleza del cuerpo, por lo que puedes ver y tocar. Eso es necesario, pues no eres un ángel, pero no suficiente, porque hay algo en tu interior que lo supera. Quiero decir que, si cifras tu felicidad solo en lo externo, en lo corpóreo, en lo sensual, aspirarás a una felicidad externa, corpórea o sensual, pero no a la felicidad que mereces por ser mucho más que un cuerpo. La primera especie de dicha se llama satisfacción; la segunda, plenitud.

La mitoterapia te recuerda que eres Psique. Eso significa que lo que te hace ser quien eres no es tu cuerpo (Goethe escribe: «aunque te pongas pelucas de millones de rizos o tacones de un codo de altura, seguirás siendo quien eres»), sino algo interior, íntimo, un principio vital, que los griegos llamaban psiqué y los romanos tradujeron por anima. Ella te otorga una belleza que «sobrepasa la elocuencia humana», que es en cierto modo sobrehumana y a la vez lo más humano que hay en ti («la beldad del alma supera a la del Cielo», según Bernardino de Siena). Ese es el sentido de la expresión «la belleza está en el interior», que, según la mitología, es mucho más que un consuelo para los feos.

Por eso, cuando amas a una persona, si de verdad la amas, no te dejas llevar únicamente por Eros, por el deseo, como hemos visto en el mito anterior, sino que eres Eros: vas más allá de su apariencia y contemplas su belleza interior, su alma. Y la sientes ahí, en lo hondo, donde no llegan los sentidos, porque, como dice el zorro al Principito, «lo esencial es invisible a los ojos».

ACTEÓN, RECONOCIMIENTO SOCIAL

En mitología rige una ley rotunda: ningún humano puede ver a un dios y seguir viviendo. Por eso, tras haber contemplado siquiera un instante a Eros, Psique cayó en manos de Afrodita, quien la dejó vivir, pero la sometió a arriesgados trabajos. Uno de ellos consistió en descender al Averno para traer en una caja la belleza de Perséfone. La joven no debía abrir la caja, pero, vencida por la curiosidad, la abrió y quedó profundamente dormida. Sin embargo, Eros la despertó de un flechazo y suplicó a Zeus que la convirtiera en diosa.

También se salvó de una muerte segura Erimanto por ser hijo de Apolo. El joven vio desnuda a Afrodita y la diosa lo dejó ciego.

No tuvo la misma suerte Acteón, el cazador, hijo de Aristeo y Autónoe, pero educado en el arte venatoria por el centauro Quirón. Estando de cacería en las laderas del monte Citerón, oyó a alguien tras unos matorrales. Experto cazador, alejó a sus perros y se acercó sigilosamente, como solo él sabía hacerlo. Al llegar vio a una hermosa joven bañándose en el río. Impresionado por tal belleza, cayó hacia atrás alertando a la bañista, quien desapareció al instante.

Acteón intentó ponerse en pie, pero se dio cuenta de que lo hacía a cuatro patas. Se miró las manos y descubrió dos finas pezuñas que se clavaban en la tierra. Horrorizado se echó las manos, que ya no eran tales, a la cara y notó un hocico prominente. Quiso gritar, pero de su boca salió un berrido estridente que alborotó a su jauría. Torpemente comenzó a correr hacia el río. Allí no había nadie, solo encontró su reflejo en las aguas: ¡era el de un ciervo! No lo podía creer. ¡Acteón, el cazador, convertido en presa!

Cuando levantó la pesada cabeza vio cómo se acercaban sus perros. Entonces comenzó a llamarlos:

—¡Soy yo, vuestro amo! ¡Soy yo! —gritaba desesperado.

Pero cuanto más gritaba, más aumentaba el timbre de sus berridos y más atraía a los canes. Intentó huir, pero se sentía torpe, pronto notó cómo se clavaban en su lomo y en sus piernas y en su cuello las fuertes mandíbulas de los adiestrados soldados que componían esa jauría enloquecida. Al cabo, cayó al suelo cubierto por sus propios perros. Seguía llamándolos, ahora a cada uno por su nombre, pero era inútil: las dentelladas continuaban acuchillando sin descanso todo su cérvido cuerpo. Al fin, un afilado colmillo, como una daga asesina, le atravesó la yugular y perdió el sentido. Allí dejaron los perros el cuerpo exánime de Acteón y fueron en busca de su amo. Recorrieron desesperados todo el bosque, pero no lo encontraron. Para ellos, Acteón había muerto antes de morir.

La hermosa bañista de quien Acteón quedó embelesado era la diosa Artemisa (Diana para los romanos) que, al verse descubierta por un mortal, lo castigó, como es de ley, con la muerte. Pero no fue una muerte repentina, como un flechazo que paraliza el corazón, sino la más ignominiosa que se le puede dar a un cazador: convertirlo en presa, no ser reconocido por sus propios perros.

Artemisa sabe que, cuando alguien pierde el reconocimiento de los demás, pierde su identidad, deja de ser el que es, está muerto. Sin la referencia a los demás, la persona se transforma en mero individuo. Ni siquiera el animal más fiel, el perro, capaz de reconocer a Ulises disfrazado de mendigo tras veinte años de ausencia (Odisea, canto XVII), reconoce a Acteón. ¿Por qué? Porque ya no es Acteón; en cambio, Ulises, a pesar del tiempo transcurrido, sigue siendo Ulises.

El reconocimiento social, como pone de manifiesto este mito, adquiere suma trascendencia en el caso del ser humano. Su falta significa, nada más y nada menos, que la muerte de la persona. Jorge Luis Borges decía que «un hombre o una mujer mueren definitivamente cuando desaparece el último personaje que los ha conocido». Si nadie pronuncia mi nombre, es como si no lo tuviera; si no hay un «tú», el «yo» simplemente no existe.

Para que no nos pase como a Acteón tenemos que cultivar nuestro «yo», no haciéndonos egoístas (eso sería andar en sentido contrario), sino haciéndonos reconocibles por los demás. Porque, si me centro demasiado en mí mismo, puedo quedar descentrado, es decir, no reconocido por los que me rodean.

Ser feliz se parece a regresar al hogar. Pero el caso es que tú no tienes la llave de la puerta: alguien te la tiene que abrir. No puedes derribarla, porque la felicidad no se conquista (te recuerdo lo que decía el mago Gandalf en El señor de los anillos: «aquel que quiebra algo para averiguar qué es, ha abandonado el camino de la sabiduría»). Para que te abran te tienen que reconocer. Basta, entonces, con que llames y digas «soy yo». En ese momento, la palabra «yo» funciona como un abracadabra.

El pronombre «yo» solo es significativo si hay un «tú» al que se refiere, es decir, solo te abren la puerta al pronunciar ese monosílabo porque alguien te espera. Eres un «yo» para alguien. Por eso, quien tiene quien lo espera no necesita llevar llaves. La relación que estableces con un «tú» obra la magia de convertirte en «yo»; entonces, te sientes alguien gracias a alguien.

Hagas lo que hagas, serás un «yo» si significas algo para alguien, como el nombre de Dulcinea, que según Cervantes era «músico, peregrino y significativo», porque la amaba don Quijote. No puedes vivir en una isla, por muy cómoda que te parezca: necesitas el reconocimiento de alguien para ser alguien, tu nombre ha de ser significativo para las personas con las que convives.

Está bien que quieras ser quien eres, pero piensa que no se trata de ser uno mismo a cualquier precio, siempre debes contar con los demás. Del mismo modo, no quieras ser quien no eres, no intentes engañarte ni engañar a los que te rodean, no vaya a ser que te ocurra como al pobre Acteón, que no pudo ser reconocido por sus propios perros.

ENDIMIÓN, FELICES SUEÑOS

La diosa Artemisa es tan celosa de su virginidad que no permite que ningún humano contemple su belleza, por eso convirtió a Acteón en ciervo, como acabamos de ver. Identificada comúnmente con Selene, la Luna, es hermana de Apolo, diosa de la caza y defensora de la virginidad. Acostumbra a andar de noche errante por los montes, sola o acompañada por una procesión de ninfas con antorchas encendidas. En uno de sus paseos nocturnos vio a un joven pastor hermosísimo durmiendo en una cueva. La luz de la luna llena entró en la gruta y alumbró su rostro. La diosa, aunque había renunciado a toda relación carnal, no pudo evitar enamorarse locamente y se unió a él, según notifica la mitología, de forma violenta.

El dulce sueño de aquel joven, llamado Endimión, fue brutalmente interrumpido. Él nada pudo hacer para desembarazarse de aquella hermosa diosa llena de pasión. Al amanecer el pastor volvió a sus fatigosos quehaceres y por la noche se acostó plácidamente como era su costumbre, y nadie vino a interrumpir su descanso. Pero, transcurridos veintinueve días, su sueño fue nuevamente interrumpido por Artemisa. Lo mismo ocurrió al mes siguiente y al otro y al otro.

Endimión, que no amaba a quien lo amaba, temía a la luna llena. Como era nieto de Zeus, pues su padre, el rey Etlio de Élide, era hijo del dios, el joven pidió ayuda a su abuelo. Esta fue su plegaria:

—Elegí, ¡oh, soberano del Olimpo!, vivir apartado de los hombres, entre los valles oscuros y los ventosos montes. Paso los días con mis rebaños y las noches entregado a un apacible descanso. Pero cada luna llena, alguien asalta mi lecho y quiebra mi sueño.

El rey de los dioses escuchó la súplica de su nieto:

—¿Y qué quieres de mí? —la pregunta retumbó dentro de la cueva—. No puedo interrumpir las fases de la luna. Pero lo que esté en mi mano se hará.

Endimión pidió a su abuelo que lo sumiera en un sueño eterno. Así lo hizo Zeus y su nieto ya no despertó aquella noche ni nunca más. Permanece en su cueva dormido, eternamente joven y eternamente hermoso. Y la mitología añade: eternamente dichoso.

Dicen que Artemisa cada noche de luna llena entra en la cueva del joven pastor y se queda mirándolo. Espera ansiosa estar llena de luz para volver a iluminar el rostro de su amado y contemplarlo. Eso ocurre cada veintinueve días. Mientras duerma Endimión, el plenilunio está asegurado.

Hay personas que viven soñando o esperando que sus sueños se cumplan. Son personas que no aceptan su vida, a las que les gustaría ser otro, que están atadas a un sueño imposible, que no viven en la realidad. Hay muchos que, si tuvieran la ocasión, harían como Endimión y pedirían a Zeus que los dejara dormir eternamente.

Es verdad que, en los sueños, esos que soñamos despiertos, somos lo que queremos ser: nos soñamos perfectos, felices, auténticos, guapos, inteligentes y un largo etcétera de todo lo que pensamos que colmaría nuestra vida. Pero también sabemos que, para que los sueños se cumplan, debemos dejar de soñar y ponernos manos a la obra.

Soñar es importante, pues gracias a los sueños no vivimos arrastrados, tragando el polvo del suelo, pegados siempre a la dura realidad. Gracias a ellos podemos impulsarnos hacia adelante, volar un poco y respirar aire puro. Se parecen a esos instantes en que los bailarines tocan la tarima y se dan impulso para continuar dando piruetas. Søren Kierkegaard nos advierte de la belleza que entraña el baile. El filósofo danés admiraba a los bailarines, no tanto por cuanto eran capaces de dar piruetas en el aire, sino por la gracilidad y elegancia con que tocaban la tarima. El bailarín cuenta con el suelo para seguir bailando (en los bailes acrobáticos o verticales esa función la realiza la cuerda o la pared); nosotros contamos con los sueños para elevarnos sobre nosotros mismos, para darle impulso a nuestra vida, para no dejarnos caer en la rutina.

«¡Nada es más propiamente vuestro que vuestros sueños!», nos dice Nietzsche (Aurora), y tiene razón. Soñar es bueno, porque te mantiene en vela, porque te eleva por encima de la rutina, de lo que hay, de lo de siempre, te abre horizontes, te ilusiona, te proyecta hacia un futuro que tú eliges, te impulsa hacia la felicidad, y porque tus sueños son tuyos (y de quien los quieras compartir). Pero soñar entraña un peligro, quizá el mayor de los peligros: te puede hacer olvidar que estás soñando, te puede hacer confundir el sueño con la realidad y hacer que la abandones como el cohete espacial deja la tierra y se pone en órbita, ajeno a la gravedad. Por eso, Calderón de la Barca, en su obra *La vida es sueño*, versifica la evidencia de que «los sueños, sueños son», recordándonos algo obvio pero que, sin embargo, solemos descuidar, que «el hambre no se sacia con alimentos soñados», por usar una vez más las palabras de Nietzsche.

Otro peligro no menos importante que entraña soñar despierto es que acabes prefiriendo, como Endimión, la irrealidad onírica a tu propia realidad. En ese caso, te estarías conformando con una felicidad hecha de nubes (en mitología, la imagen o el avatar de alguien se dice que está «hecho de nubes»). La felicidad soñada solo es felicidad si la puedes vivir de alguna manera, si la puedes realizar, es decir, hacerla real; de lo contrario, soñar puede hacerte tremendamente infeliz.

La mitoterapia te insta a perseguir tus sueños, no a quedarte durmiendo. Para ello has de transformarlos en proyectos y estos, en planes de acción, porque tus sueños solo se cumplirán si tú los cumples. Entonces, habrá merecido la pena haber soñado.

DÁNAE, SEGURO A TODO RIESGO

Zeus también cayó en innumerables ocasiones bajo el poder de Eros. Así, lo vemos a menudo perdidamente enamorado, metamorfoseado en toro, en cisne, en águila o en lluvia de oro, como en esta historia que se contaba en Argos.

Acrisio, hijo y sucesor del rey Abante de Argos, estaba casado con Eurídice, y era padre de una hermosa hija llamada Dánae. Acrisio añoraba tener un hijo varón, pero su esposa no volvía a quedarse encinta, por lo que acudió al oráculo de Delfos. La voz del más allá, lejos de comunicarle un buen augurio, le vaticinó algo terrible:

—No tendrás un hijo varón —retumbó la gruta—, pero sí un nieto, el cual acabará con tu vida.

Asustado por lo que acababa de oír, Acrisio regresó a toda prisa a Argos. Para evitar que su hija le pudiera dar un nieto, mandó construir una cárcel subterránea de bronce, donde encerró a Dánae junto a un ama y puso una guardia permanente en la puerta para asegurarse de que nadie entrara allí.

Pero Zeus, que todo lo ve, se enamoró de la bella prisionera y cayó sobre ella en forma de suave lluvia de oro. Las gotas doradas se colaron por una rendija y cubrieron el cuerpo desnudo de Dánae. Ella las recibió con un placer intenso, que duró el tiempo que tardaron en evaporarse. A las pocas semanas, la prisionera descubrió que estaba encinta: el divino aguacero había sido la causa. A pesar de las prevenciones que había tomado Acrisio, su hija parió un hijo sin haber tenido contacto carnal con varón alguno.

Cuando Acrisio se enteró de que en la hermética cámara vivían Dánae y su hijo, ordenó matar a los guardianes, pues creyó que ellos habían permitido la entrada de algún amante furtivo. Para evitar que se cumpliera la profecía, encerró a la madre y al pequeño en un cofre de madera y lo arrojó al mar. Las olas

caprichosas lo llevaron hasta la playa de Sérifos, donde Dictis, hermano del tirano de aquella ciudad, llamado Polidectes, rescató a la madre y a su hijo. Desde aquel momento, Dictis (que en griego significa red) se convirtió en el protector de Dánae y Perseo, que así se llamaba el pequeño.

Cuando Perseo creció, su madre le explicó su origen argivo y su pertenencia a la estirpe de Acrisio, que a la sazón era ya rey de Argos. Quiso entonces el nieto conocer a su abuelo y planeó un viaje al Peloponeso. Enterado Acrisio de que su nieto se dirigía hacia él, y temeroso de que diera cumplimiento al oráculo, partió hacia Larisa (Tesalia), al noreste de Grecia. Allí, el rey Teutámides celebraba competiciones deportivas en honor a su difunto padre, y allí se presentó también Perseo, que se había desviado de su ruta para competir en los juegos. El destino unió, sin saberlo ni el uno ni el otro, al abuelo y al nieto. Ocurrió que le tocó a Perseo hacer el lanzamiento de disco, lo soltó con fuerza y por un golpe repentino de viento fue a dar a la tribuna de invitados donde se hallaba Acrisio. El disco (que era de bronce) se clavó en el pecho del anciano a la vez que rompía un collar de bolitas doradas que se desparramaron por el suelo como una lluvia torrencial de oro.

Los seres humanos, como Acrisio, estamos obsesionados por controlarlo todo; por eso, no dejamos nada en manos del destino, o del azar, como decimos ahora. No queremos ser sorprendidos por lo imprevisto o asaltados por lo desconocido. Aspiramos a un grado de seguridad total, de independencia absoluta de todo lo que pueda desbaratar nuestros planes o aguarnos la fiesta. Somos tan precavidos que hemos inventado los seguros a todo riesgo, las pólizas que lo cubren todo, los métodos profilácticos, la asepsia total.

Ante todo, compramos seguridad: seguros de accidente, de vida, seguros médicos, de deceso, seguros antirrobo, de responsabilidad civil; aseguramos el ordenador, el teléfono móvil, el coche, el hogar (el continente y el contenido), contratamos alarmas, servicio de vigilancia, guardaespaldas... Y todo eso por una razón bien simple: el miedo, el mismo miedo que le llevó a Acrisio a encerrar a su hija en una cámara hermética. Sin embargo, no contamos con que un dios, como Zeus, cumpliendo los designios del destino (vale también del azar), se cuele por esa rendija que no hemos sido capaces de tapar. Ya lo decía Epicuro: el mayor enemigo de la felicidad es el miedo, miedo a la muerte, a los dioses y al dolor. Lejos de venderte un seguro a todo riesgo sin franquicia, el

filósofo griego te propone afrontarlos sin temor. En vez de invertir en asegurarlo todo, sacúdete ese miedo que te hace malgastar las energías en tapar las grietas que ineludiblemente van a ir apareciendo en tu vida. Epicuro te aconseja que asumas esas tres verdades: que algún día vas a morir, que hay cosas que no puedes eludir y que al dolor no le podrás dar esquinazo siempre (lo único que puedes hacer es darle un sentido). Y te insta a seleccionar los placeres que te ofrece la vida para llegar a la ataraxia, un estado de plenitud en el que no todo placer es bueno ni todo dolor, malo.

El miedo al miedo embotó la mente de Acrisio e intentó ir a cualquier precio en contra del destino (movido por el temor a los dioses según el epicureísmo). Y el seguro de vida le costó la vida. ¿Qué podía haber hecho?, te preguntarás. La mitoterapia te invita ahora a hacer «mitoficción»: ¿y si Acrisio hubiera regresado a su hogar, hubiera casado a Dánae con algún joven argivo y hubiera querido a su nieto como todos los abuelos del mundo? Seguramente, la mitología no nos hubiera hablado de él, aun en el caso de que efectivamente hubiera muerto por causa de su nieto, y, seguramente, tú no estarías reflexionando sobre todas las cosas que te dan miedo y para las que no existe un seguro a todo riesgo.

MEDUSA, LA MIRADA DEL MAL

Por las extrañas circunstancias en que madre e hijo aparecieron en la isla de Sérifos, muchos sospecharon que aquel niño debía de ser vástago de algún dios. Para colmo, Perseo era pelirrojo («tiene oro en el pelo», decía su madre), y conforme fue creciendo dio muestras de ser un muchacho especial. Su porte, su fuerza y su astucia presentían un origen divino. Mientras todos admiraban al joven, el rey Polidectes lo temía y odiaba, pues amaba a su madre Dánae, y Perseo representaba para él un impedimento. El tirano no sabía cómo deshacerse de él.

En el aniversario de su coronación, Polidectes celebró un banquete al que invitó a sus amigos y también a Perseo. En el transcurso de la comida, preguntó a sus convidados qué pensaban regalarle, y ellos acordaron obsequiarle con un caballo cada uno. Perseo, por su parte, dijo que, para agradecer cómo el rey había acogido a él y a su madre, le traería la cabeza de la gorgona Medusa. El joven no pudo evitar sacar el talante fanfarrón de su padre.

Al día siguiente, los invitados al banquete se presentaron ante el rey y le entregaron cada cual el mejor caballo de sus establos. Pero Perseo acudió con las manos vacías. El rey se rio de él, lo ridiculizó en público y le amenazó:

—Si no me presentas la cabeza de Medusa, como prometiste ayer, serás proscrito y yo me casaré con Dánae.

Perseo lamentó su imprudencia y salió de la ciudad sin rumbo. Al caer la noche, se le presentaron Hermes y Atenea metamorfoseados. Ella le aseguró que lograría su objetivo si utilizaba más la astucia que la fuerza, y le entregó un brillante escudo de bronce. El dios, por su parte, puso en su mano una hoz de un acero irrompible, capaz de cortar el cuello de una gorgona. Hermes y Atenea le indicaron el camino para llegar hasta la morada de las tres grayas: Enio, Pefredo y Dino, vetustas brujas, nacidas ya viejas, las cuales le indicaron cómo llegar a la

mansión oculta de las ninfas. Estas le entregaron unas sandalias aladas, un zurrón (llamado kíbisis) y el casco de Hades, capaz de hacer invisible a quien lo portara. Con estas armas, Perseo llegó a la recóndita cueva, en el extremo occidental del mundo, donde habitaban tres espantosas criaturas: Esteno, Euríale y Medusa.

En el reflejo del escudo vio que tenían serpientes por cabellos, colmillos de jabalí, manos de bronce y alas de oro. Perseo sabía que sus ojos echaban chispas y petrificaban a quien los mirara, así que, utilizando el interior del broquel como espejo, se acercó a Medusa y de un certero golpe la decapitó. Del cuello manó un torrente de sangre que dio vida al potro alado Pegaso y al gigante Crisaor. Siempre evitando mirar a los ojos del monstruo, metió la cabeza en el zurrón y salió de la cueva. Las hermanas de Medusa persiguieron a Perseo, pero este se calzó las sandalias aladas y se cubrió con el casco de Hades, y montando a Pegaso, desapareció.

El miedo, como hemos visto en el mito anterior, nos mantiene siempre alerta y nos hace contratar seguros a todo riesgo. Cada cual tiene sus miedos y también sus estrategias para vencerlos. En cierto modo, los conocemos, sabemos más o menos por dónde pueden aparecer, los presentimos incluso, e intentamos prevenimos contra ellos. Seguramente no podremos evitarlos, pero no nos dejarán paralizados.

Este mito, en cambio, trata del temor a lo desconocido, que se presenta súbitamente y para el que no existe protección alguna, por la simple razón de que no sabemos qué proteger (ni siquiera entra en el apartado de «contingencias varias»). Más que temor, deberíamos llamarlo terror. Se trata de algo así como una degustación del mal, una premonición de la oscuridad infinita, de la nada. Es lo que veían quienes miraban a Medusa, veían la nada, el mal absoluto, la profundidad insondable. Por eso quedaban petrificados, porque el terror nos paraliza, nos deja helados, nos convierte en estatuas de sal, como a la mujer de Lot tras volver la vista hacia la destrucción de Sodoma y Gomorra. La mirada del mal nos aterroriza y quedamos petrificados, no sabemos cómo reaccionar. Experimentamos algo parecido cuando vemos una película de terror y nos quedamos literalmente pegados a la butaca. Lo que ocurre es que la realidad supera con creces la ficción. La mirada de Medusa, la mirada del mal, no nos deja muertos de miedo, sino simplemente muertos.

Los ojos son las bóvedas por donde se asoma el alma a través de la mirada, por eso la mirada emerge de lo más profundo. La mirada no es el mirar, sino lo que ves cuando te miran: reflexión, ensimismamiento, temor, pasmo, obsesión, acogida, ternura... Hay miradas que dejan el corazón abierto de par en par, que enseñan lo más íntimo, ellas te pueden amar, seducir, herir, odiar, rechazar, buscar, delatar, someter, desafiar, atemorizar, proteger, acercar, animar, reconfortar, amar... Recuerda que Gustavo Adolfo Bécquer estaba dispuesto a dar «por una mirada, un mundo» (Rima XXIII).

A lo largo de tu vida vas a tener que mirar a Medusa más de una vez. Ella intentará buscar tus ojos y petrificarte con su mirada glacial; tú, por tu parte, deberás cortarle la cabeza para que no se salga con la suya. No puedes ignorar a la gorgona, no puedes obviar que existe el mal, lo que tienes que hacer es intentar vencerlo. ¿Cómo? Evitando que se apodere de ti, que te paralice y te impida hacer el bien. Debes usar el escudo de Perseo para ver sin cruzar las miradas. Verás al monstruo, sí, sentirás su gélido aliento, temblarás de miedo, pero podrás cercenarle la cabeza y meterla en el zurrón. Entonces, le habrás ganado la partida. Solo haciendo el bien podrás vencer al mal. Esa es tu mejor arma. Ya lo decía el Marqués de Santillana: «Haz el bien y no cates a quién». Cada vez que rindas a Medusa con una sobreabundancia de bien, saldrá de su cuello seccionado un Pegaso con el que podrás volar por encima de todas las dificultades.

BELEROFONTE, MATAR A LA QUIMERA

El caballo alado Pegaso es quizá el ser más hermoso de la mitología. En él huyó Perseo con la cabeza de Medusa en su zurrón. Surcó el cielo y vio a lo lejos a una hermosa joven encadenada en un acantilado. Descendió a la playa y los asustados espectadores le informaron de que la joven se llamaba Andrómeda y que era hija del rey Cefeo y Casiopea. La reina se había jactado de ser más hermosa que las nereidas, por lo que Poseidón había enviado un monstruo que asolaba aquellas tierras. El rey consultó al oráculo, el cual vaticinó que solo se librarían del monstruo si entregaba a su hija Andrómeda. En aquel momento emergió el enorme animal y se abalanzó sobre ella. Reaccionó Perseo y, montado en su alado corcel, le dio muerte. Desencadenó a Andrómeda y se la llevó consigo. Juntos vivieron felices.

Pegaso sirvió también a otro joven llamado Belerofonte. Este, hijo de Glauco, rey de Corinto, mató por accidente a un hombre, quizá a su propio hermano, por lo que tuvo que huir de la ciudad y establecerse en Tirinto, acogido por el rey Preto. El rey estaba casado con Estenebea, quien se enamoró del joven extranjero e intentó seducirlo. Sin embargo, Belerofonte la rechazó, razón por la cual ella se sintió ofendida y dijo a su marido que su huésped había intentado forzarla. Para vengar el agravio, Preto envió a Belerofonte a la corte de Yóbates, en Licia, con una carta secreta en la que le indicaba que debía matar al portador de la misiva. El soberano no quiso poner por obra con sus propias manos lo que le pedía su homólogo, así que ordenó al joven Belerofonte que matara a la Quimera, un monstruo con cuerpo de cabra, cabeza de león y cola de dragón, que lanzaba fuego por su boca y tenía aterrorizada a toda aquella región. Estaba convencido de que el muchacho no saldría vivo de su empresa, pues muchos otros habían intentado dar muerte al monstruo sin conseguir otra cosa que la suya propia.

Pero Belerofonte, mientras meditaba cómo acabar con el monstruo, encontró a Pegaso bebiendo en una fuente. Lo montó y atacó a la Quimera. El monstruo no

se esperaba un ataque aéreo e instintivamente atajó con los dientes la lanza con punta de plomo que aquel veloz jinete le arrojó desde arriba. Al entrar en contacto con el calor de su boca, el plomo se derritió, la bestia lo tragó y murió. Yóbates se dio cuenta entonces de que aquel joven tenía algo especial y que con su caballo alado sería invencible. Para excusarse le mostró la carta de Preto y le ofreció a su hija Filónoe en matrimonio.

Cuentan que Belerofonte se sentía invencible montado en su caballo alado y que un día quiso llegar cabalgando hasta las mansiones olímpicas. Zeus castigó su intrepidez precipitándolo desde lo alto. Por su parte, Pegaso fue convertido en la constelación que lleva su nombre para evitar que ningún otro hombre o dios lo volviera a montar, pues Zeus era su único dueño.

No sabemos cuándo ni cómo ni por qué nuestro imaginario dejó de ver a la Quimera como un terrible monstruo y la convirtió en un sueño o una ilusión, en un ideal inalcanzable. Seguramente, el cambio semántico se debió a que el monstruoso dragón-cabra-león resultaba imposible de matar, como lo son esos deseos que sabemos que nunca vamos a satisfacer.

En biología, se llama «quimera» a un organismo simple que se ha desarrollado a partir de individuos diferentes, o compuesto de tejidos de dos genotipos distintos. Eso era la mítica Quimera. En su Libro de los seres imaginarios, Jorge Luis Borges dice que era tan heterogénea (tan león, tan cabra y tan dragón) que nadie se creyó que fuera real, ni siquiera Belerofonte. De ahí que la Quimera, en realidad, sería un híbrido imposible (y, cómo no, monstruoso), responsable de todas nuestras quimeras, de nuestros deseos inalcanzables, de nuestros ideales vanos, esos que la imaginación nos presenta como posibles, pero en la realidad no lo son.

Todas las fantasías inalcanzables con las que nos ha llenado la cabeza el fantasmagórico estado del bienestar, lo que Lauren Berlant llama «optimismo cruel», conforman una auténtica «quimera», tan atractiva como despiadada. Según mantenía la autora estadounidense, «existe una relación de optimismo cruel cuando las aspiraciones a la buena vida son en realidad obstáculos para el desarrollo y el crecimiento».

Está claro que, si algo es una quimera, lo es sobre todo debido a su complejidad,

a su carácter híbrido. Nadie podía matar a aquella terrible bestia porque no era ni león, ni cabra, ni dragón, sino los tres animales a la vez. Quien se enfrentaba a ellos quedaba irremediabilmente en inferioridad numérica. Belerofonte se dio cuenta de que, para acabar con ella, solo podía luchar con una de las fieras y eligió al dragón. Muerto el dragón, murieron también las otras dos.

¡Haz tú lo mismo! Aunque no puedas montar a Pegaso, sí que puedes desmontar a tus quimeras particulares, como hizo Belerofonte. No te propongas ideales inalcanzables, porque los convertirás en eso, en puros ideales, en monstruos a los que no podrás doblegar. Ir a por todas puede resultar un salto al vacío. No se trata de que acortes tus expectativas, sino de que priorices con realismo y objetividad. Divide y vencerás. Lo mejor (que suele tomar la forma compleja de una quimera inasequible) es enemigo de lo bueno (esos pequeños propósitos accesibles y asequibles). «Think big, act small», piensa en grande, actúa en las cosas pequeñas.

También te puede ocurrir que, esperando a tu caballo alado, vayas dejando de intentar lograr tus objetivos. Entonces, ellos se irán agolpando y formarán una idea quimérica inabordable. No persigas metas ambiciosas, sino nobles. Piensa que hay cosas que no son quimeras porque sean inalcanzables, sino que son inalcanzables porque las has convertido en quimeras. No dejes que tus ideales se tornen inabordables y acaben recluyéndote en el conformismo. Necesitas a Pegaso y al joven héroe. Tú eres ambos: caballo alado para elevarte y ver que la Quimera no es tan colosal como parece, y Belerofonte para asestar un golpe certero que la rinda.

No pretendas que un hermoso caballo alado te lleve hasta el olimpo de la felicidad (mira lo que le pasó a su intrépido jinete). Eso sí que sería una quimera.

FAETONTE, LA BÚSQUEDA DEL ORIGEN

Otro intrépido jinete que fue arrojado por Zeus de su montura fue Faetonte, el «atrevido mozo que quiso regir el carro del Sol, su padre», en palabras de don Quijote (II, 41). Y es que Faetonte era hijo de Helios y la oceánida Clímene.

Ambos amantes vivían en la mansión de Helios, más allá del horizonte, donde siempre es de noche. Durante el día, mientras su amado recorría la tierra con su carro, iluminando y calentando todos los confines del mundo, Clímene aguardaba su regreso ocupada en su propia dicha.

Pero ocurrió que Clímene quedó encinta. Cuando nació su hijo, al que pusieron por nombre Faetonte, la madre entró en una profunda depresión, pues no quería que el pequeño creciera sin ver la luz del sol, es decir, sin ver a su padre. Ambos comprendieron, entonces, que debían separarse y Clímene y el niño se instalaron en una pequeña ciudad de Grecia. Cada amanecer, madre e hijo salían a la calle y se dejaban acariciar por los primeros rayos del Sol; de esta forma, el marido saludaba a su amada y el padre a su hijo.

Faetonte fue creciendo convencido de que el Sol era su verdadero padre, según se lo había dicho Clímene. Pero cuando llegó a la adolescencia quiso una prueba de su origen y solicitó a Helios que le dejara conducir el carro de fuego. El padre le advirtió de que era muy peligroso y que sería mejor que esperase a tener más experiencia; sin embargo, Faetonte estaba tan ansioso que convenció a Aurora, hermana del Sol y tía suya, por tanto, para que le dejara siquiera montarse en el carro de fuego antes de que despertara su padre. La Aurora accedió y el joven empuñó las bridas.

Cuando los caballos sintieron tensarse las riendas, creyeron que era su amo quien las tomaba y comenzaron a trotar. Faetonte sintió miedo y atizó sin querer a los corceles, quienes empezaron a galopar. Sin remedio, el joven se encontró conduciendo el carro del Sol a una altura inusitada. Desde allí veía toda la tierra

iluminada bajo su vista y, por encima, la negra bóveda celeste. De pronto sintió vértigo y rápidamente hizo descender el carro de fuego en la zona de Etiopía, donde casi abrasa la tierra, dejando a su paso grandes desiertos y tostando la piel de sus habitantes. Como pudo, dio un golpe de rienda y los caballos comenzaron a ascender. El joven tampoco logró controlarlos y se alejó demasiado de la tierra, produciendo la congelación de las zonas del norte.

Para evitar un cataclismo, Zeus fulminó a Faetonte. El joven se precipitó sobre el río Erídano. Sus hermanas, las helíades, recogieron su cuerpo y lloraron sin cesar. Tal fue su tristeza que quedaron convertidas en álamos y sus lágrimas, en gotas de ámbar.

Faetonte no quería alcanzar el Olimpo, como Perseo, solo quería encontrarse a sí mismo y descubrir su origen. Zeus no lo fulminó con su rayo por acometer algo totalmente legítimo, sino porque su inocente temeridad había puesto en riesgo el orden del universo.

El joven hijo de Helios y Clímene abandona su hogar para buscar a su padre. Cuando lo encuentra no se conforma con eso, sino que le pide una prueba, porque quiere reconocerse en su origen (quizá estemos ante una anticipación del principio del Derecho Romano: «Pater semper incertus»). La prueba que solicita consiste en conducir el carro del Sol, es decir, hacer lo que su padre hace. Solo si él es capaz de surcar la bóveda celeste conduciendo el carro del Sol se verá reconocido en su origen. Es tan importante para él saber su origen que no evalúa los posibles riesgos, sabe que solo encontrará el sentido de su vida si descubre quién es (y lo tiene que descubrir él). La petición de Faetonte no es un capricho juvenil, la del chaval que quiere conducir el coche de su padre, sino algo mucho más serio, tan serio que al hijo de Helios le cuesta la vida.

También tú necesitas conocer tu origen. No solo saber quiénes son tus padres, dónde naciste, cuál es tu familia..., sino saber quién eres en verdad. Para responder a esa pregunta esencial debes ir más allá de tu origen biológico, familiar o social, debes hacer como Faetonte y elevarte por encima de todo ello. Tu vida ha de ser una búsqueda incesante de tu origen en sentido radical. La mitoterapia te insta a que no cejes hasta que lo encuentres.

¿Quién eres? Para responder a esa pregunta debes saber de dónde vienes y a dónde vas. Lo primero corresponde a tu origen; lo segundo, a tu meta. Conocerás tu origen porque te reconocerás en él, y llegarás a tu meta porque habrás retornado al origen. En el fondo, se trata de volver al hogar, es la metáfora que nos ofrece la mitología (lo verás en el caso de Ulises).

Pero ¿cuál es tu hogar? La mitoterapia te ha ido dando pistas (acuérdate de Prometeo, de Anteo, de Cura), y te las seguirá dando. Pero solo tú puedes encontrarlo. No creas que Faetonte fue desgraciado; al contrario, él alcanzó su origen: pudo conducir el carro del Sol. Sus hermanas lloraron su cuerpo inerte, mientras su alma seguía, junto a su padre, surcando el cielo.

APOLO, ¡CONÓCETE A TI MISMO!

El todopoderoso Zeus se enamoró de la hija del titán Ceo y la titánide Febe, llamada Leto, y burlando la vigilancia de su esposa, la vengativa Hera, pudo unirse a ella. Fruto de esa unión, Leto concibió dos mellizos: Apolo y Artemisa.

Pero si la concepción fue dichosa, el embarazo y el parto se hicieron largos y difíciles, pues Hera pronto se enteró de la aventura de su esposo y prohibió que se acogiera a la parturienta en ningún lugar sobre la tierra. Leto vagó por el mundo, hasta que la isla flotante de Delos la recibió. Allí permaneció, debajo de una palmera, único árbol de la isla, durante nueve días y nueve noches sufriendo espantosos dolores de parto. Al décimo día cedió Hera y dejó que su hija Ilitía, diosa de los alumbramientos, asistiera a la parturienta. Leto se arrodilló al pie de la palmera y dio a luz a Artemisa, quien ayudó a nacer a su hermano Apolo.

Al ver Zeus a sus hijos, colocó en agradecimiento cuatro columnas, que desde entonces sostienen la isla, y envió regalos para Apolo: una mitra de oro, una lira y un carro tirado por cisnes. Los cisnes llevaron al pequeño, primero a la tierra de los hiperbóreos y después, a Delfos, donde mató con sus punzantes saetas a la serpiente gigante, llamada Pitón, que tenía atemorizados a los lugareños. Tras matar al monstruo, Apolo se apoderó del antiguo oráculo de Temis y consagró allí mismo un trípede sobre el que se sentaba la pitonisa (antigua sacerdotisa de Pitón), que tras entrar en trance pronunciaba sus auspicios. El oráculo de Delfos fue a partir de entonces el más célebre de la Antigüedad.

Se considera a Apolo maestro de la adivinación, dios de la medicina, de la música y de la poesía, presidía el coro de las musas, por lo que se le llama Musageta, conductor de las musas. Es el más hermoso de los dioses, todo en él es perfecto y proporcionado: su físico, su porte, su música, su sabiduría... Es luminoso y brillante como el sol, por lo que se le llama Febo, el resplandeciente. Él es el origen y la razón de la armonía que hay en la naturaleza. Por eso, dice Píndaro que «el hombre es la sombra de un sueño» y que «solo se hace amable la

vida de los mortales cuando desde el cielo llega un resplandor de luz sobre ellos». Ese resplandor viene de Apolo.

Los antiguos griegos que acudían al oráculo de Delfos para escuchar los designios de la divinidad se encontraban a la entrada con esta inscripción: «¡Conócete a ti mismo!». No sabría decir si se trataba de un reclamo que habían escrito los sacerdotes del santuario para atraer a los clientes o si era una recomendación, un aviso, un consejo, para que nadie perdiera el tiempo preguntando por su futuro si previamente no había hecho el esfuerzo de conocerse a sí mismo. Sea como fuere, la cuestión es que, desde los confines de nuestra civilización, era tenido en gran aprecio que las personas se conocieran a sí mismas; que antes de iniciar cualquier empresa, por insignificante que fuese, tuvieran clara conciencia de sus propias fuerzas y de sus propias debilidades, de sus capacidades y de sus defectos, de sus posibilidades y de sus limitaciones, en fin, que supieran quiénes eran en realidad.

Los oráculos de la actualidad, en cambio, que tienen su eco sobre todo en la publicidad, han cambiado el antiguo letrero por este otro: «¡Sé tú mismo!». Ya no interesa conocerse a sí mismo, sino el dejar que emerja espontáneamente lo que se es, lo que hay dentro, sin reservas, sin tapujos, sin acomodo.

Por otro lado, y paradójicamente, nos imponemos unos modelos a seguir que son auténticos apolos del todo inalcanzables, pues son seres perfectos y habitan en un Olimpo inaccesible. Nos dejamos la piel en los gimnasios para parecernos a Apolo, la vida en las redes sociales por imitar su seductora personalidad. No solo desoímos el mandato del oráculo; ni siquiera somos fieles a su suplantación, pues no nos queda claro qué es eso de ser «tú mismo» y buscamos con todas nuestras fuerzas ser otros.

La mitoterapia te sugiere, y es quizá su principio primero, que no descuelgues la inscripción del oráculo de Delfos; al contrario, que la tengas como blasón y como guía. Conocerte va a ser lo mejor que puedes hacer por ti, tu mejor ayuda. El oráculo te exhorta a ser consciente de tus límites y a saber estar en el lugar que te corresponde, te invita a que hagas un ejercicio de prudencia y humildad, a que ajustes tus expectativas a tus posibilidades reales.

Conocerse bien te hará proponerte objetivos realistas y asumibles. El oráculo te recuerda que un objetivo ha de tener cinco cualidades: ha de ser específico (specific), cuanto más específico y concreto, mejor; medible (mesurable), que puedas comprobar su cumplimiento de alguna manera o establecer un seguimiento; alcanzable (achievable), pues una meta demasiado elevada te puede desmotivar y dejarla por imposible; relevante (relevant), tiene que ser algo interesante para ti, y, por último, ha de estar acotado en el tiempo (time-bound), has de poder delimitar un tiempo prudente para que se cumpla o para poder revisarlo.

Los objetivos indefinidos suelen fracasar porque no son SMART (acrónimo inglés de estas cinco cualidades), porque no tienen en cuenta el eslogan del oráculo de Delfos.

Realistas y asumibles no significa que tengan que ser racionales. Los objetivos te tienen que elevar, te tienen que llevar a la excelencia. En este caso más vale pecar de más que de menos; no obstante, si el menos te puede dejar donde estabas, el más te puede desfondar. Por eso, si eliges un modelo a seguir, mira que no sea un apolo inalcanzable, no vaya a ser que el exceso de distancia entre tú y tus metas acabe decepcionándote.

DIONISO, AL PAN, PAN, Y AL VINO, VINO.

De la unión de Afrodita y Ares nació Harmonía, quien se casó con Cadmo y tuvieron a Sémele. La joven fue amada por Zeus y concibió a Dioniso. Sémele no se creía que su amante fuera realmente quien decía ser, por eso pidió una prueba:

—Si eres realmente Zeus, el padre de los dioses y de los hombres, y también de nuestro futuro hijo, preséntate ante mí con todo tu poder divino.

Zeus la previno de que nadie, ni siquiera los dioses inmortales, lo había visto nunca de la manera que ella se lo pedía, pero tal fue la insistencia de Sémele que el dios se mostró con toda su majestad. Al verlo, la joven murió abrasada por los rayos que proyectó su divino cuerpo. Antes de morir, Zeus le pudo extraer el hijo que llevaba la madre en su seno (que estaba en el sexto mes de gestación) y se lo cosió en el muslo. Llegado el momento del parto, volvió a abrir la cicatriz y nació Dioniso.

El niño fue perseguido por la vengativa esposa de Zeus, por lo que el padre se lo confió a Hermes, quien lo puso bajo el amparo del rey Atamante y su esposa Ino, y les ordenó que lo vistiesen de niña para despistar a Hera. Sin embargo, la diosa se dio cuenta y entregó el niño a los titanes, quienes lo descuartizaron e hirvieron sus restos. Menos mal que su abuela Rea rescató el corazón y los órganos de Dionisio, quien volvió a nacer por tercera vez. Zeus, entonces, tomó al niño, lo convirtió en cabrito y encomendó su cuidado a las ninfas en la lejana Asia.

Dioniso vagó por todo el mundo antes de poder ocupar su legítimo puesto en el Olimpo. Uno de los hechos que sirvieron para demostrar su divinidad fue el descubrimiento de la vid y el vino. Antes de subir al cielo, quiso descender al Averno en busca de su madre. Llegó a los infiernos a través del lago sin fondo Lerma, y Hades accedió a que se la llevara con la condición de que le diese algo que tuviera en gran estima. Dioniso le entregó el mirto y se llevó a Sémele

consigo.

Por ser el dios del vino, era festejado con procesiones bulliciosas y desenfrenadas, donde los participantes marchaban enmascarados, representando las fuerzas de la vida y la fecundidad. De estas comitivas surgieron las primeras representaciones teatrales. En las fiestas dionisiacas o bacanales (los romanos llamaron Baco a Dioniso), corría el vino y todos los excesos estaban permitidos.

Según la tradición mitológica, por haber descubierto el vino, Hera enloqueció a Dioniso, quien vagó por la tierra durante tres años. Fue entonces cuando el viejo sabio Sileno, un sátiro borracho, chato y feo, que iba montado en un pollino, se ocupó de su educación.

Estamos ante un dios excepcional, extravagante incluso. Pertenece a los doce olímpicos, aunque su estatus es particular. Ocupa su trono junto a Ariadna, a quien rescató en Naxos tras haber sido abandonada por Teseo; no obstante, es el dios más terrenal. Ha viajado por todo el mundo, ha degustado la vida en su auténtica realidad, ha experimentado las contradicciones vitales, el sufrimiento y la muerte, el placer y el dolor, la verdad oculta de la existencia. Si Apolo es el dios brillante, lejano, que marca los límites entre lo humano y lo divino, Dioniso es «demasiado humano», por usar la expresión de Nietzsche.

El filósofo alemán descubrió en el arte antiguo la contraposición de dos ideales estéticos: lo apolíneo y lo dionisiaco. Apolo representa la versificación y el diálogo, la luz, la armonía, el orden, la forma, la proporción, que, como el velo de Maya, recubre lo crudamente vital. Dioniso, en cambio, representa la música y la danza, la embriaguez, el entusiasmo desmedido, el delirio, el arrebató, el gozo desenfrenado, y descubre la esencia vital. El primero, para Nietzsche, enmascara la vida, el segundo la presenta en su cruda realidad. Apolo simboliza el barniz de la moral y del saber estar, mientras que Dioniso descuida las formas, porque ha estado unido a las profundidades maternas de la Tierra, a los misterios ocultos de la vida, a los arcanos secretos del corazón humano.

Él nos descubrió el sucedáneo del néctar di(vino) para que nos acerquemos a los dioses, para que, entusiasmados (etimológicamente, arrebatados por la divinidad), descubramos lo que no se ve, lo que late detrás de las apariencias, para que nos atrevamos a llamar al pan, pan, y al vino, vino.

A eso te invita Dioniso, a beberte la vida a sabiendas de que unas veces será amarga, otras agria y otras dulce. En verdad, la vida te hará sorber tragos amargos que no podrás ingerir y que escupirás con asco; te ofrecerá otros agrios, que beberás porque no te queda otro remedio; por último, de vez en cuando, te brindará un sorbo dulce, como un vino suave y aromático que alegra el corazón y lo evade de las penas (Anacreonte escribió: «Coronemos nuestras frentes y festejemos a Dioniso... que nos dejó el vino para olvidar nuestras penas»).

El fruto que descubrió Dioniso te otorga la valentía suficiente para que llares al pan, pan, y al vino, vino. Pero, sobre todo, te permite huir por un momento del agobio apolíneo, de las formalidades sociales y de los adustos principios racionales (Schopenhauer decía que «la razón juega generalmente el papel de un mentor malhumorado»). Tomado con moderación, ayuda a pacificar el ánimo, por eso Homero lo considera «alegría de los mortales» y Hesíodo lo llama «rico en gozos». Ese vino necesario representa la exigencia de incluir en tu vida la diversión. Divertirse significa «estar vertido fuera de sí», olvidarse de todo por un momento. «El corazón humano —escribió T. S. Eliot— no soporta demasiada realidad», por eso necesitas, de vez en cuando, una tregua, una válvula de escape, una bacanal a tu manera para no ahogarte en la monotonía.

HÉRCULES, TRABAJOS FORZADOS

Heracles, el héroe más célebre de la mitología griega, es conocido, sin embargo, por su nombre romano: Hércules. Nació de Zeus y la mortal Alcmena. El dios adoptó la figura de Anfitrión, el esposo de Alcmena, y se acostó con ella antes de que llegara de la guerra el marido oficial, el cual se presentó por la mañana y se acostó también con ella. La inocente Alcmena quedó confusa y embarazada de gemelos: uno, hijo de Anfitrión: Ificles; otro, de estirpe divina: Hércules.

Zeus quiso hacer a su hijo inmortal, pero solo podría conseguirlo si el pequeño era amamantado por una diosa, de modo que ordenó a Hermes que lo acercara al pecho de su esposa Hera mientras esta dormía. En cuanto Hera sintió al niño, despertó y lo apartó violentamente. La leche que se derramó del divino seno dejó en el cielo una blanca estela, es lo que llamamos la Vía Láctea.

Por intervención de la diosa, Hércules nació a los diez meses de gestación y, por tanto, más tarde que su primo Euristeo, que fue setemesino. Esta circunstancia hizo que el débil Euristeo se convirtiera sin merecerlo en rey de Micenas y quien a la postre encargara a Hércules la ejecución de los famosos doce trabajos, que fueron estos: matar al león de Nemea y a la hidra de Lerna, capturar la cierva de Cerinia y el jabalí de Erimanto, limpiar los establos del rey Augias, dar caza a las aves del lago Estinfalo, capturar el toro de Creta y las yeguas del rey Diomedes de Tracia, conseguir el cinturón de reina de las Amazonas Hipólita, traer ante su presencia al can Cerbero, robar el rebaño de bueyes de Gerión y conseguir las manzanas de oro del jardín de las Hespérides.

Euristeo, a quien dominaba el temor de ser abatido por Hércules, no permitía que el héroe entrara en Micenas, sino que le obligaba a dejar a las puertas las pruebas de la consecución de sus trabajos. Su cobardía era tal que ordenó construir una gran tinaja de bronce para ocultarse cuando Hércules viniera a matarlo. Pero el héroe no tenía semejantes intenciones, sino que, tras cumplir las doce pruebas, se dispuso a marcharse. Entonces, Euristeo, viendo que sus propósitos eran nobles,

le pidió que se quedase en la ciudad para hacer un sacrificio a Zeus.

Ocurrió que los hijos del rey entregaron a Hércules una cantidad de carne para la ofrenda menor que la que tomaron ellos. Aquello encolerizó al héroe, quien mató a tres de los príncipes. Euristeo, entonces, le declaró la guerra, pero Hércules huyó para no tener que enfrentarse a su primo.

Hércules se casó con Dejanira, pero en Traquis, se enamoró de Yole, la hija del rey Ceix. Entonces Dejanira, para recuperar a su marido, untó la túnica de Hércules con lo que creía ser un elixir amoroso, que le había dado el centauro Neso. Cuando Hércules se la vistió, se le pegó a la piel y comenzó a arder. Inútilmente luchó el héroe por quitarse la ropa. Murió abrasado.

Hércules no solo es el héroe más famoso de la mitología, sino también el más real. Es verdad que tenía, valga la redundancia, una fuerza hercúlea; no obstante, todo lo que consiguió se lo ganó trabajando o, en términos bíblicos, con el sudor de su frente. No es un superhéroe de plasma con superpoderes, que obtiene gracias al traje que lleva (a Hércules lo mató un traje), sino un mortal que luchó por ser inmortal. Le hubiera bastado con haber mamado de recién nacido del pecho de Hera para serlo, pero el destino quiso convertirlo en un modelo para los humanos, en un héroe mortal, en un auténtico ejemplo para nuestra vida.

A pesar de ser hijo de Zeus, tiene que ganarse el respeto de sus conciudadanos, someterse al miserable Euristeo, quien ejerce el poder sin autoridad, y obedecer sus mandatos como un súbdito más. Aunque la fama le precede, ha de bregar para hacerse un nombre, para mantener su alta alcurnia; por eso, no duda en mancharse las manos para limpiar los establos del rey Augias, no le tiemblan las piernas cuando tiene que enfrentarse al can de tres cabezas Cerbero, terrible guardián de los infiernos, no se le caen los anillos por robar los bueyes a Gerión, no duda en luchar contra el león de Nemea. Hércules es un trabajador, que suda y se cansa, un héroe que duda y teme, un semidiós esforzado y piadoso, un (super) hombre que, como todos los seres humanos, se enfada, pierde a veces la razón y al final muere.

Puede que no tengas una fuerza hercúlea, que no tengas unos padres tan ilustres como el héroe griego, puede que no tengas su arrojo y valentía, pero hay algo

heroico en ti por el simple hecho de ser una persona: la capacidad de hacerte mejor. Como ser humano, te tienes en tus manos, es decir, de ti depende que te hagas de una manera o de otra. Serás lo que decidas ser, dentro de unas limitaciones, claro está, que deberás asumir.

Los dioses han repartido las cartas y a ti te han tocado las que te han tocado: no puedes hacer nada por cambiarlas ni puedes romper la baraja. Has de jugar la mano con ellas, no puedes apostar con las de otro. Has de aceptar que hay cosas que no puedes controlar, como el entorno o lo que harán las otras personas, y otras que sí, como lo que tú hagas o la actitud con que lo hagas. El filósofo estoico Epícteto te lo dice así: «Recuerda que eres actor de un drama, eso sí, con el papel que quiera el director... Eso es lo tuyo: representar bien el papel que te han dado; elegirlo es cosa de otro».

Como Hércules, tú también tienes encomendados doce trabajos; trabajos, hay que decirlo, «forzados», pues habrás de aceptarlos y afrontarlos, aunque te parezcan irrealizables. Si los llevas a cabo, te harán más fuerte; si, por debilidad o inconformismo, decides ignorarlos, acabarás imponiéndote otros, probablemente, más arduos, más forzados y peligrosos que los que Euristeo mandó a su primo.

Plauto transcribió la historia de Anfitrión en comedia, pues en verdad Anfitrión fue demasiado buen anfitrión. Quizá lo hizo para que la mitoterapia añadiese que debes tomarte las cosas con humor, ese «pararrayos vital» —como lo llama Alfredo Bryce Echenique— que te protege contra las tormentas de la vida y te hace digerir mejor «las espantosas tragedias que provoca entre los hombres la realidad», por usar las palabras de Fiódor Dostoyevski en *Los hermanos Karamázov* (III, VIII, 2).

JASÓN, SER QUIEN DICES SER

Esón estaba felizmente casado con Alcímeda y gobernaba la ciudad de Yolco en Tesalia. Pero tenía un hermano, llamado Pelias, que ambicionaba el trono. Cuando nació su primogénito, llamado Jasón, el hermano envidioso le usurpó el trono. Esón se vio obligado a claudicar y, para poner a salvo a su hijo, fingió que había nacido muerto y lo entregó al centauro Quirón para que lo educara y protegiera. Quirón enseñó al pequeño los secretos de la medicina y lo vistió con una piel de pantera.

Cuando llegó a la mayoría de edad, Jasón abandonó la morada de Quirón y regresó a Yolco. Se presentó ante Pelias con su piel de pantera y descalzo de un pie. Este detalle sirvió al rey para reconocerlo, pues un oráculo había predicho que «desconfiase del hombre que solo llevara una sandalia». Jasón reclamó el trono que legítimamente le pertenecía. Pero Pelias le contestó:

—Te entregaré el trono si demuestras ser quien dices ser. Para ello tendrás que traerme el vellocino de oro. Si lo consigues, yo me rendiré a tus pies y Yolco será tuya.

El vellocino de oro era la piel dorada de un carnero que, como la alfombra mágica de Aladino, tenía el poder de volar. Antaño había salvado de morir en un sacrificio a Frixo y a su hermana Hele (aunque esta cayó al mar y murió en el istmo que lleva su nombre, Helesponto), hijos de Atamante, y ahora se encontraba clavado en una encina en la Cólquide, en el extremo oriental del mar Negro.

Viendo Jasón que Pelias estaba muy bien protegido por su guardia personal, aceptó el reto.

Jasón pidió ayuda a Argos, hijo de Frixo, quien construyó un barco y organizó un gran viaje, el famoso viaje de los argonautas. A la aventura se apuntaron

algunos de los grandes héroes de Grecia, como los gemelos Cástor y Pólux, el fornido Hércules, el rey de Egina y padre de Aquiles, Peleo, o el músico Orfeo.

La travesía, relatada en hexámetros por Apolonio de Rodas en las Argonáuticas, estuvo llena de peligros y aventuras extraordinarias. Tras salvar innumerables escollos, los argonautas llegaron a la Cólquide. Jasón se presentó ante el rey Eetes y le pidió el vellón de oro.

—Lo que me pides no depende de mí concedértelo o no, sino de ti. Si eres capaz de superar los obstáculos que separan a los mortales del vellocino de oro, será tuyo, y yo nada podré objetar.

Jasón tenía que superar dos obstáculos imposibles para un mortal: colocar el yugo a dos enormes toros con pezuñas de bronce que echaban fuego por los ollares; arar un campo con ellos y sembrarlo con dientes de dragón, y finalmente enfrentarse al dragón que custodiaba el toisón dorado.

Todos somos argonautas, todos nos hemos subido a bordo de la nave de Argos, todos tenemos que llevar a cabo un peligroso y a la vez maravilloso viaje. Sin duda, la vida es una expedición hacia lo desconocido en búsqueda de un vellocino de oro que deberemos entregar a Pelias (o a quien sea), simplemente, para demostrar que somos quienes decimos ser. Sí, el ser humano necesita demostrar quién es para serlo. En eso consiste nuestro paso por la vida. Como Jasón y los argonautas, debemos emprender un viaje de descubrimiento personal lleno de peligros, tenemos que vencer muchos obstáculos, superar muchas contrariedades, para, al final, entregar lo conseguido a otros: a nuestros hijos, a nuestros coetáneos, a los que habitarán en el futuro y tendrán que hacer lo mismo que nosotros.

Muchos se embarcaron con Jasón, los héroes que hemos nombrado y muchos otros anónimos: marineros, remeros, soldados, cocineros, herreros, carpinteros, guías, geógrafos, aventureros... Cada cual aporta una habilidad determinada, desde la fuerza de Hércules y el arte musical de Orfeo, hasta los braceos incansables de los remeros y la pericia de los marineros. Todos con un mismo objetivo: completar el viaje.

Tú también eres un argonauta, te encuentras a bordo de la nave Argo y debes decidir cuál es tu papel, qué puedes aportar al resto de la tripulación. Nadie te pide que seas un superhéroe o una superheroína, sino que hagas bien lo que tienes que hacer, que cumplas tu cometido. No puedes quedarte en tierra ni desembarcar en la primera isla hermosa en que el navío haga escala, no puedes saltar por la borda como si ese viaje no tuviera nada que ver contigo. Porque ese viaje es tu vida. Un periplo que tiene tres elementos: un destino, un destinatario y una travesía de ida y vuelta.

Resulta que ninguno de esos elementos los has elegido tú. El destino (puedes llamarlo «el sentido de la vida», «qué hago yo en este barco», «adónde voy», «qué vellocino de oro tengo que encontrar») no lo decides tú, sino que lo tienes que descubrir. En cierto modo, los argonautas tenían ventaja, pues sabían bien cuál era su cometido. El destinatario de ese viaje no eres tú, sino los demás (quizá tu pareja, tu familia, tus amigos o alguien desconocido), es decir, no te puedes quedar con el vellocino. El tercer elemento es el viaje en sí, la vida misma, que te lleva unas veces por mares en calma y otras por peligrosos atolladeros, atronadoras tormentas o noches sin luna ni estrellas.

La mitoterapia te sugiere tres cosas: primera, la forma de descubrir tu cometido en la vida pasa por bregar en el puesto que te haya tocado en el navío; segunda, para saber quiénes son los destinatarios no tienes que ir a buscarlos al otro lado del mundo porque generalmente se encuentran cerca de ti; tercera, aprovecha la travesía para intentar ser feliz, sean o no favorables los vientos, pases por aguas tranquilas o turbulentas, encuentres sirenas o dragones. No tienes que demostrarle al rey Pelias ni a nadie que eres quien dices ser, sino simplemente sé quien eres: un tripulante de la nave Argo que busca su destino.

MEDEA, LA ALFOMBRA VOLADORA

Las pruebas parecían imposibles de llevar a término, pero Medea, la hija de Eetes, se había enamorado de Jasón y le prestó su ayuda con la condición de que, conseguido el dorado vellón, se la llevara consigo. Jasón accedió y Medea, que tenía poderes mágicos, le facilitó un unguento que hacía invulnerable al que se rociara con él y le dijo qué hacer para no sucumbir ante los pétreos guerreros que brotarían de la tierra.

Jasón sometió a los feroces toros tras haberse untado el cuerpo y el escudo con el unguento de Medea, les colocó el yugo y aró el campo. Tal y como iba sembrando los dientes de dragón iban emergiendo soldados de piedra. Como le había indicado Medea, Jasón lanzó una roca en mitad del campo y al momento los guerreros comenzaron a acusarse mutuamente y a luchar entre sí, hasta que se dieron muerte unos a otros.

Solo le restaba vencer al dragón que custodiaba el vellocino de oro. Pudo dormirlo gracias, una vez más, a otra pócima que preparó Medea. Jasón tomó el vellón y emprendió el regreso. Como había prometido, se llevó a Medea consigo, algo que enfadó mucho a su padre Eetes.

Si peligrosa fue la travesía de ida, más todavía lo fue la de vuelta. La nave erró por ríos y mares, perseguida por el rey Eetes, que casi consigue hundirla. Fueron celebradas muchas de las aventuras de los argonautas, como el paso por la isla de las Sirenas, a cuyos cantos no sucumbieron gracias a los de Orfeo, más bellos que los de las sirenas; o el desembarco en Creta y la lucha contra Talos, el monstruoso autómatas construido por Hefesto para proteger la isla.

Por fin Jasón llegó a Yolco con el vellocino de oro y recuperó el trono que le correspondía. Pero Medea asesinó a Pelias, mejor dicho, convenció a sus propias hijas para que lo hirvieran en un caldero con la promesa de que rejuvenecería; lógicamente, el anciano murió. La muerte de Pelias fue la razón por la que la

ciudad de Yolco expulsó a Jasón y a Medea, quienes huyeron a Corinto.

Según la Medea de Eurípides, viviendo en Corinto, el rey Creonte quiso casar a su hija con Jasón y este aceptó. Decretó el destierro de Medea, pero esta, antes de partir, regaló a la novia un vestido (o una corona) impregnado de veneno. Cuando se lo puso, el vestido se incendió y mató a la hija y al rey que vino en su ayuda. Mientras tanto, Medea daba muerte a sus hijos, Feres y Mérmero, en el templo de Hera. Tras su filicidio marchó a Atenas para casarse con Egeo.

Después de este terrible incidente, Jasón, ayudado por Peleo y los Dioscuros, Cástor y Pólux, fue contra Yolco, venció a Acasto, hijo de Pelias, y reinó en la ciudad hasta su muerte.

Cuando rompemos algo se suele hacer añicos también lo que lleva dentro. Por eso, las primeras víctimas inocentes de la separación de los padres son los hijos. Por muy bien que se lleven las cosas, los daños colaterales son inevitables; por mucho sentido común que se ponga, los afectos salen afectados, y por poco sufrimiento que se cause, se causa mucho. Llegada la situación, no hay que buscar culpables, sino afrontarla lo mejor posible, sobre todo, pensando en los hijos.

Cosa que no hacemos todos; al contrario: algunos padres utilizan a los hijos como armas arrojadas contra sus exparejas, los usan para hacerse daño mutuamente, sin medir que a quien más dañan es a los que se han convertido, de la noche a la mañana, en víctimas silenciosas.

Si la vida afectiva de un niño queda ya mermada por la separación de sus padres, no digamos nada si esa separación se lleva mal. En algunos casos se puede generar el llamado «síndrome de alienación parental», que consiste en que uno de los padres pone a los hijos en contra del otro de forma más o menos sutil, de manera que, buscando la venganza o el desquite hacia la pareja, los que sufren de verdad son los niños. Con sus palabras, sus silencios y sus actos, el progenitor alienador predispone a los hijos contra el otro progenitor, con lo que se produce una forma de maltrato que puede acabar con la vida afectiva del menor. En cierto modo, los padres alienadores están «matando», como Medea, a sus hijos, por lo menos con relación al otro progenitor, con el único fin de vengarse.

Los hijos de Medea apenas aparecen en el mito; sin embargo, son los únicos damnificados. Este espeluznante experimento que se lleva a cabo en los laboratorios clandestinos de la mitología demuestra una verdad que debes tener siempre en cuenta: tus acciones tienen repercusiones en otras personas. Nada de lo que realizas es perfectamente inocuo. Lo que haces con tu vida redonda de una u otra forma en la vida de los demás. Tus acciones y omisiones (que son acciones con resultado cero) tienen un efecto directo, que podríamos llamar, siguiendo al sociólogo noruego Jon Elster, «productos», es decir, los objetos de la acción: por ejemplo, separarte de tu pareja; pero también, como dice el mismo autor, toda acción provoca un «subproducto», algo que no puedes controlar, como tu felicidad y la felicidad de los tuyos.

Jon Elster considera la felicidad un «subproducto». Por eso, si te obsesionas por ser feliz, si lo conviertes en un «producto», te resultará imposible serlo. La propia obsesión te lo impedirá. Te ocurrirá como al niño al que le hemos dicho que podrá volar sobre una alfombra si logra no pensar en la palabra «Aladino». El niño solo volará en sueños, cuando no pueda pensar ya en la palabra prohibida. El carnero dorado llevó por los aires a Frixo y a su hermana, pero nadie logró jamás volar en el vellocino de oro, ni siquiera Jasón: obtuvo el «producto», el vellón mágico, pero no el «subproducto», poder volar sobre él.

HARPÍAS, EL ORDEN DE LOS VALORES

Entre las innumerables aventuras que corrieron los argonautas en su viaje en busca del vellocino de oro vamos a detenernos en Tracia. Allí hicieron escala para pedir a Fineo, famoso por sus profecías, que les indicara el modo de llegar a su destino. Pero los griegos se encontraron a Fineo acosado por las harpías.

Fineo poseía dotes adivinatorias. A él acudían gentes de todas las partes de Grecia con el fin de conocer el futuro. Al parecer, Fineo abusaba de sus dotes proféticas y revelaba a los humanos los secretos de los dioses. Cierta día rogó a Zeus que lo dejara ciego a cambio de poder vivir una larga vida. Sus ruegos fueron escuchados. Pero Helios, dios del Sol y defensor de la vista, se sintió profundamente ofendido, por lo que decidió castigarlo.

Como agradecimiento por sus predicciones, los que visitaban al ciego Fineo le regalaban ricos manjares. Pero Fineo no podía disfrutarlos porque cada vez que se disponía a comer caían sobre él las harpías, genios alados con cuerpo de mujer, que devoraban su comida o la ensuciaban con sus excrementos. Su nombre significa «raptoras», eran hijas de Taumante y la oceánide Electra. Se llamaban Aelo (borrasca), Ocípete (vuelo rápido) y Celeno (oscura). «Infernal negra cuadrilla», las llama el pastor Grisóstomo en El Quijote. Raptaban a los niños y a las almas. Helios les encargó el suplicio de Fineo.

Fineo vivió una larga vida, pero fue desdichado, pues lo único que podía comer eran los restos pringosos que dejaban de tanto en tanto sus odiosas compañeras. A todos cuantos vaticinaba, les suplicaba que le librasen de aquellos monstruos infernales, pero nadie se atrevía a luchar contra ellos. Ocurrió entonces que la expedición de los argonautas llegó a Tracia. Jasón y sus compañeros comparecieron ante el adivino para pedirle consejo sobre el futuro de su expedición. Pero Fineo se negó a darles información:

—Nada os diré —les respondió— hasta que no me libréis de estas malditas

fieras que me incordian cada vez que me dispongo a comer y solo puedo llevarme a la boca los restos pringosos que ellas me dejan.

Entonces, Jasón y sus compañeros esperaron a que Fineo se dispusiera a comer y, cuando aparecieron las repugnantes aves, los argonautas Calais y Zetes, hijos del viento Bóreas, las persiguieron volando. Cuando les dieron alcance, Hermes se presentó y les dijo que las harpías eran servidoras de Zeus («las perras del gran Zeus», las llama Apolonio de Rodas) y que, si les daban muerte, la ira del padre de los dioses caería sobre ellos.

A cambio de perdonarles la vida, ellas les prometieron que nunca más volverían a molestar al adivino y se fueron a vivir a una cueva en Creta. Fineo, agradecido, indicó a Jasón cómo llegar a la Cólquide, aunque le advirtió de los peligros que debería vencer para conseguir el vellocino de oro.

A menudo nos pasa como a Fineo: no calibramos bien el peso de los valores. Les damos más importancia a los que menos valen y despreciamos aquellos que nos pueden orientar hacia la felicidad. El adivino no acertó: le dio más valor a la buena vida que a la vida buena; prefirió asegurar las necesidades fisiológicas, como comer o vivir tranquilo, que se hallan en la base de la pirámide de Maslow, que culminar las inciertas necesidades de autorrealización, como la felicidad. O, dicho de otra manera, Fineo le dio la vuelta a la pirámide y acható la punta para que se sostuviera en un equilibrio imposible. El castigo que recibió por haber despreciado lo verdaderamente importante (la vista, que según Aristóteles es el más noble de nuestros sentidos) consistió en no poder disfrutar ni siquiera de lo superfluo. Las harpías se encargaron de ello. Y cuando, al fin, fue liberado de la infernal cuadrilla por los compañeros de Jasón, el pobre rey de Tracia pudo comer todo lo que quiso, pero lo hizo solo, viejo y ciego. Parece que Fineo no tuvo buena vista y no eligió el orden de los valores correctamente. Se equivocó, quiso buscar la felicidad donde no está, despreció el valor que ilumina todos los valores, el Bien (Platón lo representaba con la imagen del sol), y lo sustituyó por otros bienes menores. No tuvo en cuenta que el orden de los valores sí altera el producto.

Es verdad que hay tantas maneras de ser dichosos como personas, porque la

felicidad es el sentimiento más íntimo e intransferible. Además, no son las cosas las que te hacen feliz o infeliz, sino cómo te las tomas. La misma suerte puede convertirse para ti en una oportunidad y para otros, en un foco de desgracias. Todo tiene un derecho y un revés, depende del punto de vista y de la manera de mirar.

Ocurre como cuando se mira por unos prismáticos: si lo haces al revés, en vez de verse el objeto más cercano, lo ves lejísimo. La misma realidad, pongamos un pequeño fracaso, por ejemplo, puede ser enorme o minúscula, según se mire. La forma de enfocar es lo que determina la visión: la realidad en sí no es ni grande ni pequeña. Así como las huellas fotografiadas por la policía necesitan ir acompañadas de un trozo de cinta métrica, del mismo modo, la realidad necesita de un referente; ese referente lo pones tú, son tus valores.

Lo que te hace feliz o infeliz no es la realidad sino cómo te la tomas (Kant decía que no vemos las cosas como son, sino como somos); no obstante, siempre debes contar con ella. A través del catalejo, el navegante ve más cerca el barco que viene a lo lejos, pero no hace que esté más cerca. Lo que sí puede hacer es cambiar de rumbo e izar velas para no toparse con el bergantín pirata que ha visto a lo lejos. Para salir a todo trapo, el buen navegante tiene que elegir bien el rumbo (el fin), las velas (los valores) y saber aprovechar el viento (la realidad). Tú debes hacer lo mismo: tener un fin en tu vida, saber calibrar los valores y contar con la realidad.

NARCISO, EL REFLEJO DE UNA IMAGEN

Si Fineo canjeó la vista por una vida sin término, el joven Narciso vivió feliz hasta que se miró a sí mismo.

El dios del río Cefiso y la ninfa Liríope tuvieron un hijo al que pusieron por nombre Narciso. Cuando nació, consultaron al adivino Tiresias sobre el futuro de su retoño.

—Vuestro hijo disfrutará de una larga y feliz existencia. Será tan hermoso que lo desearán todas las ninfas del bosque. Romperá muchos corazones, incluso el suyo.

Los padres quedaron confundidos por estas últimas palabras y Liríope se apresuró a preguntar:

—¿Qué podemos hacer para que su corazón no se rompa?

A Tiresias se le ensombreció el rostro y añadió:

—Debéis impedir que se contemple a sí mismo, porque en el momento en que vea su propio rostro, quedará enamorado del reflejo, y eso lo consumirá.

Liríope lloró desconsolada, tanto que el río Cefiso se desbordó. Para prevenir que el niño viera su imagen en las aguas de su propio padre, ambos decidieron separarse. Y Narciso se fue a vivir con su madre a un paraje lejos del río.

Narciso creció y se convirtió en un joven hermosísimo, tanto que muchas doncellas se enamoraron de él apasionadamente, pero Narciso no correspondía a su amor. Una de ellas fue la ninfa Eco, quien corrió la misma suerte que las demás. La joven no pudo resistir verse rechazada, pues tanta era la pasión que sentía por el apuesto muchacho. La desesperación la llevó a recluírse en las montañas, lejos de todo contacto con el mundo. La ninfa solo pensaba en su

amor y dejó de comer, de forma que adelgazó tanto que quedó convertida en simple voz, capaz únicamente de repetir el final de las palabras que escuchaba.

Las jóvenes rechazadas clamaron venganza a Némesis, quien hizo que, tras una cacería, Narciso sintiera sed y se acercara a una fuente para beber. Al inclinarse sobre el agua contempló su propio reflejo y quedó enamorado de él. Tal fue el amor que sintió por aquella imagen, que se olvidó de todo y se quedó contemplándola hasta que pereció. En el lugar donde murió nació una flor a la que en su honor dieron el nombre de narciso.

Los narcisos celebran con su exuberante colorido y sus presumidas trompetas la llegada de la primavera, la que no pudo ver más el desventurado Narciso.

Se ha interpretado la historia de Narciso como un ejemplo de vanidad y egoísmo y la de Eco como la de una pobre enamorada y rechazada por el engreído joven. Siendo esto verdad, podemos ir más allá y descubrir que tanto Narciso como Eco son víctimas del mismo engaño: el reflejo o la imagen de un ideal.

La historia de Narciso y Eco se torna trágica porque ambos se enamoran del reflejo de su propia belleza. Las doncellas que contemplaban a Narciso no se enamoraban de él, sino de lo que él reflejaba: la belleza ideal de ellas mismas. ¿Qué veían, entonces, las muchachas en el rostro de Narciso? Se veían a ellas mismas sin ningún defecto, con una belleza ideal. Por eso no podían resistir el rechazo, porque no eran rechazadas por Narciso, sino por la belleza a la que podían aspirar.

La ninfa Eco ejemplifica a la perfección la desesperación de quien no puede alcanzar lo que cree que debe ser su ideal. Eco ha sido rechazada, no puede verse reflejada en su ideal, por lo que se deja morir de hambre. Si sigue comiendo, si sigue viviendo, nunca llegará a alcanzarlo. A Narciso le ocurre exactamente lo mismo, se enamora de su propio reflejo, del reflejo de su perfección, queda paralizado y muere.

Por desgracia, la historia de Narciso y Eco se repite a menudo en nuestros días. Miles de adolescentes se obsesionan con un reflejo inalcanzable. No se aceptan como son, sino que buscan obsesivamente la imagen que se han formado de sí mismos, influenciada por la moda, los cánones de belleza que ensalzan las redes sociales y por una sociedad que solo admite el éxito. En la búsqueda obsesiva de

una imagen inalcanzable se dejan las carnes, quedando solo su débil voz para repetir su desgracia. El caso de los Narcisos y las Ecos de la actualidad es un claro síntoma de que vivimos en una sociedad narcisista (o «neonarcisista», si utilizamos la expresión del sociólogo francés Gilles Lipovetsky), en la era de la imagen, de la apariencia, de la pura estética (quirúrgica y sin ética). Todo es un reflejo, nada es real (de hecho, no importa si lo es o no). Estamos obsesionados por ser lo que no somos y nos creemos mejores de lo que somos. Si la mitología castiga la hybris, la arrogancia, la mitoterapia te cura del narcisismo (o neonarcisismo). Y lo hace previniéndote contra tu propio reflejo. La persona narcisista, tal y como la describe el psicoanálisis, se presenta como presuntuosa, esnob, mimada y explotadora, sobrevalora su importancia, dirige sus afectos hacia sí misma, espera que los demás reconozcan su valor personal, es emocionalmente frágil, quiere ser el centro de atención y se comporta de forma exhibicionista.

Piensa en Narciso, piensa en Eco, y piensa en todas esas personas que se dejan la piel en ser el reflejo de una imagen. Tiresias, el vidente ciego, vio que lo que les preocupaba realmente a Cefiso y Liríope era la autoestima de su hijo y, por eso, les recomendó que evitase mirarse a sí mismo. El exceso de autoestima que los padres consiguieron suscitar en su hijo fue tal que vino a dar nombre a una enfermedad mental: el narcisismo.

La autoestima, como la virtud se halla en el término medio. Tanto su defecto como su exceso envician la personalidad. Por eso, la mitoterapia te anima a que no pretendas ser el reflejo de una imagen, sino a que seas una persona que está orgullosa de sí misma.

PERSÉFONE, NATURALMENTE

Los narcisos celebran cada año la llegada de la primavera gracias a un compromiso que contrajeron Deméter y Hades.

Deméter era hija de Crono y Rea, hermana por tanto de Zeus, por quien fue seducida y concibió una hermosa hija, llamada Perséfone. La niña creció y se convirtió en una bella joven, risueña y feliz, que correteaba por los prados junto a su madre. Pero la doncella fue deseada por su tío Hades, el señor del mundo subterráneo. Hades solicitó a Zeus la mano de su hija, quien, sin contar con el permiso de Deméter, se la concedió. Perséfone fue raptada por Hades mientras correteaba por el campo.

Cuando Deméter se percató de la desaparición de su hija, se olvidó de sus divinos cometidos y se lanzó en su búsqueda. Recorrió desesperada los confines del mundo hasta que supo por boca del propio Zeus que Perséfone había sido raptada por su infernal tío y vivía junto a él en el mundo subterráneo.

Con la osadía que otorga el amor de madre, Deméter descendió a los infiernos y se presentó ante su hermano. Hades le dijo que Perséfone no podía regresar al mundo porque no había guardado el ayuno establecido.

—Y ya sabes, querida —añadió con sorna—, que el que come en las mansiones de aquí abajo no puede regresar al mundo de los vivos, aunque sean cuatro granos de granada.

De nada sirvieron las súplicas de Deméter. Con el alma partida, se retiró a un paraje solitario y se sumió en una profunda tristeza.

Al cabo de un tiempo, los habitantes del mundo comenzaron a suplicar a Zeus, pues la tierra había quedado estéril y ni los árboles ni los campos producían sus frutos. El dios comprendió que la causa de tantas desgracias se debía a que

Deméter, traspasada por el dolor, había dejado la tierra sumida en un perpetuo invierno. El propio Zeus se personó en el Averno y ordenó a su hermano que dejara libre a Perséfone. Hades explicó que eso era del todo imposible, ya que la joven había roto el ayuno. Zeus conocía la ley, pero logró un pacto con su hermano: la mitad del año Perséfone permanecería con él en las mansiones subterráneas y la otra mitad, con su madre.

A partir de entonces, Deméter permanecería seis meses triste e inactiva esperando el día en que pudiera abrazar a su hija. Los seis restantes se llenaría de felicidad y transmitiría su júbilo a los campos sembrados, a los árboles frutales y a la naturaleza entera. A fin de que el tiempo fuera más provechoso, el sol le obsequiaba con días más largos, cálidos y luminosos.

Cuando llegaba el momento en que Perséfone debía regresar al abismo, los árboles comenzaban a llorar hojas y el paisaje se vestía de colores melancólicos. Los hombres araban los campos y se refugiaban a la lumbre del hogar, contando historias y confiando en que Hades cumpliera su parte del pacto.

Los mitos, al igual que la ciencia, nos ofrecen modelos para interpretar la realidad. Pero, mientras que el científico accede racionalmente a esos modelos y los expone de manera empírica, el hombre arcaico que creó los mitos llega a ellos por una especie de inspiración y los vierte en narraciones llenas de elementos fabulosos. Se puede decir que los patrones que nos transmiten los mitos son tan legítimos como los que nos ofrece la ciencia, lo que ocurre es que la mitología carece de la elaboración racional que es propia de aquella. Los mitos nos informan de verdades esenciales, solo que lo hacen mediante rudimentos simbólicos que muchas veces encubren esas verdades.

El mito de Perséfone y su madre Deméter es un ejemplo de cómo la mitología, con todo su bagaje alegórico, da razón del cambio de las estaciones. Si nos fijamos únicamente en los elementos fabulosos, esta narración es cualquier cosa menos una explicación de un fenómeno que, desde la racionalidad científica, es meramente físico. Pero si abstraemos la fábula en sí, advertimos una verdad fundamental: el paso de las estaciones es fijo y responde a una cadencia de vida (primavera y verano) y muerte (otoño e invierno). Para el hombre antiguo, cuya supervivencia dependía de las cosechas, el hecho de que el paso de las estaciones sea algo fijo es decisivo. Según el mito, tal ritmo queda asegurado por las

fuerzas (o razones) más íntimas de la naturaleza, simbolizadas por dos diosas: Deméter y su hija Perséfone.

No creas que el rapto de Perséfone es solo una fábula, que los antiguos eran unos ignorantes que tenían que inventar historias para explicar lo que la ciencia actual define como una simple ley del universo. Evidentemente, el resultado es el mismo: el compás exacto de las estaciones, pero la actitud ante la naturaleza es muy diferente, tanto como la diferencia entre un agricultor y un agrónomo. El primero conoce las leyes del campo, las sigue y las respeta, no pretende dominarlas, porque sabe que la naturaleza tiene sus caprichos, como si de una joven (Perséfone) que corretea alegre por los prados se tratara. El agrónomo, en cambio, quiere dominar las leyes que ha descubierto; no en vano, él dispone de la tecnología adecuada (abonos, insecticidas, hormonas, maquinaria...) para obligar a la naturaleza a dar lo que le pida.

La mitoterapia, mediante el mito de Deméter y Perséfone, te sugiere que, ante la naturaleza, tomes la actitud del agricultor, que no intentes dominarla, sino que la respetes y la cuides como a una madre. Ella te va a dar todo lo que esté en su mano; pero si le pides más de lo que puede dar, su salud se resentirá, y los días felices de Deméter se verán reducidos. El mito te enseña que la naturaleza se ha comprometido de forma sagrada, nada más y nada menos que bajo un pacto de dioses, a repetir eternamente la cadencia de las estaciones. Comprométete tú, en la medida de tus posibilidades, a respetarla. Es tu decisión, naturalmente.

ORFEO, TU BANDA SONORA

También descendió al Averno el músico Orfeo para buscar a su amada Eurídice.

El dios-río Eagro, rey de Tracia, tuvo un hijo con la musa Calíope, al que pusieron el nombre de Orfeo. Su madre le enseñó el arte de la música. Tocaba la lira y, según se cree, fue él quien la inventó o al menos quien aumentó el número de cuerdas hasta nueve, en honor a las nueve musas. Sus dotes musicales eran tales que las bestias venían mansas a oírle y los árboles se inclinaban a su paso. Participó en la expedición de los argonautas y con su lira pudo acallar el canto de las sirenas.

Gracias a su música, conquistó a la bella ninfa Eurídice, con quien se casó. El amor que sentía por ella le inspiraba melodías bellísimas. Ambos se amaban y vivían felices. Un día que la joven paseaba por la orilla de un río se le presentó el cazador Aristeo, padre de Acteón, e intentó violarla. Ella huyó adentrándose en el bosque y fue mordida por una serpiente. La joven murió.

Orfeo lloró amargamente la pérdida de su esposa. Tal era su pesar que se aventuró a descender a los infiernos para recuperarla. Hades, el soberano del Averno, le recibió malhumorado. Pero él no podía echarse atrás.

—He venido a por mi esposa, a quien te has llevado injustamente —le recriminó Orfeo.

—Nadie, insensato, baja aquí injustamente —le respondió Hades encolerizado —. Vuelve por donde has venido, no vaya a ser que te quedes para siempre en el lugar de los muertos.

Pero Orfeo insistió, tal era su amor por Eurídice. Los ánimos de Hades se encresparon más todavía. Entonces, el joven empezó a acariciar su lira. Al son de la música, el dios de los abismos quedó como encantado (Ovidio nos dice que

hasta Sísifo se sentó en su roca para escucharlo), su espíritu se suavizó y dijo:

—Puedes llevarte a tu amada Eurídice con una sola condición: que no la mires hasta haber llegado al mundo de los vivos —sentenció Hades—. Si lo haces, ella regresará aquí para siempre.

Orfeo comenzó a ascender por la larga escalinata mientras Eurídice lo seguía en silencio. Cuando estaba a punto de llegar al mundo de los vivos, tuvo miedo de que su amada no lo siguiera y que todo fuera una artimaña de Hades. Sin poder evitarlo, se giró y miró hacia atrás (de reojo lo pinta Rubens). Por un instante vio el rostro de Eurídice, escuchó un grito espantoso y vio cómo era tragada por el abismo. Orfeo fue tras ella, pero el barquero Caronte, inflexible, le prohibió el paso. A partir de ese día, solo pudo entonar cánticos tristes.

Parece que Orfeo murió a manos de las mujeres tracias, bien por envidia al haber permanecido fiel a Eurídice, bien porque despreció todo contacto con el sexo contrario mientras amaba al joven Calais, bien porque instituyó los misterios órficos, basados en sus experiencias, a los que estaba vedado el acceso a las mujeres.

Tras su muerte, su lira fue transportada al cielo, donde quedó convertida en constelación.

El mito de Orfeo nos muestra el poder inmenso de la música. Este poder lo podemos experimentar de muchas maneras. Utilizamos la música para relajarnos, para estimular nuestra inteligencia; existe la musicoterapia y muchas embarazadas se colocan auriculares en el vientre para que el niño que llevan en sus entrañas goce de su primera experiencia musical; muchos enamorados tienen sus canciones; no hay película sin su banda sonora; partidos políticos y empresas, épocas y generaciones tienen su sinfonía particular; basta con pensar en los himnos, las canciones protesta o las sintonías de los anuncios publicitarios o los programas de radio. La música contiene tal poder que es capaz de crear una forma de estar en el mundo. Somos, en mayor o menor medida, la música que escuchamos, ella conforma en buena parte nuestras ideas, sentimientos e ideales. Por eso, decía Woody Allen, con ironía, que cada vez que escuchaba a Wagner le entraban ganas de invadir Polonia. Y Unamuno escribe en su Diario íntimo: «La música ahonda nuestros sentimientos, los nuestros; hace que seamos más

nosotros mismos».

Pero, sobre todo, Orfeo nos enseña que lo más secreto solo se puede expresar con la música y con ella podemos acceder a las realidades más profundas de la existencia. El amor que sentía por Eurídice llevó al «cantor de Tracia», como lo llama Cervantes, a adentrarse en el más allá. Quiere demostrar que el amor es más fuerte que la muerte, pero no lo consigue. El amor reclama la inmortalidad, pero también necesita ver a la persona que ama, por eso, mira a Eurídice de reojo y al momento esta regresa al Averno.

La vida de cada persona tiene una banda sonora, ¿cuál es la tuya? Si yo pudiera acceder a tu interior, podría escuchar esa música que palpita dentro de ti, que marca el ritmo de tu vida, que, como una orquesta invisible, acompaña tus estados de ánimo, tus emociones, tus sentimientos. No se trata de la música que escuchas, sino de la que late en lo más íntimo de ti y te permite escuchar el mundo y escucharte.

No sé si te gusta mucho o poco la música, ni qué género te atrae más, si sabes solfeo o tienes mal oído, si tarareas o silbas cuando te sientes feliz. No sé si tienes un grupo favorito, si prefieres la ópera, las canciones de los ochenta o el reguetón, si cantas en la ducha o compones melodías. Lo que sí sé es que alguna vez en tu vida te has sentido más libre al escuchar una canción, como les ocurrió a los presos de la cárcel de Shawshank que pudieron oír a través de los megáfonos el aria de Mozart en la película Cadena perpetua (Frank Darabont, 1995). El antropólogo francés Marc Augé dice que «el que canta una canción, sea bien o mal, la convierte en suya». Y estoy seguro también de que alguna vez la música te habrá servido de válvula de escape, aunque a la postre hayas tenido que volver, como Eurídice, a tus asuntos.

La mitoterapia te insta a escuchar esa música que te tranquiliza cuando estás de los nervios, que te anima cuando estás de bajón, que te eleva, te alegra, te hace feliz.

ACONTIO, PALABRA DE HONOR

Acontio era un hermoso joven que vivía en la isla de Ceos. Aunque no pertenecía a la nobleza, descendía de una familia acomodada. Ello le permitió acudir, cuando cumplió la edad viril, a las fiestas de Delos, muy famosas en la Antigüedad.

Calímaco de Cirene (siglo III a. C.) en sus *Aitía* narra la historia de Acontio y Cidipe, según la versión de Jenomedes de Ceos (siglo V a. C.) de esta manera:

En Delos, Acontio coincidió con Cidipe, una bella joven, hija de un noble ateniense, que, como él, había acudido a los festejos. Al instante quedó prendado de la doncella y la siguió hasta el templo de Artemisa, donde se celebraba el sacrificio a la diosa. Acontio la miraba ensimismado desde atrás, pues su belleza, en aquel lugar sagrado, le parecía extraordinaria. El fuego y los aromas de la inmolación, junto al palpitar acelerado de su corazón, le hicieron planear rápidamente la siguiente argucia: tomó un membrillo y con la punta de su navaja escribió esta frase sobre la piel: «Juro por el templo de Artemisa que me casaré con Acontio». Entonces hizo rodar el membrillo por el suelo y este dio a parar en los pies de Cidipe. El aya que acompañaba a la joven recogió la fruta y se la entregó. La doncella, inocentemente, la miró y leyó la frase en voz alta (la lectura silenciosa no se hará común en Europa hasta el siglo IX d. C.). De pronto se percató del sentido de sus palabras y arrojó el membrillo como horrorizada. Pero el juramento ya había sido pronunciado.

Tras el incidente del templo, ambos jóvenes volvieron a sus respectivas ciudades: él a Ceos y ella a Atenas. Acontio se consumía por Cidipe, pero veía imposible conseguir su amor. Mientras tanto, el padre de la doncella preparaba la boda de su hija con un rico ateniense. En cuanto comenzaron las fiestas de la boda, ella cayó gravemente enferma, de tal manera que tuvo que suspenderse la ceremonia. Cuando hubo restablecido la salud, su padre volvió a preparar los esponsales, pero otra vez enfermó gravemente. Lo mismo ocurrió la tercera vez.

Estos extraños sucesos llegaron a oídos de Acontio, quien viajó hasta Atenas y se apostó a la puerta de la casa de Cidipe.

No pudo entrar en la casa, pues el padre de la joven había decidido viajar a Delfos para consultar al oráculo. Mientras tanto, Acontio moría por Cidipe. Día tras día se interesaba por su salud, la cual, según sus informadores, iba mejorando poco a poco. Al cabo, volvió el padre de la joven y ordenó traer a su presencia a Cidipe y a Acontio, a quienes informó de su viaje. El oráculo, según dijo, le manifestó la promesa que había realizado su hija en Delos y, según la cual, debía desposarse con Acontio. Las extrañas enfermedades no eran sino el resultado de la ira de Artemisa, quien no podía permitir que la joven cometiera perjurio. Enterado de que Acontio pertenecía a una buena familia, le entregó a su hija como esposa. Las fiestas nupciales duraron tres veces más de lo acostumbrado, pues, según el feliz padre, esa boda valía por tres.

La historia de amor entre Acontio y Cidipe es romántica y barroca, más barroca que romántica. Quizá, por eso, Georg Friedrich Händel compuso una ópera en un acto titulada «Los amores de Acontio y Cidipe». La osadía del joven enamorado provoca que se retuerza la historia: su argucia compromete nada más y nada menos que a la propia diosa Artemisa y consigue casarse con su amada. Cervantes le hará decir a don Quijote que «así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardid y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonor de la cosa amada» (Don Quijote, II, cap. XXI).

El rapto de Perséfone es solo un caso de los muchos raptos que doncellas, princesas, diosas, ninfas... sufrieron a lo largo de la historia mitológica. La idea de que la mujer es una presa que hay que hostigar y dar caza se encuentra en el subconsciente masculino desde los albores de la humanidad. El acto amoroso es un premio, una recompensa, un trofeo del cazador; la unión amorosa es una cacería (venatus amoris).

Pero el joven Acontio, quizá porque no es un dios, no lo entiende así. Sabe que no debe dar caza a Cidipe, sino que debe conseguir que ella dé su consentimiento ante los dioses y ante los hombres. Se sirve de una astucia, es verdad, pero también lo es que salva (y sana) a su amada. Él espera, según los

cánones del momento, a que el padre dé su visto bueno, pero confía solo en el consentimiento de ella: «¿Qué dudas, si es tu sí nuestra alegría?», imagina Ovidio que Acontio pregunta a Cidipe por carta.

Para bien de los dos amantes, Cidipe debe cumplir su palabra. Dadas las circunstancias, actualmente, cualquier juez la habría exonerado y seguro que tú la habrías comprendido. Pero en la Antigüedad se tomaban las palabras en serio, no como en nuestros días, que decimos una cosa y hacemos otra, que nos desmentimos continuamente, que lo que habíamos dicho ayer hoy no vale nada. Estamos en la era de la posverdad y todo se puede decir porque nada dicho queda.

Pero fíjate que la diosa Artemisa no condena al osado enamorado, que ha profanado su templo; castiga a la inocente doncella, no por otro motivo sino por haber envilecido el lenguaje, pues para los dioses las palabras son sagradas. La mitología te quiere decir que el lenguaje es lo más humano (y lo más divino) que tienes, por eso te insta a que no te tomes las palabras (ni los silencios) en vano, por lo menos las que tú pronuncias y también las que callas. Recuerda lo que decía Jean-Paul Sartre: «Cada palabra tiene consecuencias; cada silencio, también».

Toda palabra es palabra de honor: debes cumplir lo que dices y decir lo que puedas cumplir. Sin promesas ni juramentos. Es tu honor lo que está en juego.

EDIPO, EL DESTINO DE LA TRAGEDIA

La peste estaba diezmando la rica ciudad de Tebas. Por eso, los ancianos decidieron enviar emisarios al oráculo de Delfos, los cuales regresaron con estas enigmáticas palabras: «Debe ser desterrado el asesino del rey Layo». Su sucesor, Edipo, acudió al adivino Tiresias para que interpretara el mensaje. Tiresias le respondió que el culpable de todo lo que estaba ocurriendo en Tebas era él. Al principio, Edipo se rio del ciego vidente, pero conforme iba escuchando su propia historia sentía en sus propias carnes la esencia de la tragedia.

Años atrás, Layo, rey de Tebas, había acudido al oráculo de Delfos porque su esposa Yocasta no le daba hijos. El dios de Delfos vaticinó la mayor de las desgracias: «Tendrás un hijo que te matará y se casará con tu mujer. Él te usurpará el trono».

Cuando regresó a Tebas, encontró que Yocasta estaba encinta. Entonces, contó a su esposa lo que tenía reservado el destino para su hijo. A su pesar, ambos decidieron deshacerse del niño en cuanto naciera. Llegado el día del parto, el rey ordenó a su criado más fiel, Polifontes, que sacrificara a la criatura, pero el siervo prefirió entregárselo a unos pastores que iban de camino a Corinto.

Los reyes de Corinto, Pólipo y Peribea, adoptaron al recién nacido. Cuando llegó a la edad juvenil, Edipo acudió a Delfos y consultó al oráculo. Las palabras de la pitonisa fueron terribles: «Matarás a tu padre y te casarás con tu madre».

Para evitar que se cumpliera el vaticinio, decidió no volver a Corinto y se dirigió hacia Tebas. En la encrucijada de Megas, donde se transita por un estrecho desfiladero, discutió con un señor y su criado por la preferencia del paso. La discusión acabó en pelea y Edipo les dio muerte a los dos. Sin él saberlo, acababa de matar a su verdadero padre y al siervo que le salvó la vida, Polifontes.

Meses después volvió a tomar el camino de Tebas y, cuando se disponía a entrar en la ciudad, le salió al paso un monstruo, mitad león mitad mujer, que tenía aterrorizada a toda la ciudad. Edipo mató a la Esfinge, que así se llamaba la bestia, y, como recompensa, se desposó con Yocasta, la reina viuda. Edipo cumplió sin saber el oráculo y se convirtió en el flamante rey de Tebas. Yocasta y Edipo tuvieron cuatro hijos: Eteocles, Polinices, Antígona e Ismene.

—Eres, Edipo, padre y hermano de tus propios hijos —concluyó el adivino—, hijo y esposo de la mujer de la que naciste y asesino de tu padre.

Cuando Edipo y Yocasta conocieron de labios de Tiresias esta historia, ella se quitó la vida y Edipo se sacó los ojos con el prendedor del pelo de quien fuera su madre y esposa.

Nos horroriza el caso de Edipo. Podemos comprender que se saque los ojos, y lo compadecemos, pero nos angustia su caso. Nadie quiere ser Edipo, nadie quiere ser protagonista de la tragedia de las tragedias, nadie quiere ser zarandeado así por el destino. Edipo se saca los ojos porque no le han servido para ver su desgracia. «Obedece, primeramente —afirma Albert Camus en *El mito de Sísifo*—, al destino sin saberlo, pero su tragedia comienza en el momento en que sabe».

Ojos que no ven, corazón que no siente. Edipo (y quizá todos los seres humanos) está condenado a cumplir el destino. Nada ni nadie puede impedir que se consume. Podemos decir, aunque parezca paradójico, que Edipo completó lo que había proclamado la pitonisa justamente porque cree en el destino. Incluso cuando más intenta zafarse de él y toma el camino que le aleja de los que cree sus padres, más se acerca a su cumplimiento. Edipo es una marioneta y es feliz mientras no se da cuenta de que lo es. En cuanto descubre los hilos, advierte la tragedia y se arranca los ojos.

Estamos leyendo a Sófocles, sumergidos en la tragedia ática, que, en palabras de Javier Gomá, «busca suscitar la angustia del espectador ante lo nefasto del destino que aflige al protagonista». Por eso, «uno puede admirar al héroe trágico, sentir su dignidad o acaso compadecerlo, pero [...] no quiere de ningún modo una suerte como la suya, ni se le ocurre imitar su ejemplo, porque el mito de la tragedia le ha mostrado que hacerlo solo conlleva sufrimiento e injusticia»

(Universal concreto, I, 1).

Si crees, como Edipo, que hagas lo que hagas tu futuro está escrito, te estarás instalando en la tragedia. La mitoterapia no pretende que imites a Edipo, sino que aprendas de él. Tu destino lo escribes tú, solo que has de tener en cuenta que las decisiones que tomes hoy tendrán repercusiones en el porvenir. Ellas se van acumulando en el pasado, van conformando, podríamos decir, tu historial, que actúa como un tobogán que te impulsa hacia una determinada dirección (o destino).

El pasado pesa; pesa demasiado. Y la única razón que tiene para pesar es haber pasado. Por el simple hecho de haber quedado en tu haber se apropia el derecho de influir en todo lo que haces. Por insignificante que haya sido lo que hayas hecho, es ya un hecho, y eso le da una fuerza que muchas veces te supera.

Evidentemente, no puedes cambiar tu pasado, pero puedes tomar decisiones en el presente que le quiten fuerza (los románticos la llamaban «la fuerza del sino»). No se trata de que olvides o de que no te arrepientas de nada, como se suele decir, porque, si es humano equivocarse, también lo es arrepentirse. Nadie es tan perfecto que no tenga de qué arrepentirse. No serás mejor persona por no tener de qué lamentarte, ni peor por rectificar. Asumir lo que has hecho es signo de sensatez y madurez.

Los fantasmas del pasado espantan la felicidad. Sin darte cuenta, aparecen cuando menos lo esperas y en un instante hacen que se asuste y huya despavorida. Tu pasado está ahí, es verdad, y no puedes hacer nada para que desaparezca. Has de contar con él y no dejar que te controle.

ESFINGE, LA CLAVE DEL ENIGMA

Por haber matado a la Esfinge, Edipo se convirtió en rey de Tebas. Pudo acabar con ella, no gracias a su fuerza, sino a su astucia. El incidente ocurrió de esta manera:

Se estaba acercando a Tebas, cuando le asaltó el monstruo con cuerpo de león y cabeza de mujer y, en vez de atacar al viajero, se puso a hablar con él. Edipo había oído decir que quien no fuera capaz resolver los enigmas que la Esfinge planteaba era devorado por ella. Así que intentó contener el miedo para poder pensar con nitidez y escuchó muy atento las dos adivinanzas.

La Esfinge preguntó en primer lugar:

—¿Cuál es el animal que camina a cuatro patas por la mañana, erguido al mediodía y utiliza tres al atardecer?

Edipo meditó despacio y cayó enseguida que mañana, mediodía y atardecer correspondían a las etapas de la vida. Contestó con seguridad:

—El hombre, pues cuando es niño todavía no camina, solo gatea; cuando es joven y maduro camina con sus dos piernas, pero cuando se hace viejo se ayuda de un bastón, es su tercera pata.

El monstruo hizo un gesto de desagrado, pues el extranjero había dado con la solución.

Edipo quiso proseguir su camino, pero la Esfinge propuso el segundo enigma:

—Solo te dejaré pasar si adivinas quiénes son dos hermanas, una de las cuales engendra a la otra y, a su vez, es engendrada por la primera.

Edipo quedó pensativo a la vez que miraba a su alrededor por si encontraba

alguna forma de huir. Todo estaba casi en penumbra porque había comenzado a caer la tarde, el sol se había puesto y las sombras de la noche empezaban a ganar terreno. El monstruo se impacientaba por la tardanza de la respuesta, deseoso de devorar a una nueva víctima, pero el rostro de Edipo se encendió y gritó:

—Las dos hermanas son el día («hemera» es femenino en griego) y la noche. Al amanecer, es engendrado el día de la noche y, al atardecer, como ahora, del día es engendrada la noche.

La Esfinge, sorprendida por las sabias respuestas, que nunca antes había escuchado, tuvo un instante de descuido que aprovechó Edipo para atravesarla con su espada. En el momento de expirar, los ojos de la Esfinge se clavaron en los de su asesino y al parecer reconocieron quién era. El joven montó el cadáver en su carro y entró con el monstruoso trofeo en la ciudad.

El nuevo héroe fue recibido en Tebas con todos los honores y aclamado por sus habitantes como su salvador, pues había liberado a la ciudad de la temible bestia. Según un decreto de la reina, quien venciera a la Esfinge tendría derecho al trono y a casarse con ella. Fue así como Edipo se convirtió en rey y esposo de su propia madre. Curiosamente, Edipo no fue capaz de interpretar las palabras del oráculo, que en su caso fueron excepcionalmente claras: «Matarás a tu padre y te casarás con tu madre»; sin embargo, descubre con facilidad los enigmas de la Esfinge, que nadie había podido solucionar hasta ese momento. ¿Por qué?

Al oráculo de Delfos acudían muchos en busca de respuestas, como ya hemos dicho; querían una señal para poder tomar una decisión vital, esperaban las palabras de la vestal para dar un golpe de timón en sus vidas, pero las voces que surgían de la gruta y que después interpretaban los sacerdotes no eran claras. El oráculo, como el filósofo o el poeta, hablaba sobre lo esencial, sobre el destino de las personas, por eso, comunicaba su saber por medio de enigmas.

Las respuestas cifradas del oráculo tenían que ser interpretadas. Algunas eran tan oscuras y ambiguas que parecían no decir nada; sin embargo, siempre se cumplían. La misma ambigüedad aseguraba su éxito, porque dejaba holgura suficiente para que las decisiones de los hombres intervinieran de alguna manera.

Todo enigma tiene una clave que lo desvela. Solo es capaz de descodificar el enigma quien conoce, podríamos decir, la contraseña. Edipo encontró la clave en

las adivinanzas de la Esfinge, pero no en el mensaje de la pitonisa. Se cuenta que un día estaban en la playa unos niños pescadores quitándose piojos uno al otro y pasó por allí Homero, quien les preguntó qué estaban haciendo: «Cuantos vimos y atrapamos los dejamos —contestaron al poeta ciego—, pero los que ni vimos ni atrapamos nos los llevamos». El rapsoda no entendió lo que le decían porque no tenía la clave, es decir, porque no sabía que los chiquillos estaban hablando de piojos, no de peces («Aliquando bonus dormitat Homerus», «Hasta el bueno de Homero se despista alguna vez»).

A lo largo de tu vida tendrás que desentrañar muchos enigmas, grandes y pequeños, ya sea en forma de acontecimientos inesperados, dilemas indescifrables, conversaciones sibilinas, mensajes ambiguos... Para afrontarlos, deberás encontrar el santo y seña que te abrirá las puertas, no necesariamente de su solución, pero sí de su comprensión. Todos los enigmas vitales tienen una clave que no falla, a la que apunta la mitoterapia; esa clave, ya te habrás dado cuenta, es el amor. Cualquier enigma puede solucionarse si se afronta con amor.

Porque el amor es la esencia de la felicidad, y lo es en todos los sentidos que la palabra esencia tiene. Primero, constituye la esencia o naturaleza de la felicidad, es lo permanente e invariable de ella. Sin que te quieran, pero sobre todo sin tener a quien querer, no se puede ser feliz. Segundo, amar es lo más propio (la esencia) del estado de felicidad. Dime cuánto amas y te diré lo feliz que eres, este puede ser nuestro lema. Tercero, el amor es la esencia de la felicidad, su aroma, su fragancia: es a lo que huele una persona feliz. Una sola gota puede impregnar toda tu vida con un halo invisible al que llamamos felicidad.

ANTÍGONA, CONCIENCIA OBLIGA

Cuando Edipo descubrió que había cometido parricidio e incesto, se sacó los ojos y se desterró de Tebas. Su hija (y hermana), Antígona, fue su acompañante. Edipo murió en Colono y ella regresó a su patria, donde se encontró que sus dos hermanos, Polinices y Eteocles, estaban enfrentados.

Tras el exilio del rey Edipo, los dos hermanos habían acordado turnarse en el gobierno de la ciudad. Pero ocurrió que, pasado el primer año, Eteocles se negó a dar el relevo a su hermano, por lo que Polinices se alió con seis reyes de otras tantas ciudades vecinas para marchar contra Tebas. Para evitar la guerra, los hermanos se retaron a una lucha a vida o muerte en una de las puertas de la ciudad: tras el duelo, el vencedor se convertiría en único soberano.

El final de la tragedia, que Esquilo tituló *Los siete contra Tebas*, no pudo ser más aciago: los dos hermanos acabaron matándose mutuamente. De inmediato, Creonte, el tío materno, asumió el gobierno, y publicó el siguiente edicto:

—«A Eteocles, que halló la muerte combatiendo por la ciudad, ordeno que se le entierre en un sepulcro y se le hagan y ofrezcan todos los sacrificios expiatorios que acompañan a quienes mueren de una manera gloriosa. Por el contrario, a su hermano Polinices, el desterrado que volvió del exilio con ánimo de trastornar de arriba abajo el país paternal, queda públicamente prohibido honrarlo con una tumba y llorarlo. ¡Que se le deje insepulto y que su cuerpo quede expuesto ignominiosamente a la voracidad de las aves y de los perros! Tal es mi decisión» (Sófocles, *Antígona*).

Pero Antígona, movida por el deber sagrado de enterrar a los muertos, desobedeció el decreto real y echó un puñado de tierra sobre el cadáver de su hermano, gesto suficiente para cumplir con lo que le dictaba su corazón.

De ese modo, Antígona se enfrentó a Creonte, dando origen al desafío entre la

conciencia y la legalidad, entre el vigor de la sangre y la fuerza de la norma, entre la ley del útero y la ley de la ciudad, entre la débil virginidad de una doncella y la prepotencia de la masculinidad.

Cuando el tirano le pregunta por qué se ha atrevido a transgredir la orden real, Antígona le responde con estas palabras:

«—Tú, un simple mortal, no puedes rebasar las leyes de los dioses, anteriores a todo escrito e inmutables. Pues esas leyes divinas no están vigentes, ni por lo más remoto, solo desde hoy ni desde ayer, sino permanentemente y en toda ocasión, y no hay quien sepa en qué fecha aparecieron» (Sófocles, Antígona).

La desdichada Antígona fue enterrada viva en el panteón de sus ascendientes, los Labdácidas. Hemón, su prometido e hijo de Creonte, se suicidó sobre su tumba.

Antígona representa el mandamiento ético absoluto, la obediencia a las leyes no escritas de los dioses (nomoi agrafoi), contra la ley positiva, escrita por los hombres. Según palabras de George Steiner, «Antígona apela a la justicia no escrita (themis), “inscrita”, aunque no escrita, en el alma humana, contra la legalidad prescriptiva (nomoi) del despotismo de Creonte» (Lecciones de los maestros), y simboliza la suma de todos los conflictos humanos esenciales. Para Kierkegaard es la figura de la «culpa inocente»; para Hölderlin, la imagen del enfrentamiento trágico de lo humano con lo divino; para Goethe, un mandamiento más antiguo que la bárbara ley positiva; para Hegel, la rebelión de la moral personal y privada contra la ética del Estado (parafraseando a Ibsen, Antígona sería «un enemigo del pueblo»); en cambio, para el jurista italiano, Tullio Ascarelli, la hija de Edipo significa «la lucha de la conciencia para traducirse en normas jurídicas positivas más justas, para crear un Estado más justo». Sea como fuere, lo que tienen en común todas estas interpretaciones es que el conflicto entre la ley y la conciencia adquiere visos de tragedia. Tragedia que consiste, según Claudio Magris, «en que los pasos hacia delante de la humanidad exigen el sacrificio de innumerables Antígonas, que también hoy continúan enterrando a hermanos, hijos, padres o compañeros tronchados por la violencia de los hombres» («¿Quién escribe las no escritas leyes de los dioses?», en Utopía y desencanto).

Pero Antígona no solo se enfrentó a Creonte, sino también a su propia hermana,

Ismene, y a su prometido, Hemón. Por obedecer la voz de su conciencia, que le dicta la ley no escrita de los dioses, tuvo que renunciar al amor carnal, porque, según confiesa, ya «no pertenecía al mundo de los vivos, sino al de los muertos». En el enfrentamiento con su hermana Ismene, se ponen de manifiesto dos versiones contrarias de la feminidad: Antígona encarna la feminidad heroica, independiente, valerosa, que lucha por mantener un orden mucho más profundo que el que defiende Creonte; Ismene, por su parte, es el paradigma de la feminidad entendida tradicionalmente como pasividad, sumisión y obediencia, que no se atreve a traspasar los límites que la sociedad ha impuesto a su condición.

Sigues todavía en el teatro, ahora contemplando la tragedia de Antígona, y te siguen estremeciendo sus personajes. No puedes, lo acabamos de ver, tomar a Edipo como modelo, pero sí a su hija. En algún momento de tu vida, seas mujer o seas hombre, tendrás que decidirte por ser Ismene o Antígona, si acatas la norma sin rechistar, aunque atente contra lo que te dicta tu conciencia, o si te arriesgas a desobedecer y a cargar con las consecuencias. Tú verás si quieres que tu conciencia se mantenga en pie, aun a riesgo de morir en vida, o vivir de rodillas.

La desobediencia civil te puede llevar a la cárcel, la social a la soledad, la cultural a la marginación, la moral a la reprobación. Claro que es más fácil ser Ismene y quedarse de brazos cruzados ante las injusticias, aunque sean legales. Para ser Antígona hace falta la fortaleza interior suficiente para afrontar la reprobación, la marginación, la soledad o la prisión. La mitoterapia lo tiene claro: conciencia obliga.

PIGMALIÓN, MOTIVACIÓN PROFÉTICA

Pigmalión, rey de Creta, era muy rico y su corte, extremadamente fastuosa. Era un hombre culto y muy aficionado a la escultura, arte que practicaba con verdadera maestría. Tan imbuido estaba en su afición y en las labores de su reinado, que no se preocupó en tomar esposa. Con tal fin, sus cortesanos organizaron una suerte de pase de modelos y se presentaron ante el monarca las doncellas más bellas de la isla y de toda Grecia. Pero ninguna satisfizo al monarca, pues se tenía a sí mismo en tal estima que a todas les encontraba algún defecto y las iba rechazando según se le iban mostrando. No obstante, el deseo adormecido se despertó de pronto con fuerza en su corazón. Si bien no hallaba a la mujer a quien amar en la realidad, sí la veía en su imaginación.

Siguiendo la imagen de su mente, se puso a esculpir en blanquísimo mármol a una joven más bella que ninguna de las que había visto jamás. Trabajó en su obra día y noche y, cuando la acabó, le pareció la mujer más hermosa del mundo, tanto como una diosa. Por ser blanca como la leche, la llamó Galatea y, como si fuera real, hablaba y bailaba con ella, la acariciaba y la besaba. Pronto se dio cuenta de que se había enamorado.

Tal fue la pasión que despertó la escultura en el escultor, que Afrodita se compadeció de Pigmalión. Una noche se presentó en su taller.

—No me mires, Pigmalión —le advirtió la diosa desde el fondo del habitáculo—. Soy Afrodita, la asistente de los enamorados, y veo que tú lo estás de verdad. ¿Qué quieres que haga por ti?

El rey se postró ante Afrodita con los ojos cerrados y le pidió un imposible:

—¡Que sea real! —imploró.

La voz de la diosa le respondió:

—¡Ofréndame tu cincel y tu martillo, y se cumplirá lo que pides!

Al punto, desapareció Afrodita y el rey escultor salió de prisa a hacer su ofrenda. «Cuando regresó —así relata Ovidio la milagrosa transformación—, Pigmalión fue a buscar la estatua de su amada y, reclinándose sobre el lecho, la besó: le pareció que estaba templada; acercó de nuevo sus labios, palpó también su pecho con las manos: el marfil palpado se ablandó. [...] Finalmente, con su boca oprimió una boca no falsa: la doncella sintió los besos que le daba, se ruborizó y, levantando sus tímidos ojos hacia los suyos, vio a su enamorado» (Metamorfosis, X).

El pintor Jean-Léon Gérôme (1890) imagina la escena en el momento en que Afrodita da vida a Galatea y Eros saetea a los dos enamorados (Galatea todavía con las piernas marmoleñas), que se besan abrazados. Pigmalión fue feliz y suponemos que Galatea también. Tuvieron una hija, llamada Pafos, cuyo hijo, Cíniras, en su honor fundó la ciudad de Pafos en Creta.

Esta historia, que he narrado tomándome algunas licencias, ha dado lugar al llamado «efecto Pigmalión», fenómeno psicológico que se produce cuando las expectativas que depositamos en una persona hacen que esa persona las cumpla, por el hecho de que generamos en ella un deseo inconsciente de confirmarlas.

Al «efecto Pigmalión» también se le ha dado el nombre de «ley del espejo», por cuanto las personas tienden a reflejar en su vida las expectativas que depositamos en ellas, como si fueran un espejo de lo que esperamos de ellas. Ya lo dijo Goethe: «Si tratamos a una persona como lo que es, seguirá siendo lo que es, pero si la tratamos como lo que podría ser, entonces se convertirá en todo lo que puede llegar a ser». Fue así como Pigmalión consiguió el «efecto Pigmalión» y convirtió a su escultura en su Galatea, porque la trató no como lo que era, un trozo de mármol, sino como lo que deseaba que llegara a ser. Esta es la parte amable de la historia.

Pero, por desgracia, esconde otra menos amable. La mitología dice que Pigmalión y Galatea fueron felices. No estoy de acuerdo. Sin duda, ella fue una obra de Pigmalión. Gracias a él, se convirtió en una mujer real, pero fue como su «creador» deseó que fuese. Galatea es un producto del deseo de su amante escultor que no respeta en absoluto a la amada. No busca el bien de ella, sino

solo cumplir su propio deseo. A veces, hacemos eso con las personas, sobre todo, con las más cercanas, nuestra pareja, nuestros hijos, nuestros amigos: no les dejamos ser lo que son, sino que pretendemos que sean como queremos que sean.

A este fenómeno aún le podemos dar otro nombre: «motivación profética». Seguro que te motivan muchas cosas, pero, sobre todo, te motiva lo que puedes llegar a ser. Seguro que te esforzarás por cumplir las expectativas que, como decía Goethe, depositan en ti las personas que te rodean. Lo que ocurre es que esas expectativas pueden ser positivas o negativas, como acabamos de decir. Ambas te predisponen a actuar (y a ser) de una determinada manera, y actúan inconscientemente sobre ti con la misma fuerza profética. Si a una persona la tratas como si fuera una buena amiga, seguramente lo acabará siendo; si nunca te fías de ella y la tratas como impostora, tiene más probabilidades de no ser tu amiga. En ambos casos, la estás etiquetando, sin razón objetiva alguna, para bien o para mal. Y a ti te pasará tres cuartos de lo mismo: inconscientemente tenderás a cumplir con la etiqueta que los demás te hayan puesto y la dificultad para quitártela te resultará inversamente proporcional a la facilidad con la que te la colgaron. Estarás cumpliendo sin saberlo la «ley de la concentración», según la cual lo que pienses sobre ti será en lo que te convertirás.

Por supuesto, debes evitar la motivación profética negativa y usar, con moderación, la positiva. Esta genera confianza. Si a un hijo, por ejemplo, lo tratas como trabajador, ordenado, generoso..., lo estarás situando en un futuro en que tendrá más probabilidades de serlo. Para que una persona tenga confianza en sí misma, primero de todo, se la tienes que dar.

MINOTAURO, EL MONSTRUO QUE LLEVAMOS DENTRO

Minos, hijo de Zeus y Europa, fue criado por Asterión, rey de Creta. Cuando murió el rey, Minos quiso sucederle en el trono; sin embargo, sus hermanos, Sarpedón y Radamantis, se opusieron. Pero Minos ambicionaba el poder, por lo que se le ocurrió declarar que era voluntad de los dioses que él reinara en Creta y, para demostrarlo, dijo que el cielo le concedería cuanto pidiese. Ofreció entonces un sacrificio a Poseidón y le rogó que hiciera salir del mar un gran toro para después ofrendárselo en prueba de agradecimiento.

Todo el pueblo cretense, junto a Sarpedón y Radamantis, acudió a la playa para asistir al prodigio. Cuando los pies de Minos tocaron las aguas, surgió un hermoso animal, un gran toro blanco, que se postró ante él. La gente quedó boquiabierta y aclamó al nuevo rey, mientras Sarpedón y Radamantis cedieron su derecho al trono en favor del elegido por los dioses. El toro fue llevado a los establos reales a la espera de ser sacrificado.

Minos se casó con Pasífae, hija del Sol y de Perseis, con quien tuvo siete hijos: Catreo, Deucalión, Glauco, Androgeo, Jenódice, Ariadna y Fedra. Gobernó con justicia y sabiduría, convirtiendo Creta en una gran potencia marítima. Pero Minos olvidó su promesa: se negó a sacrificar el toro que le había enviado el dios, pues lo quería como semental de sus rebaños.

Poseidón, sintiéndose ofendido, hizo que Pasífae se enamorara locamente del toro. La reina convenció al arquitecto Dédalo para que fabricara una vaca de madera sobre ruedas, hueca por dentro y cubierta con piel de ese animal. Pasífae se metió dentro. Engañado el toro, copuló con lo que creyó una vaca, cuando en realidad lo hizo con la reina enamorada. De este modo, la esposa del rey concibió a Asterio, un horrendo monstruo, llamado Minotauro. Al ver aquella criatura, Minos comprendió que esa era la venganza del dios.

Cuando nació el hijo de Pasífae, Minos quiso matarlo, pero ella lo defendió.

Conforme crecía, su aspecto se iba haciendo más y más espantoso. En cierta ocasión, arrancó de un bocado la mano de uno de los siervos del rey, manifestando su predilección por la carne humana. No sabiendo qué hacer con el monstruo, Minos llamó al arquitecto Dédalo para que construyera una cárcel. El arquitecto real edificó un laberinto de tal manera que cualquiera podía entrar en él, pero no salir. La criatura fue introducida en aquella prisión. Cuando sentía hambre, producía unos mugidos espantosos que aterrorizaban a toda la isla. Entonces, lo alimentaban con prisioneros de guerra o condenados.

Minos no cumplió la promesa que hizo a Poseidón. Aquel imponente toro blanco que surgió del mar y gracias al cual fue coronado rey de Creta era un ejemplar demasiado hermoso como para sacrificarlo. Minos era un engreído y un ingrato: no es capaz de dar las gracias. Su ingratitud es duramente castigada por el soberano del mar, que hace que su esposa se enamore del divino astado. El resultado, como hemos visto, tiene forma de monstruo.

Minos creía que se merecía el trono, por eso, creía también que no necesitaba mostrar gratitud de ningún modo. Es ingrato, pero también engreído, porque piensa que lo que recibe es lo que se le debe. Para él, dar las gracias sería una muestra de debilidad, una forma de quitarse méritos. Él no ocupa el trono gracias a un dios, sino gracias a sí mismo, que ha conseguido el beneficio de un dios. Nadie, solo él, merece sacrificios, por eso guarda en sus establos al hermoso toro blanco.

Hay un proverbio chino que aconseja que recordemos la fuente cada vez que bebamos agua. Ese agradecimiento a la fuente que nos da de beber tiene mucho que ver con la memoria, de tal modo que podríamos decir que el desagradecido es un desmemoriado, olvida enseguida a su benefactor. Tal olvido viene motivado por la soberbia de creerse digno de lo que recibe. Ya lo decía don Quijote: «La ingratitud es hija de la soberbia».

Lo que le sucedió a Minos nos suele pasar también a nosotros. Nos cuesta muy poco pedir, pero nos resulta más costoso dar las gracias, tener que admitir que lo que hemos recibido no es del todo nuestro. Minos piensa que el que muestra gratitud reconoce una cierta impotencia, una falta de autosuficiencia, algo que un soberano no está dispuesto a asumir. Prefiere antes arriesgarse a ser el blanco de la cólera de los dioses que admitir su dependencia. Es lo que a la postre le

ocurrió.

Haz una lista con todo lo que has recibido gratuitamente. Después, otra con lo que das, no cosas materiales, sino eso intangible, como cariño, ayuda, escucha, compañía, amor, tiempo... Si consideras que la primera pesa más que la segunda, eres una persona agradecida; si, por el contrario, crees que das más de lo que recibes, corres el riesgo de que te crezcan minotauros.

Marguerite Yourcenar decía que el Minotauro es el monstruo que cada ser humano lleva en su interior. Tú también tienes tus pequeños o grandes minotauros. No sabes cómo han ido creciendo en tu interior, pero ahí están. Son hijos inconscientes de la ingratitud, o mejor, hijos de la ingratitud inconsciente. Porque, sin darte cuenta, los has creado tú, se han gestado mientras te ganaba la partida la soberbia, tan humana y tan poderosa, y ahora reclaman tu atención.

Tus minotauros pueden adoptar formas terribles, como envidia, rencor, codicia, mentira, egoísmo, arrogancia... Te dan miedo, pero no puedes destruirlos, porque los has creado tú. Solo te queda construir un laberinto y encerrarlos allí. La mitoterapia te advierte que, como el de Creta, tus minotauros te van a exigir que los alimentes (¡terrible alimento el que exigía el Minotauro!). Solo te puede salvar de ellos, de su insaciable voracidad, un héroe al que dejes entrar en el laberinto. Lo vemos en el próximo mito.

TESEO Y ARIADNA, LA AYUDA DEL OVILLO

Cuando el joven príncipe Teseo llegó a Atenas tras vencer a Palante, hermano de su padre, el rey Egeo, que intentaba usurparle el trono, se encontró con una extraña comitiva compuesta por siete jóvenes y siete doncellas, vestidos de blanco y descalzos. Todos estaban tristes, sus madres lloraban y maldecían a Minos, soberano de Creta. Teseo no entendía nada, desmontó y se dirigió a uno de los mancebos. Él le explicó que debían embarcar para servir de alimento al monstruo de Creta según un tributo que veintinueve años atrás habían contraído los atenienses con los cretenses. Al oír eso, Teseo se desarmó, tiró el casco y la coraza, se descalzó y ocupó el lugar del adolescente.

El recibimiento en Creta del barco de los atenienses daba lugar a unos grandes festejos. Durante uno de ellos, Ariadna, la hija del rey Minos, se enamoró de Teseo, uno de los jóvenes que iban a ser sacrificados. Desesperada, se dirigió a Dédalo, el arquitecto que había construido el laberinto, suplicándole ayuda. Viendo cuán grande era el amor que mostraba la princesa por aquel extranjero, Dédalo le entregó un ovillo con el que Teseo podría salir del laberinto.

Ariadna se las arregló para entrar por la noche en las mazmorras. Entregó el ovillo a Teseo, le explicó el secreto del laberinto y le confesó su amor. Él, por su parte, le prometió llevársela a Atenas, donde vivirían felices.

Al día siguiente comenzaron los sacrificios. Cada jornada debía entrar al laberinto un joven, alternando varón y hembra. Teseo se las ingenió para ser el primero. El príncipe entró y se aseguró de atar un extremo del ovillo a un saliente de la pared. Caminaba despacio, pendiente del hilo que iba dejando tras de sí. Al cabo de unos minutos, se oyó un rugido terrorífico. El joven se estremeció.

Afuera resonaron gritos y aplausos del público expectante que festejaba el sacrificio. Teseo no sabía qué hacer, solo contaba con sus propias manos para

luchar con el monstruo. De pronto, la bestia apareció frente a él. Al ver su cabeza de toro, comprendió que atacaría bajando la cabeza. Así lo hizo y Teseo reaccionó: de un salto se subió a su lomo, aprovechando el momento justo de la embestida. Con todas las fuerzas que le quedaban golpeó una y otra vez aquella cabeza deforme. El Minotauro mugía de forma ensordecedora hasta que al fin cayó desnucado.

Presintiendo que el animal había acabado con el joven, el público agolpado a la puerta del laberinto comenzó a aplaudir y a gritar. Teseo, por su parte, tras rehacerse de la lucha, tomó el ovillo y desanduvo el camino. Para sorpresa de todos, apareció en el umbral de la puerta y arrebató la espada a uno de los guardias, saltó a la tribuna real y raptó a Ariadna. Amenazando con matarla, exigió que le dejaran volver a Atenas. Minos dio la orden para que soltaran a los prisioneros y la nave ateniense inició su último viaje de regreso. Ya no existía el Minotauro y tampoco el deber de pagar el ignominioso tributo.

Un laberinto tiene un no sé qué de gótico y macabro. En cierto modo, se asemeja a un cementerio. Quizá sea porque quien entra en él no puede ya salir, salvo que contemos con el hijo del rey de Atenas que se sacrifica por nosotros, mata al monstruo que se comía a todos los que accedían al laberinto y logra salir vivo. Además, nos deja la clave para poder escapar: el hilo de Ariadna, hecho, no de lana, sino trenzado por el amor que sentía por el joven príncipe.

¿Interpretatio christiana? Puede ser. En cuanto la mitología es también una religión cabe siempre la interpretación teológica. Lo que ocurre es que en este mito no intervienen los dioses, sino seres humanos que se enfrentan a un ser monstruoso, que expresa la deformación de lo humano, fruto de la ingratitud y de la perversión del deseo. El que viene a salvar a los inocentes que van a ser sacrificados está dispuesto a correr su misma suerte. Es un joven como ellos, todo lo más, el hijo de un rey. No lleva armadura ni armas, solo un fino hilo. No necesita más, a no ser el convencimiento de que del laberinto se puede salir y solo hay una forma de hacerlo: entrando en él.

Teseo no echa cuentas de cómo acabará con el Minotauro y cómo saldrá del laberinto (si las hubiera echado, no habría emprendido el viaje). Simplemente, actuó con el corazón. Comprendió que aquel sacrificio de inocentes era una injusticia y que no podía quedarse sin hacer nada. Sin sopesar riesgos, se

arriesgó. Tomó la iniciativa, se puso manos a la obra y, después, solo después, pensó qué podía hacer. Al final, se aferró a una vaga esperanza y dejó su misión pendiente de un hilo.

Nosotros, en cambio, solemos hacer justamente lo contrario: no actuamos hasta estar seguros de que tenemos garantías de éxito. Y, por eso, solemos pecar de omisión. Y, por eso, nuestros minotauros vagan a sus anchas por el laberinto que les hemos edificado.

Para acabar con tus minotauros necesitas ayuda. Tú solo, tú sola, no puedes contra ellos, ni siquiera puedes entrar en el laberinto, aunque lo hayas creado tú. Precisas de un joven valeroso, como Teseo, que pueda entrar y vencerlos. Pero Teseo requiere a su vez de la ayuda de Ariadna para poder salir, y Ariadna, de la de Dédalo, y Dédalo de quien le enseñara el arte de la arquitectura, etc.

Pensarás que a tus monstruos los tienes que doblegar tú, y es verdad, pero no escatimes la ayuda de los demás, de profesionales, de tu pareja, tus padres, tus hijos, tus amigos, incluso de la fe que profeses; no seas arrogante, no quieras pasarte de valiente, que el Minotauro, como se dice en el argot de la tauromaquia, está muy bien armado.

DÉDALO E ÍCARO, SALIR DEL LABERINTO

El ateniense Dédalo, hijo de Eupálamo y Alcipe, era un gran artista e inventor. Fue autor de importantes obras, como las estatuas animadas en el periodo arcaico. Dédalo tenía un taller en Atenas y junto a él trabajaba de aprendiz un sobrino suyo, hijo de su hermana Pérnix, llamado Talo. Este joven disponía de muy buenas aptitudes, era muy observador e ingenioso. Un día, tomando como ejemplo la mandíbula de una serpiente, se le ocurrió fabricar la primera sierra que se conoce. Dédalo sintió envidia de su sobrino y lo precipitó desde lo alto de la Acrópolis, con el fin de adjudicarse a sí mismo el invento. Pero su crimen fue descubierto y tuvo que huir a Creta, donde fue acogido en la corte del rey Minos.

Dédalo era el arquitecto real de Creta, a quien Minos encargó construir una cárcel para el Minotauro. Dédalo ideó el famoso laberinto y se quedó a vivir en la corte. Allí se enamoró de una esclava llamada Náucrate, con la que tuvo a Ícaro. La vida de Dédalo y su hijo era feliz, hasta que llegó Teseo. Ariadna, la hija del rey, se enamoró del joven que iba a ser sacrificado al Minotauro y pidió ayuda a Dédalo.

Entonces, el arquitecto, única persona que sabía cómo salir del laberinto, le entregó un ovillo con el que pudo salvarse Teseo. Cuando Minos descubrió la traición, entró en cólera y llamó a su presencia a Dédalo y a su hijo: —¡Has traído —gritó— la desgracia a Creta! ¡Viniste huyendo de Atenas y ahora favoreces a los atenienses, que han matado a mi hijo y raptado a mi hija! ¡Reo eres de morir en la cárcel que tú mismo ideaste!

Y ordenó:

—¡Que padre e hijo entren en el laberinto, sin planos, ni armas, ni comida, ni un hilo más largo que sus cabellos! ¡Que muera el hijo por causa de su padre y el padre en su propia cárcel!

Y así fue como Dédalo quedó preso, junto a su hijo Ícaro, en su propia construcción.

Dédalo sabía que no había manera de escapar de allí, que de nada servía recorrer los pasadizos ni intentar trepar por las paredes. El laberinto era una prisión perfecta. Minos le había arrebatado los planos de su construcción y las herramientas, pero no le había podido quitar el ingenio. Gracias él se le ocurrió fabricar dos pares de alas con plumas de las aves que habían caído accidentalmente en el laberinto, y las enganchó en sus brazos y en los de su hijo con la cera de varios enjambres que encontró adheridos a las paredes. De esta forma, Dédalo e Ícaro pudieron salir volando.

Mientras ascendían, el padre avisaba al hijo del peligro que suponía volar demasiado alto. Pero Ícaro no hizo caso de los consejos de su padre y quiso llegar hasta el sol. Conforme se acercaba al astro rey, el calor aumentaba, hasta que derritió la cera. El joven perdió las alas y se precipitó al mar, llamado desde entonces mar de Icaria.

Según Umberto Eco existen tres tipos de construcciones laberínticas. El laberinto de Creta es el clásico, unidireccional, es decir, que una vez que se entra en él se alcanza necesariamente el centro y a partir del centro se llega forzosamente a la salida. Si se pudiera desenredar, el laberinto quedaría convertido en una línea, como el hilo de Ariadna. El hilo es, pues, el medio extraño al laberinto que nos permite salir de él, porque, en realidad, dice Eco, no es sino el laberinto mismo.

El segundo tipo es el llamado manierista o irrweg. Este laberinto presenta recorridos alternativos que desembocan en un punto muerto, con excepción de uno que lleva a la salida. Si se despliega, adopta la forma de un árbol. Mediante ensayo y error, el prisionero puede volver sobre sus propios pasos e ir aprendiendo qué camino lleva a la salida.

El tercer tipo de laberinto es una red, como Internet, en la que cualquier punto puede ser conectado con cualquier otro. Este modelo no puede ser desenredado, no tiene un inicio ni un centro, es tridimensional e ilimitado, pues puede expansionarse indefinidamente y se reestructura a cada momento. El que viaja por este laberinto ha de aprender a corregir constantemente la idea que se forma

de él, pues siempre está modificándose. En la red no hay un exterior y un interior, por eso no nos sirve ni el hilo de Ariadna ni las alas de Dédalo (cfr. Umberto Eco, «El antiporfirio», en *El pensamiento débil*).

Vivir se parece a estar inmerso en este tercer tipo de laberinto. Todas tus decisiones influyen sobre otras que también han influido sobre las que tomas, y eso hace que tengas que cambiar continuamente de estrategia. Pasado, presente y futuro están interconectados: seguramente no hubieras hecho hoy lo que has hecho si en el pasado hubieras decidido hacer otra cosa que influirá seguramente en el futuro. Esta red de decisiones que vas tomando conforma tu vida y de ella no puedes salir, so pena de perderla.

En las intersecciones de esa gran red, se irán formando laberintos del segundo y del primer tipo, problemas y embrollos de los que tendrás que salir o a la manera de Teseo o a la de Dédalo e Ícaro. Si has tomado la precaución de llevar siempre el hilo de Ariadna, tendrás que ir desenredando con paciencia esos nudos cotidianos, grandes o pequeños, sencillos o enmarañados, que se van liando no sabes cómo. Así podrás salir del laberinto.

Otras veces, tendrás que optar por salir volando, como hicieron Dédalo e Ícaro. Desde arriba verás la estructura del laberinto y entenderás mejor lo que ocurre. Se trata de tomar altura, de elevarte por encima de las contrariedades o circunstancias que te agobian. La mitoterapia te sugiere que intentes solucionar los problemas por elevación, poniéndote alas. Así, por ejemplo, si alguien no te saluda, en vez de retirarle el saludo, sé más amable con él. Sentirás la volada.

ATE, LAS TRAMPAS DEL ERROR

El mito cuenta que Ate, la diosa del error, se encontraba junto a Zeus el día que iba a nacer Hércules y que fue ella quien hizo que el padre de los hombres y de los dioses proclamara que el niño que estaba a punto de venir al mundo iba a reinar sobre Micenas.

—Escuchad —dijo Zeus con solemnidad—, dioses y diosas del Olimpo, lo que os tengo que decir: hoy mi hija Ilitía, que preside los nacimientos y asiste a las parturientas, hará que vea la luz un niño, sangre de mi sangre, destinado a reinar en Micenas.

Al oír la confesión de su marido, la divina Hera se sintió una vez más ofendida. Observando que cerca de Zeus se hallaba Ate, y que eso le podría llevar a cometer un error, repuso:

—Mentirás, esposo mío, pues no podrás mantener todo esto que acabas de decir. Si tan seguro estás, jura solemnemente ante todos los dioses del Olimpo que el niño que hoy nacerá será rey de Micenas.

Sin darse cuenta, Zeus miró a Ate y después sonrió a su esposa. Se puso en pie, pidió a Iris que le trajera un vaso de oro con agua de la laguna Estigia, sobre la que tenían por costumbre jurar los dioses, y pronunció el juramento: —¡Juro por el agua sagrada de Estigia que el primer humano que nazca hoy en Micenas será su rey! —y bebió del vaso de oro.

Tras oír estas palabras, Hera salió del Olimpo y fue a ver a su hija Ilitía para pedirle que adelantara el alumbramiento de Euristeo y retrasara el de Hércules. La diosa de los partos se apostó en el umbral de la puerta de Alcmena evitando así que el hijo de Zeus naciera antes que su primo.

Así fue como Euristeo llegó a gobernar Micenas sin poder impedirlo ni el propio

Zeus, pues, él fue quien nació primero. Cuando el dios se dio cuenta de su error, montó en cólera, buscó a Ate y, agarrándola por las trenzas brillantes, la arrojó a la tierra, prohibiéndole volver jamás a pisar el Olimpo.

Ate cayó en Frigia, sobre una colina que se llamó, desde entonces, la colina del Error, donde Ilo construyó la ciudad de Ilión (Troya). Como tenía prohibida la entrada en el Olimpo, la desdichada diosa se dedicó a vagar por el mundo. Su orgullo le hizo negarse a pisar la tierra. Para evitar posar sus divinos pies en el suelo, va saltando de cabeza en cabeza de los humanos. Por eso, cada vez que nos equivocamos o nos olvidamos de algo, la culpa es de Ate, que por un instante se ha posado sobre nuestra cabeza.

El que tiene boca se equivoca. Zeus confirmó el dicho. Si no hubiera hablado, con toda seguridad su deseo se habría cumplido, pues cumplidos estaban los días del parto de su hijo Hércules. Pero Ate hizo que cometiera el error de verbalizar su pensamiento. Fue cuando Hera intervino en su contra y, como se suele decir, el padre de los dioses se tuvo que comer sus propias palabras. Pues, también la mitología lo sabe, somos dueños de nuestro silencio y esclavos de nuestras palabras.

Los animales no se equivocan, no yerran, no tienen lapsus, olvidos, descuidos, deslices, pifias, desatinos, no cometen gazapos, no meten la pata, porque el error tiene que ver con eso, con las palabras, y los animales no hablan, solo siguen su instinto (salvo el caso de la paloma que se equivocó y se equivocaba en los versos de Rafael Alberti). Por eso, nos equivocamos cuando pensamos que es lo que no es y que no es lo que es, por usar la fórmula de Aristóteles. La realidad no yerra, es dura como el hierro, no maleable, pero nuestros pensamientos están tan endurecidos por nuestros deseos que nos permiten tallar la realidad a nuestro antojo.

Errare humanum est, decían los romanos. No hay ser humano que no se equivoque, ni error que no sea humano. Un fallo técnico, una catástrofe natural, un accidente, no son propiamente errores a no ser que intervenga en ellos de alguna manera el ser humano. La técnica, la naturaleza, la realidad nunca tienen la culpa, somos nosotros los que nos equivocamos, solo que buscamos exonerarnos echando mano de esa diosa de pies ligeros que va de cabeza en cabeza por no pisar el suelo. Erro, ergo humanus sum: me equivoco, luego soy

humano.

Si por la noche anotas todos los lapsus, equívocos, traspies, distracciones, desatinos, erratas... que has cometido durante el día, seguro que te equivocarías y dejarías de consignar algún olvido del que ya te has olvidado. Eso significa que eres una persona de carne y hueso, no una IA, una Inteligencia Artificial. ¡Enhorabuena!

La mitología echa la culpa a Ate. Es decir, tus errores no son propiamente tuyos, sino que son debidos a que la diosa se ha posado imperceptiblemente en tu cabeza, justo de donde salen todas tus equivocaciones. Es verdad que muchas veces la culpa se la echarás a la odiosa diosa del error, pero otras, casi todas, la única responsabilidad de tus meteduras de pata recaerá sobre ti, porque habrás tropezado en una de estas seis trampas de las que habla Carlos Llano. Te habrás podido dejar llevar por los prejuicios o por la inercia de lo que siempre ha sido así; habrás intentado ocultar los errores pasados y, además, los habrás querido ratificar (en vez de rectificar); también te habrás podido la cautela y no habrás buscado soluciones creativas, y, por último, habrás, sin duda, tomado como seguras predicciones que son simplemente imprevisibles (C. Llano, Etiología del error).

La mitoterapia no te exculpa de toda responsabilidad; al contrario, te invita a que te pares a distinguir cuándo ha sido Ate la que te ha hecho equivocarte y cuándo has caído en una de esas trampas que tú te has puesto. Reconocer los errores propios es el primer paso para no volver a cometerlos.

MISS OLIMPO, EL FRUTO DE LA DISCORDIA

Durante las divinas nupcias entre Tetis y Peleo, en mitad del banquete, se presentó la diosa Éride, la Discordia, y arrojando una manzana de oro sobre la mesa, dijo:

—¡Este regalo para la diosa más bella!

Y desapareció. Todos quedaron enmudecidos, excepto Afrodita, Atenea y Hera, que comenzaron a discutir sobre quién debía quedarse con el preciado obsequio. Para que la disputa no llegara a mayores, tuvo que intervenir Zeus, quien encargó a Hermes que llevara la manzana dorada a Alejandro y que este decidiera a qué diosa entregársela.

Así es cómo en el monte Ida, cerca de Troya, tuvo lugar el primer concurso de belleza. A tal certamen se presentaron Hera, la primera dama del Olimpo; Atenea, la diosa de la sabiduría; y Afrodita, la diosa del amor. El jurado estaba compuesto por un solo hombre: el joven Alejandro, que vivía como pastor ajeno a su principesco origen.

Rubens recoge a la perfección el cuadro, el momento justo en que las tres diosas se muestran con toda su belleza (según el canon de la época, claro está) y Hermes sostiene en su mano el preciado fruto. El pastor, pensativo, descansado en su cayado, la mano en la barbilla y la mirada absorta ante el indescriptible panorama. En primer término, se muestra Atenea. Sus armas yacen sobre el suelo. El yelmo y el escudo, que muestra al enemigo la horrorosa cabeza de Medusa, de nada sirven en esta inédita batalla. Por eso, se desnuda con toda la delicadeza que le otorga su feminidad. La sombría lechuza que asoma a sus pies parece no entender nada. En el extremo, la pudorosa Hera quiere mostrar su beldad, pero no se atreve a dar la cara. Se cubre con recato, quiere, pero no consigue siquiera insinuar. Un pavo real, atributo de la diosa, parece recordarle al oído su condición de cónyuge del rey del Olimpo. Quiere ser la más hermosa,

pero debe seguir siendo la esposa fiel. Esta situación ambigua la deja casi fuera del cuadro. En el centro aparece Afrodita con todo su esplendor iluminando la escena. Deja caer su manto con la gracia de la inocencia, mostrando que no quiere seducir, sino, más bien, ser seducida. El niño-dios del amor se abraza a su pierna y pisa deliberadamente a la diosa para que admiremos el hermoso pie griego. Al fondo, las ovejas pacen ajenas a todo sin poder imaginar que quien las cuidaba hasta ahora era el príncipe Paris de Troya. Alejandro sigue admirado y perplejo, meditativo y asustado, todavía no ha emitido su juicio, pero ya Afrodita está siendo coronada. Sus miradas se cruzan. La diosa deja escapar una leve sonrisa. ¿Qué le habrá prometido al joven pastor?

Cada una de las diosas intentó persuadirlo a su manera. Hera le brindó el gobierno de toda Asia. Por su parte, Atenea le prometió su ayuda y protección para que siempre saliese vencedor en la batalla. Pero el regalo que más sedujo al joven Alejandro fue el que le ofreció Afrodita: el amor de Helena de Esparta, la mujer más hermosa de la tierra. Sabemos por la mitología, que no por la pintura de Rubens, que Alejandro pronunció su veredicto y Afrodita se convirtió en Miss Olimpo.

La Discordia se suele colar en nuestra vida de una manera mucho menos pomposa que como lo hizo en el Olimpo. No le hace falta arrojar ninguna manzana de oro; le basta con provocar un mal entendido, una situación que incite a la envidia, un comentario inoportuno, una opinión discrepante; le basta con hacer saltar una chispa y nosotros, si le seguimos el juego, nos encargamos de avivarla hasta convertirla en llamarada o, incluso, provocar un gran incendio. Los efectos de la Discordia son imprevisibles: pueden quedarse en nada o provocar una guerra como la de Troya. En el fondo, es una diosa menor, no tiene ninguna potestad, necesita de nuestra colaboración. Ella siembra la discordia en nuestros corazones. ¿Cómo? Simplemente, separándolos (eso es lo que significa literalmente dis-cordia). Lo demás lo hacemos nosotros. En nuestro poder está reunir los corazones, lo que se llama concordia (literalmente, unir corazones) y hacer que la diosa fracase. Si, en cambio, regamos y abonamos lo que ella ha sembrado, estamos perdidos.

El primer retoño de la discordia suele ser la duda. De hecho, es lo que brota en el monte Ida cuando el pastor Alejandro recibe la divina encomienda de entregar la manzana de oro. Rubens ha captado la instantánea de ese momento: en el óleo la

decisión queda indefinidamente postergada, mientras se eterniza la deliberación. El pintor flamenco immortaliza el mítico «juicio de Paris», pero también el estado subjetivo adecuado para captar la belleza. Ante ella, quedamos, como el joven pastor, aturcidos, no sabemos cómo reaccionar, somos incapaces de decidir, estamos como fuera de nosotros mismos, sumidos en un éxtasis que paraliza la voluntad. La misma contemplación de la belleza no nos permite juzgar. O lo que es lo mismo, el juicio sobre la belleza se convierte en un concurso, donde entran en juego otros elementos: los dones que las tres hermosas diosas ofrecen a Paris. Todo concurso provoca discordia.

Seguro que alguna vez te has sentido presa de la discordia. Si Éride fue capaz de enfrentar entre sí a tres diosas olímpicas, qué no hará con los mortales. Seguro que muchas veces te habrás encontrado en una situación similar a la que se produce en el monte Ida: te habrá paralizado la duda. Cuando tengas que afrontar algún dilema (o trilema, como en el mito), piensa en Paris. Él rechazó el gobierno de toda Asia, así como la prerrogativa de ser invencible en la batalla, y, al final, se decidió por el amor. ¿Por qué? Porque, a diferencia de los presentes de Hera y Atenea, el amor de la mujer más bella, que le ofrecía Afrodita, era mucho más que un regalo: dependía de él ser un buen amante. El amor, ya lo hemos dicho al principio, te hace mejor persona, te hace esforzarte por estar a la altura de lo que amas.

PARIS, EL NIÑO MIMADO DE LOS DIOSES

Príamo, rey de Troya, la ciudad más próspera de la costa de Asia Menor, estaba felizmente casado con Hécuba, quien, según Eurípides, le habría dado cincuenta hijos. Su dicha se apagó cuando su mujer, que estaba encinta de su segundo hijo (el primogénito era Héctor), soñó que daría a luz una antorcha que prendería fuego a Troya y traería la perdición de todos. Así lo confirmaron los augures.

Cuando nació Paris, en vez de darle muerte para que no se cumpliera el presagio, la madre lo entregó, a espaldas de su marido, a unos pastores que vivían en el monte Ida. Ellos lo criaron y le pusieron por nombre Alejandro («el hombre protegido»). Allí vivió el príncipe Paris convertido en simple pastor e ignorando su verdadero origen. Cada año el rey Príamo celebraba unos juegos fúnebres en honor a su hijo, al que creía muerto.

Tras haberle revelado Afrodita su regio linaje, Paris acudió a los juegos en su honor para reclamar un toro de su rebaño. Su requerimiento fue tomado a chanza por los que él no sabía que eran sus hermanos y lo invitaron a luchar. Demostrando su noble origen los venció a todos; sin embargo, Deífobo (el que espanta al enemigo) quiso matarlo. Pero su hermana Casandra, sacerdotisa de Apolo, lo reconoció y Príamo lo acogió feliz.

Paris pasó a formar parte de la familia real. Al cabo de un tiempo, se encendió la chispa que Afrodita había introducido en su corazón y sintió deseos de conocer a Helena. Ocurrió que Eneas, casado con su hermana Creusa, preparaba un viaje a Esparta con el fin de establecer vínculos con Menelao, uno de los reyes más poderosos de Grecia y esposo de Helena. Paris pidió permiso para acompañar a Eneas y, a pesar de que su hermano Héleno advirtió a su padre de que no era una buena idea, el príncipe se embarcó.

Los troyanos fueron bien recibidos en el Peloponeso por Menelao y los Dioscuros, los hermanos de Helena. En cuanto vio a la reina, Paris quedó

prendado de su belleza y, aprovechando que Menelao tuvo que ausentarse y ayudado por Afrodita, la sedujo y se la llevó a Troya burlando a los Dioscuros.

Cuando Menelao regresó a Esparta y se enteró de lo ocurrido, fue a pedir ayuda a su hermano Agamenón y los demás reyes de Grecia. Todos ellos, que en su momento habían pretendido la mano de Helena, habían jurado auxiliar al esposo que ella eligiera en cualquier situación adversa. Es así como se inició la guerra de Troya.

Durante esta guerra murió Paris, no sin antes él, ayudado esta vez por Apolo, haber dado muerte al héroe griego Aquiles asestándole un flechazo en el talón, su único punto vulnerable. Como quien a hierro mata a hierro muere, Paris fue gravemente herido en la ingle por una saeta envenenada disparada por Filoctetes. El moribundo príncipe hizo llamar a Enone, la ninfa a la que había amado en su juventud, quien le había prometido curarlo cuando cayera herido. En un primer momento, ella se negó a asistirle, pero, al cabo de un tiempo, apareció en Troya, más Paris ya había fallecido.

La chispa que saltó del Olimpo se convirtió en antorcha que incendió la ciudad más populosa y rica del mundo. Paris no fue sino el títere del destino y, junto a él, todos los reyes y héroes griegos y troyanos, que se fueron pasando la llama como si del traslado de la antorcha olímpica se tratase. El fuego llegó a los lugares más recónditos del orbe, encendió nefastos sentimientos, inflamó envidias y caldeó la venganza; llevó Ulises a errar por los mares y a Eneas a buscar una nueva patria.

La *Iliada*, donde se narra la guerra de Troya, nos presenta a Paris como un antihéroe; por lo menos, muy diferente a los otros guerreros, como Aquiles, Agamenón, Ulises, Ayax, Menelao, Néstor, Diomedes, en la parte griega, o Héctor, Eneas, Sarpedón, Glauco, Forcis, Polidamante, en la troyana. Cuando se inició la guerra, ambos bandos propusieron un duelo entre Paris y Menelao, pues si la causa de la contienda había sido el rapto de Helena, lo lógico era que se enfrentasen el marido y el amante-raptor. Pero en aquel lance Paris fue protegido por Afrodita, que lo envolvió en una nube, y salió ileso. El hijo de Príamo representa una versión del varón, de una mayor sensibilidad y delicadeza, que no encajaba en el canon de masculinidad de la época.

Paris es el «niño mimado» de los dioses. En todos los acontecimientos de su vida interviene una divinidad que lo ayuda, como si él no fuera capaz de realizar ninguna hazaña por sí mismo. Por eso, a ojos del lector, el joven pastor nunca deja de ser un niño mimado ni alcanza la madurez de los demás héroes.

La mitoterapia lo tiene claro: mimar en demasía a alguien, aunque parezca lo contrario, no es positivo. No obstante, a todos nos gusta que nos mimen. Te puede parecer que quieres más a una persona si la mimas, es decir, si la proteges o regalas en exceso; sin embargo, también el exceso adultera el amor. Si sobreproteges a tus seres queridos les estarás dando, sin darte cuenta, una falsa seguridad, probablemente los estés ahogando con tus sobradas atenciones y no les permitas ser lo que son. Si alguna vez has sentido el agobio de un trato desmesuradamente condescendiente, sabrás a qué me refiero. En el caso de los hijos, esa sobreprotección no les deja madurar, los convierte, como a Paris, en niños mimados incapaces de volar por sí mismos.

Amar es fácil, podríamos decir parafraseando a Aristóteles, pero amar a la persona adecuada, en el grado exacto, en el momento oportuno, con el propósito justo y del modo correcto, eso no es tan fácil. El amor es un sentimiento, por lo que no puedes decidir si sentirlo o no, pero sí puedes cuidarlo, domesticarlo, amoldarlo siempre para bien de la persona a la que amas. Es decir, a amar también se aprende y, en ese sentido, más que un afecto, es una decisión, la decisión más decisiva que puedes tomar.

HELENA, CASUS BELLI

Leda, hija del rey de Etolia, Testio, estaba casada con Tindáreo, pero Zeus se enamoró de ella. Para esquivar al dios se transformó en oca, sin pensar que el rey del Olimpo podía también metamorfosearse. Así lo hizo, y convertido en cisne, se unió con la oca, y Leda quedó encinta. Al cabo del tiempo, puso un huevo del que nació Helena y sus hermanos, los gemelos Dioscuros.

La joven era de tal belleza que pronto se hizo famosa su beldad por toda Grecia y tuvo hasta noventa y nueve pretendientes, todos ellos reyes y príncipes de las distintas ciudades griegas. Ante el número y categoría de los postulantes, su padre mortal, Tindáreo, temió que, si se la entregara a uno de ellos, los restantes quedarían descontentos. Así que, para evitar una posible guerra, hizo caso del consejo de Ulises que le proponía que todos los pretendientes se comprometieran bajo juramento a acatar la decisión de Helena y asimismo a unirse para auxiliar en cualquier adversidad al esposo que ella eligiera.

Helena eligió a Menelao, rey de los espartanos. Tras las bodas, celebradas con gran pompa, los esposos se instalaron en la corte de Esparta. Allí vivieron felices hasta que un buen día llegó una comitiva real de la lejana Troya. La comitiva estaba presidida por el príncipe Paris, quien venía con la intención de seducir a Helena y llevársela a su tierra. Y así lo hizo.

Cuando su esposo Menelao se enteró de la afrenta, pidió ayuda a su hermano Agamenón, quien reunió a todos los reyes griegos que habían hecho el solemne juramento. Entre todos decidieron formar un gran ejército para asediar Troya y rescatar a Helena.

Durante los diez años que duró la guerra, Helena se mantuvo al lado de Paris. A veces, se asomaba a la muralla e indicaba a los guerreros troyanos quiénes eran los principales caudillos griegos. Durante la última noche de la guerra, cuando los habitantes de Troya aceptaron el caballo de madera como regalo de los

griegos, Helena adivinó que su vientre escondía a los principales líderes helenos. Entonces comenzó a imitar las voces de sus esposas enterneciendo el corazón de los guerreros. La última estrategia del ejército aliado se salvó gracias al astuto Ulises, que adivinó que era Helena quien producía las voces.

Aquella noche los griegos arrasaron Troya. Menelao llegó hasta los aposentos reales donde se encontró cara a cara con su legítima esposa. Con la espada en alto se decidió a acabar con su vida, pero ella le mostró su pecho y, ante tan extraordinaria belleza, la perdonó y regresó con ella a Esparta.

Muchos son los finales de este relato que ha escrito la mitología. Algunos la sitúan reconvertida en fiel esposa de Menelao, otros la imaginan desterrada por sus propios hijos tras la muerte de su marido, otras versiones nos hablan de su muerte mientras regresaba de Troya. Sea como fuere, la mitología convirtió a Helena en la mujer más bella del mundo.

En eso no está de acuerdo don Quijote. Para el enamorado caballero de La Mancha, Helena era hermosa, muy hermosa, pero lo era más por su fama de ser causa de la guerra entre griegos y troyanos. La imponente contienda convirtió la belleza de la argiva en leyenda; sin embargo, cree que, si él hubiese estado allí, sus ínclitas hazañas hubieran enturbiado las de los héroes griegos y, como consecuencia, hubiera menguado la fama de Helena en favor de la de Dulcinea y hubiera adquirido la de El Toboso fama de más hermosa que la de Troya (cfr. Don Quijote, I, 21).

Un argumento semejante encontramos en las Historias de almanaque de Bertolt Brecht. Ante la extraordinaria belleza de una actriz, el acompañante del señor K. comenta que «ha tenido éxito gracias a su belleza», pero el señor K. no está en absoluto de acuerdo y replica: «Es hermosa gracias a que ha tenido éxito». Es decir, lo mismo que piensa don Quijote: que la beldad de Helena se debe sobre todo a su fama.

Existe una versión del mito que exonera a Helena de ser *casus belli*. Cuenta que Hera, envidiosa por no haber sido elegida por Paris en el juicio del monte Ida, construyó de una nube una réplica de Helena (una suerte de avatar) y se la entregó al joven príncipe, quien cayó en el engaño y, cuando hicieron escala en Egipto, dejó allí a la verdadera. Llegó a Troya con la falsificación. De este modo,

la guerra habría sido causada, no por la belleza de una mujer, sino por un fantasma. Ese fantasma es la irracionalidad de los hombres que no son capaces de solucionar un conflicto sin tomar las armas.

Cada cual libra sus propias batallas. Tú tendrás las tuyas, unas de mayor magnitud que otras; unas tendrán que ver con la salud, otras con el trabajo o tus relaciones sociales y familiares, muchas las librarás contra ese enemigo invisible que eres tú, unas conformarán una guerra total, otras serán simples escaramuzas que te irán desgastando si no pactas una tregua o logras la victoria, que a la postre, conforma tu paz interior. Contra tus batallas no existe una única táctica, a cada una te tienes que enfrentar de manera diferente: unas veces habrás de exhibir calma, otras tendrás que contraatacar, en ocasiones te convendrá permanecer en la trinchera y quizá, cuando el enemigo venga bien armado, una retirada a tiempo puede ser lo más prudente.

La mitoterapia no te brinda ninguna táctica concreta, pero sí te ofrece una estrategia común para ganar la guerra. Todo conflicto personal, esos que te quitan la paz, son guerras civiles, luchas intestinas, que, aunque parece que te ponen contra otros, en el fondo combates contra tu ego. La mitología lo presenta causado por una mujer hecha de vapor de agua, como una nube, que obnubila tu mente, tus sentidos y tu corazón, que en el fragor de la batalla no te permite ver al verdadero enemigo. Tu propio yo suele ser el auténtico casus belli.

IFIGENIA, EL VALOR DEL SACRIFICIO

La vida en Micenas, donde vivía el rey Agamenón, era tranquila y feliz, hasta que un día se presentó su hermano Menelao clamando ayuda: el príncipe de Troya, Paris, había raptado a su esposa Helena. Rápidamente, el rey convocó a todos los caudillos griegos que, años atrás, habían hecho la promesa de vengar cualquier agravio cometido contra Helena o su esposo. Se despidió de su esposa Clitemestra, hermana de Helena, de su hijo Orestes y de sus amadas hijas: Crisóstemis, Laódice, Ifinasa, Electra e Ifigenia, y se reunió con todos los convocados en Áulide.

Allí, los caudillos griegos acordaron la estrategia y esperaron vientos favorables. Pero pasaba el tiempo y el mar permanecía en continua bonanza. Así estuvieron varios días hasta que pidieron consejo al adivino Calcante, quien manifestó que la diosa Artemisa no permitía que partiera la flota griega, porque había sido ofendida por Agamenón. Parece ser que la cólera de la diosa era debida a la desconsideración con la que había sido tratada por el rey de Micenas cuando este cazó una cierva y se jactó de que ni la misma Artemisa sería capaz de hacerlo mejor, o cuando prometió ofrendarle el producto más bello del año en que naciera Ifigenia y no le ofrendó a su propia hija, que era la única inmolación que le hubiese agradado. Agamenón preguntó a Calcante:

—¿Y qué sacrificio exige la diosa para restituir la ofensa?

El adivino, con gran pesar y vehemencia a la vez, dijo:

—Si el rey Agamenón no inmola su propia hija Ifigenia a Artemisa, la diosa no permitirá que la flota griega se embarque hacia Troya.

Agamenón se negó rotundamente: ¡no podía sacrificar a su amada hija por nada del mundo! Pero miles de soldados venidos de toda Grecia dependían de él, la mayor empresa bélica de todos los tiempos estaba en sus manos. Al fin, el rey,

muy a su pesar, mandó que trajeran a Ifigenia con la excusa de casarla con Aquiles.

Un atardecer gris sin brisa, como todos los atardeceres de las últimas semanas, se preparó la ceremonia en el templo de Artemisa. Ifigenia iba vestida de blanco, con la cara cubierta por un velo rojo y acompañada por siete doncellas. En el altar del templo se encontraron padre e hija. Se miraron. Él tenía los ojos arrasados por la tristeza, ella parecía una novia. El silencio era total. Agamenón miró al verdugo e hizo una pequeña reverencia.

El verdugo desenvainó la espada y se colocó delante de Ifigenia. En aquel momento, cuando la tensión era máxima y el silencio ensordecedor, una cierva entró en el templo y se posó a los pies de la estatua de la diosa. El sacerdote hizo detener la ceremonia porque interpretó que era una señal divina para que fuera inmolada la cierva en el lugar de Ifigenia. Al punto, el verdugo atravesó con su espada la yugular del manso animal y corrió la sangre por el suelo, al mismo tiempo que comenzó a soplar el viento y a oírse por primera vez en muchos días el oleaje del mar.

Los dioses exigían sacrificios. Y nosotros entendimos que lo que querían era una doncella inocente, como Ifigenia (y tantas otras), obligada a morir por el bien común, o como Macaria, hija de Heracles, que se ofreció voluntaria para ser ofrendada en favor de su padre, o la hija del juez bíblico Jefté, el cual, tras haber vencido a los amonitas, prometió ofrecer a Yahvé lo primero que saliera de su casa; al acercarse vio salir a su hija, todavía una niña, a su encuentro: fue una víctima casual (Jueces 11:30-40).

Los dioses exigían sacrificios. Pero no buscaban, como interpretamos los humanos, incensarse con el aroma de la grasa ardiendo, sino conseguir que nos colocáramos en un ámbito superior, el de lo sagrado, para que nos eleváramos. Este es el origen etimológico de la palabra: sacrificar significa «hacer sagrado». Los sacrificios nos hacen reconocer lo sagrado, pues lo sagrado no se conoce (como se conoce lo natural), sino que se reconoce; no es objeto de conocimiento, sino de reconocimiento.

Hay personas, mejor dicho, hay formas de pensar y de vivir, que hacen imposible reconocer lo sagrado. George Steiner, al que ya hemos hecho referencia más

arriba, describía nuestra época como la era de la irreverencia: «La admiración, y mucho más la veneración —escribe—, se ha quedado anticuada. Somos adictos a la envidia, a la denigración, a la nivelación por abajo. Por eso, nuestros ídolos tienen que exhibir cabeza de barro». Por soberbia o simple estupidez, nos negamos a doblar la rodilla, a admitir que existe algo que nos supera y no podemos controlar.

No es cosa de tiempos pasados; los dioses te siguen exigiendo sacrificios. Y lo hacen porque son conscientes del valor que tiene para ti la renuncia. Pues, cuando te sacrificas por algo o por alguien, renuncias a algo o a alguien (no a una hija o a un ser querido, sino a ti o, mejor dicho, a una parte de ti). Y eso te hace ordenar tus valores y preferencias, ya que no se trata de renunciar a una cosa mala, sino a algo bueno para ti por algo mejor, un quid pro quo, donde el quo, aun siendo un bien, lo sitúas por debajo del quid. Las pequeñas o grandes renunciaciones te hacen ver todo desde una perspectiva más elevada, desde donde se reconoce que ha valido la pena.

En matemáticas, el orden de los factores no altera el producto; en la vida, sí. No es lo mismo ir al gimnasio y después atender a un amigo que lo está pasando mal, que al revés. La abstracción matemática no cuenta con el tiempo; la concreción vital, sí. Por eso, aunque te resulte incómodo, inoportuno, doloroso, cruel, el sacrificio te da la oportunidad de alterar el producto. Dejas de hacer cosas que son buenas para ti, para hacer cosas buenas por los demás; y eso te hace mejor persona.

AQUILES, LA PRIMERA RABIETA

Aquiles, el de los pies ligeros, fue el séptimo hijo de la diosa Tetis y el héroe Peleo, rey de Ptía y descendiente de Zeus. Los hijos de este matrimonio mixto no podían alcanzar la inmortalidad, dado que Peleo era de condición mortal. Por esta razón, Tetis exponía a sus hijos recién nacidos al fuego con el fin de eliminar sus impurezas mortales, pero los pequeños morían. Cuando nació su séptimo hijo utilizó otro método: descendió a los infiernos y sumergió a su vástago en las aguas de la laguna Estigia. De este modo, Aquiles adquirió un cuerpo invulnerable; solo tenía un punto mortal, el talón, la única parte de su cuerpo que no se sumergió.

Cuando Agamenón solicitó la ayuda de todos los reyes griegos para marchar contra Troya, no se olvidó de Aquiles, pues el adivino Calcante había revelado que sin su ayuda no ganarían la guerra.

Una versión posterior a Homero cuenta que un oráculo había advertido a los padres de Aquiles que su hijo moriría en Troya. Para evitarlo, lo vistieron de niña y lo ocultaron junto a las hijas del rey Licomedes de Esciro. Allí se presentó Ulises disfrazado de mercader y ofreció a las doncellas muchos obsequios, entre los que se hallaba una espada. Una de las niñas, llamada Pirra (rubia), tomó sin dudar la espada. El astuto Ulises supo que se trataba del hijo de Peleo.

En fin, Aquiles no pudo (o no quiso) eludir la guerra. Pidió consejo a su madre y ella le dijo que si se quedaba en Tesalia le esperaba una larga vida, pero vacía de honores; en cambio, si iba a Troya, alcanzaría la gloria, pero a costa de una vida breve. Aquiles no dudó un momento y partió con cincuenta naves al mando de los llamados mirmidones («hormigas»). Su madre le entregó una armadura, fabricada por el dios Hefesto, que le haría invencible.

Tal y como nos cuenta Homero al inicio de la *Ilíada*, durante el décimo año de asedio, ocurrió que Crises, sacerdote de Apolo en Tebas, se presentó en el

campamento griego para implorar que Agamenón le entregara a su hija Criseida, raptada durante el asedio a aquella ciudad. El general lo despidió de malas maneras, pues consideraba que la esclava le pertenecía como parte del botín. Entonces, Crises imploró venganza a Apolo. El dios escuchó sus ruegos y sopló una gran peste sobre el campamento griego, diezmando sus tropas. Desde ese día, el ejército heleno fue perdiendo terreno y vio peligrar seriamente el éxito de la contienda.

Los griegos se reunieron en asamblea y el adivino Calcante dijo que Apolo había atendido los ruegos de su siervo Crises y que solo cesaría la peste si Agamenón accedía a devolver a Criseida. Aquiles instó al general para que dejara libre a su esclava. El rey no tuvo otro remedio que condescender, pero exigió que el Pélida le entregara a Briseida, una hermosa joven que le había tocado en el reparto del botín de Tebas y a quien amaba profundamente. A Aquiles no le quedó otro remedio que obedecer: despidió con gran pesar a Briseida de su tienda y se sumió en un estado de inmensa tristeza. Desde aquel momento decidió no volver a vestir su armadura y a no entrar más en combate. La guerra estaba perdida.

La Ilíada, la primera gran epopeya de la literatura universal, comienza con una rabieta: «Canta, ¡oh diosa!, la cólera aciaga de Aquiles el Pélida». La ira de Aquiles le endurece el corazón y le vuelve sordo a los ruegos de sus compañeros para que retome las armas. Parece que no se dé cuenta de lo que está pasando: solo está pendiente de sí mismo, del agravio que ha padecido sin importarle el destino de los suyos.

La ira de Aquiles está en los cimientos de nuestra cultura. Es el héroe más célebre, el más venerado y el más amado; sin embargo, no puede soportar que alguien contradiga sus deseos. Como no puede salirse con la suya, irrumpe en una rabieta infantil. La pataleta de Aquiles no difiere mucho de las que suelen tener los niños, y la reacción de Agamenón tampoco es muy diferente a la de muchos padres. El rey de los griegos pretende calmar al héroe llenándolo de regalos (Homero hace una lista enorme), pero no lo consigue.

La cólera de Aquiles pone de manifiesto que las rabietas no son solo cosa de niños, aunque sean manifestaciones netamente infantiles. Muchos adultos, sin llegar a ser héroes como Aquiles, nos dejamos llevar por las pataletas, por la irrupción repentina de un caudal de sentimientos que no podemos controlar, nos

comportamos como niños grandes. En vez de buscar soluciones, nos limitamos a reclamar el «derecho a la pataleta», tan humano y tan inútil.

El inicio de la Ilíada te da una lección importante sobre la condición humana: tu mayor enfermedad es el exceso de ti, el egoísmo. Sin darte cuenta, puedes estar incubando esa afección espiritual que va creando un muro a tu alrededor.

Conforme pasa el tiempo, la tapia se va haciendo cada vez más alta y robusta, impidiendo que ningún extraño la asalte, pero también evitando que tú puedas salir. Ese aislamiento se parece a la sordera (no en vano, se compara al sordo con una tapia), pues te imposibilita oír cualquier palabra que no sea tu propia voz. Tan cargado estás de ti que no puedes oír nada.

Para curarte del egoísmo, la mitoterapia de aconseja que no actúes como Agamenón y Aquiles, sino como el filósofo cínico Crates de Tebas (368-288 a. C.), que, siendo el hombre más rico de su ciudad, cargó todas sus riquezas en un barco y las tiró por la borda. Hay muchas cosas que puedes tirar por la borda, muchas riquezas que te empobrecen y te generan ridículas sumisiones: envidias, rencores, caprichos innecesarios, prosaicas ambiciones, ese tener por tener, esos antojos que se te antojan imprescindibles, el exceso de materialismo, el ganar por ganar, el trepar a toda costa, etc., etc. Son lo que Boecio llamaba «adornos sin alma».

PATROCLO, LA FUERZA DE LA AMISTAD

De nada sirvieron los ruegos de los griegos para que Aquiles volviera al frente. La ausencia del héroe hizo que los aliados perdieran posiciones y la situación se volvió crítica. Por eso, Patroclo, el gran amigo de Aquiles, se presentó en su tienda y le solicitó permiso para vestir sus armas. La insistencia del amigo consiguió que el Pélida accediera, así que Patroclo se presentó en el campo de batalla vestido de Aquiles. En breve la guerra cambió de signo y los troyanos se vieron obligados a retroceder. Todos creían que el héroe griego había vuelto a desatar su furia. Solo Héctor, informado por Apolo, supo la verdad, luchó contra Patroclo y lo mató.

Aquello encolerizó más a Aquiles, quien se lanzó sin armadura a la batalla. Su sola presencia bastó para poner en retirada al ejército enemigo. El de los pies alados llegó hasta donde yacía su amigo, recogió su cadáver y lo llevó a su tienda.

Aquiles sentía una sed infinita de vengar la muerte de su amigo, por eso pidió ayuda a su madre, quien subió al Olimpo para suplicar el amparo del mismo Zeus. Abrazada a sus rodillas, lloraba desconsolada. El corazón del padre de los dioses y de los hombres se enterneció y cedió a los ruegos de Tetis. El dios Hefesto fabricó nuevas armas para el hijo de Peleo.

Vestido con la nueva divina armadura, Aquiles volvió al campo de batalla y sembró la tierra de cadáveres. Al final, retó a Héctor a una lucha cuerpo a cuerpo. Tras una feroz pelea, acabó con la vida de quien había acabado con la de su amigo. Arrebatado por la furia, ató el cuerpo del príncipe troyano a su carro y lo arrastró alrededor de las murallas de la ciudad.

Por la noche, el rey Príamo se presentó en el campamento griego para rogar a Aquiles que le devolviera el cadáver de su hijo. Aquel anciano, arrodillado ante él y besando sus manos, le removiό el alma y Aquiles le entregó el cuerpo

ultrajado de su hijo, a quien se le dieron honras fúnebres junto a Patroclo. La guerra había terminado.

Aquiles alcanzó gran fama y fue considerado el mejor guerrero griego, un gran héroe. No solo era fuerte y veloz, invencible en la lucha, astuto y valiente, sino que tenía un cuerpo inmortal. Cuentan que Paris le disparó una flecha desde la muralla y que, dirigida por Apolo, fue a herirle en el talón, único lugar vulnerable de su divino cuerpo. El único dolor que hasta el momento había experimentado Aquiles era el que sintió tras la muerte de su amigo; comparado con aquel, el flechazo que le atravesó el talón solo fue un pinchazo, pero le causó la muerte.

De esta forma se cumplió la profecía que le había hecho su madre: «Si vas a Troya, tendrás una vida breve, pero gloriosa».

Los héroes también mueren. Incluso el invencible Aquiles, protegido por el agua sagrada de la laguna Estigia y una armadura hecha por el mismísimo Hefesto, tiene su punto débil, un hueco vulnerable por donde se le escapa la vida. Es valiente, hasta temerario, porque no teme a la muerte. Aunque la ha visto de cerca y ha matado a muchos hombres, no cree que sea un asunto que vaya con él. Su madre se la ha ocultado desde pequeño y la ha sustituido por eufemismos: «Tendrás una vida breve». Aquiles está rodeado de muerte, pero no la presiente.

Así vivimos nosotros, como si la muerte fuera algo que no nos atañe, giramos continuamente la cara para no verla, no contamos con ella; no les hablamos de ella a nuestros hijos, la hemos despachado de nuestra cotidianidad para que no nos agüe la fiesta. La hemos descargado de realidad, la hemos convertido en aparente, solo aceptamos la muerte virtual, esa que aparece en los telediarios, en el cine o en los videojuegos. Preferimos no hablar de ella, encubrir su omnipresencia, desoír sus aullidos. Es el único y verdadero misterio que encierra nuestra existencia y el único también que no somos capaces de dominar.

La muerte constituye la única realidad estrictamente metafísica que nos acaece. Todos los otros ámbitos son caducos, percederos, sujetos al cambio y a la apariencia; y es justamente la realidad de la muerte la que los hace ser relativos, contingentes, provisionales. Podríamos decir que nada es para siempre, sino la muerte. Por su carácter definitivo, la muerte nos afecta absolutamente, en lo más

radical de nuestro ser. Ella nos hace ver que la vida va en serio.

La muerte de Patroclo desvela el lado más humano de Aquiles. Parece que Patroclo entra en escena con el único fin de morir para resucitar a su amigo. La amistad es el bien máspreciado que te han regalado los dioses. Ellos se empeñan en mostrarte la fuerza de la amistad, única capaz de entrar en lo más inescrutable del alma humana. Por un amigo, Aquiles prestó su más valioso tesoro, su armadura, y también, por un amigo, volvió al campo de batalla. Lo que no consiguieron las súplicas de sus aliados ni los regalos de Agamenón, lo logró la muerte de un amigo. Nada tiene más valor. El héroe se olvida de todo, de su rencor, de su cólera, de sí mismo, gracias a la amistad.

El estudio longitudinal sobre la felicidad, que desde 1938 está llevando a cabo la Universidad de Harvard, apunta a que son los amigos los que más dicha nos aportan: «vivir rodeados de relaciones cariñosas protege nuestro cuerpo y mente» (M. Schulz y R. Waldinger, Una buena vida).

Los amigos son la sal de la vida, como decía Juan Luis Vives. «Dos que caminan juntos», según la Ilíada. Te ayudan a crecer, a ser mejor persona, te dan la oportunidad de amar, te «obligan» a poner en juego tus virtudes y tus defectos; los amigos te enseñan lo que es la fidelidad y el engaño. Por eso, se suele decir que quien tiene un amigo tiene un tesoro. Por eso, sin amigos la vida resulta insípida y vacía.

EL CABALLO DE TROYA, EL REGALO ENVENENADO

Tras diez años de guerra, Troya seguía inexpugnable porque conservaba en el templo de Atenea el Paladio, figura con propiedades mágicas que protegía la ciudad de cualquier invasor. Los aqueos lo sabían, por eso Ulises se disfrazó de mendigo y penetró en la ciudadela por la noche y lo robó.

A pesar de ello, los griegos no lograban vencer a los troyanos ni los troyanos a los griegos. Parecía que la guerra no iba a acabar nunca. Al fin, Ulises tuvo una idea brillante: construirían un gran caballo de madera y esconderían a algunos soldados en su vientre, simularían la retirada, y solo tendrían que esperar a que los troyanos entraran el caballo para ofrendarlo a Atenea. La estratagema parecía muy complicada; sin embargo, era la única forma de acabar con una contienda que ya duraba diez años.

Una vez construido el caballo gigante, lo dejaron en la playa y embarcaron. Al amanecer, toda la flota griega se hallaba escondida detrás de la isla de Ténedos, cercana a la costa. En tierra quedó el caballo preñado de soldados y el espía Sinón, cuya función era convencer a los troyanos de que el caballo era un regalo de rendición.

Interrogado por Príamo, Sinón dijo que los aqueos, incapaces de conquistar la noble ciudad de Troya, se habían rendido y habían regresado a sus hogares, donde les esperaban hacía largos años sus esposas y sus hijos.

—¡Esta —anunció señalando al caballo de madera— es una ofrenda sagrada a Atenea que debéis hacer en nombre de los vencidos, so pena de incurrir en impiedad!

En aquel preciso momento se presentó Laocoonte, sacerdote de Apolo:

—¿No veis —gritó enfurecido— que todo es un engaño? Si aceptáis el trato,

será la ruina de Troya. ¿Vais a meter el enemigo en vuestra casa?

Pero Laocoonte no pudo hablar más. Al instante, surgieron del mar dos enormes serpientes que devoraron al sacerdote y a sus dos hijos que lo acompañaban. Parece que el sacerdote había ofendido tiempo atrás a Apolo al unirse a su mujer en su templo, y el dios eligió aquel momento para castigarlo. Todos comprendieron que aquello era una señal, así que, con el beneplácito de Príamo, arrastraron el caballo de madera hasta la ciudad y lo ofrecieron a Atenea.

También había advertido Casandra, hija de Príamo y tenida por loca, que veía solados en el vientre del caballo. Pero nadie le hizo caso. Los troyanos celebraron el final de la guerra, desataron toda la tensión contenida durante diez años y se sumieron en una gran fiesta. A última hora de la noche, cuando todos dormían la borrachera, salieron del caballo de madera los guerreros griegos, mataron a los guardias y abrieron las puertas de la ciudad. La flota aquea, que a una señal de Sinón había regresado a la playa, descargó un inmenso ejército que arrasó Troya. Muchos murieron, otros fueron hechos prisioneros, Menelao recuperó a Helena y solo un pequeño grupo, al mando de Eneas, logró huir de la tragedia.

La forma más fácil de tomar una ciudad es que te abran las puertas y que el propio enemigo te introduzca en ella. Es lo que ocurrió en Troya. La famosa ciudad, la más rica de su tiempo, situada en un lugar estratégico, cerca del Helesponto (estrecho de los Dardanelos), emblema del imperio hitita, fue destruida por causas naturales, quizá un terremoto, hacia el 1250 a. C. Fue reconstruida y setenta años después, arrasada por la mano del hombre, debido a una guerra probablemente. Estos datos son los que nos aportan los descubrimientos arqueológicos iniciados en 1870 por el magnate Heinrich Schliemann en la colina de Hissarlik, en Turquía. Hasta el momento se han hallado nueve Troyas superpuestas. La Ilión de la que habla Homero sería la VI en continuidad con la VII. Los restos arqueológicos indican que la ciudad estaba rodeada por una enorme muralla («la bien murada Troya») y contaba con una red de túneles que garantizaban el suministro de agua desde un manantial subterráneo.

Estas particularidades hacían de Troya una ciudad inexpugnable, lo que explica tanto la duración de la guerra como su imprevisible final. ¿Cómo pudieron los

griegos tomar la ciudad mejor defendida de la Antigüedad? La respuesta no la tiene la arqueología; por eso, no nos queda otro remedio que acudir a los poemas homéricos que nos narran cómo la astucia humana derribó la muralla más alta del mundo.

Resulta impropio del conflicto más importante de la historia arcaica griega que haya acabado con un engaño. Ese gigantesco caballo de madera suena más a un *deus ex machina* que el guionista se ha sacado de la manga, que a un final real. Sin embargo, el pasaje, como el leñoso corcel, encierra mucho más de lo que aparenta. Hay cientos de maneras de perder una guerra. Esta es una. No es mejor ni peor que recibir dos bombas atómicas o ser invadido por un ejército superpotente. Quizá lo que los dioses nos están queriendo decir es que este final es tan absurdo como la guerra misma.

Hay regalos que esclavizan a quien los recibe, como el reloj del que habla Julio Cortázar. Según el escritor argentino, «cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire... te regalan la obsesión de atender a la hora exacta... el miedo a perderlo...» (Historias de cronopios y de famas). El mito te alerta de los regalos envenenados. Antes de meter el caballo en tu casa, asegúrate de que no lleva al enemigo en su interior; ante lo inesperado, toda precaución es poca; «piensa mal y acertarás», te aconseja el adagio popular; no te fíes de quien te dora la píldora; hombre prevenido vale por dos... y la mitología no lo puede decir más claro.

Seguramente que te habrá ocurrido alguna vez que has confiado plenamente en alguien y luego te las ha dado con queso, y en ese momento has pensado en el caballo de Troya. Con esta historia, la mitoterapia te previene contra los falsos aduladores y contra la gente tóxica, y te recomienda que escuches a las personas que te quieren de verdad. Pero a veces la candonga resulta tan hipnotizante que no lo haces, y conviertes a quien te aconseja bien en una Casandra, la hija de Príamo tenida por loca porque recibió al mismo tiempo el don de profetizar y la desgracia de no ser creída por nadie.

ULISES, VOLVER A CASA

En la pequeña isla de Ítaca, al noroeste de Grecia, isla rica en rebaños, vivía el rey Laertes y su esposa Anticlea. Ambos eran respetados y queridos por su pueblo. Su felicidad fue máxima cuando tuvieron un hijo: Ulises (Odiseo, según la transcripción del nombre en griego). El pequeño llenaba de dicha los días de los monarcas que veían cómo poco a poco se iba convirtiendo en un joven príncipe, fuerte, alegre e inteligente.

Dada la astucia y capacidad de convicción del joven, su padre le encargó varias misiones diplomáticas. Una de ellas le llevó a Lacedemonia, donde Ífito le regaló el arco heredado de su padre Éurito, que era el único, junto a Ulises, que lo podía tensar. Durante su visita a Autólico, su abuelo materno, participó en la cacería de un jabalí en el monte Parnaso. Allí fue herido en la rodilla, quedándole una cicatriz indeleble que le servirá en el futuro para ser reconocido.

Cuando Ulises llegó a la mayoría de edad, Laertes abdicó en él. Viajó entonces en busca de esposa y se convirtió en uno de los pretendientes de Helena. Pero al ver que había tantos reyes griegos que querían casarse con ella, y previendo que aquella situación podría dar lugar a la enemistad entre todos, se le ocurrió proponer que fuese Helena la que eligiera marido. La propuesta de Ulises satisfizo a todos, que se comprometieron a respetar la decisión de la joven y a unirse si fuera necesario para castigar a quien ofendiera a ella o a su esposo. Esta sabia sugerencia de Ulises fue premiada por el padre de Helena, quien le ofreció desposarse con su sobrina Penélope.

Tras largos viajes y mucho tiempo fuera de su tierra, ahora podría descansar dichoso en el palacio de Ítaca junto a Penélope. Su felicidad se colmó cuando Penélope quedó encinta, hasta que un día se presentó un heraldo de Agamenón para hacerle saber que Helena había sido raptada y quedaba convocado para luchar contra Troya.

Ulises se entristeció mucho, incluso pensó en romper su compromiso con los reyes griegos. Justo ahora que la paz y la felicidad habían entrado en su vida tenía que emprender un largo viaje, del cual quizá no regresaría. Pero Ulises tenía un noble corazón: no podía dejarse llevar por sus deseos, sino por su deber, así que preparó el viaje y se despidió de su esposa y su hijo Telémaco, que acababa de nacer.

Toda la noche permaneció Ulises junto a su esposa y su hijo, pero al rayar el alba, con el corazón encogido, se despidió definitivamente. Desde el momento en que zarparon las naves de las costas de Ítaca, su único pensamiento no fue otro que regresar. Ulises abrió un paréntesis en su vida, un paréntesis que duraría veinte años. En ese tiempo no hubo ni un solo día que no pensara en el retorno a su amada patria.

Un solo deseo ocupó el corazón de Ulises durante los veinte años que estuvo ausente de su casa: el regreso. Allí había dejado tierras, padres, amigos, una esposa y un hijo. Para el mundo, Ulises será «el de los mil recursos», el mañero que ideó el caballo de Troya, «al que los dioses negaron el regreso» y «el que anduvo errante largo tiempo». Sin embargo, para él mismo, esos veinte años no serán sino un largo paréntesis, pues el verdadero Ulises es el marido de Penélope y el padre de Telémaco: su verdadera vida está en Ítaca.

Lo mismo se puede decir de Penélope, como veremos: los veinte años de ausencia de su marido se convierten en espera, en una vida insustancial que solo consiste en tejer y destejer. Pesa más todavía la ausencia de Ulises en Telémaco. El hijo siente su «yo extraviado», por usar las palabras de Massimo Recalcati (El complejo de Telémaco), necesita conocer a su padre (su origen) para reconocerse a sí mismo, por eso emprende un viaje en su búsqueda, la Telemaquia, que ocupa los cuatro primeros cantos de la Odisea. Solo a partir del canto V, Homero nos descubre a Ulises melancólico, sentado en la playa mirando al mar infinito. Está retenido por la ninfa Calipso, que le puede dar absolutamente todo menos lo que él más desea: estar con los suyos.

Ulises es el más humano de los héroes homéricos. No cuenta con una fuerza sobrehumana ni con la velocidad del rayo, no es invencible; sin embargo, tiene un arma secreta: la inteligencia, esa chispa divina que nos entregó Prometeo. Y él sabe cómo utilizarla. La esencia humana de Ulises se muestra en muchas

ocasiones, pero sobre todo se manifiesta al principio, cuando es reclamado para ir a Troya. Existe una versión del mito en la que, cuando Menelao y Palamedes llegaron a la isla para convocar a todos los reyes de Grecia, el inteligente Ulises se hizo el loco: ató un burro y un buey a un arado y comenzó a sembrar sal. Pero Palamedes, que sabía que fingía, colocó al pequeño Telémaco delante del arado y Ulises tuvo que detener aquella extravagante yunta. ¡A tanto llegó el amor por los suyos!

Ser feliz se parece a volver a casa (ya lo hemos dicho en el capítulo 18). La historia de Ulises es tu propia historia, que se resume en partir y regresar. Tú también tienes tu Ítaca, donde te esperan los tuyos, a quienes necesitas para ser quien eres. El punto de partida y el punto de llegada coinciden, por eso Ulises no se pierde, porque conoce su destino, sabe cuál es su casa. Aunque el viaje de tu vida se convierta, como el del héroe homérico, en una auténtica odisea, si tienes claro tu destino, obtendrás la recompensa de haber sido feliz porque tu felicidad se habrá completado.

Los dioses han insertado en tu alma, como una memoria inconsciente, la nostalgia de felicidad, el anhelo de volver al útero materno, a la paz, la seguridad, el calor, el cuidado y el amor del líquido amniótico, ese sentimiento oceánico que Ulises llamaba Ítaca.

La historia de Ulises habla de la melancolía, esa emoción que te arrastra hacia tus orígenes. De ahí que la melancolía sea la antesala de la felicidad. Por una parte, produce tristeza, porque te advierte de que te encuentras lejos de casa; por otra, anticipa tu dicha, porque te marca el rumbo a Ítaca. Y es en ese sentido en el que Konstantino Kavafis te insta en su poema a que disfrutes del camino, ya que «Ítaca te brindó tan hermoso viaje».

POLIFEMO, LA INTELIGENCIA CONTRA LA FUERZA

Tras la conquista de Troya, los griegos se repartieron el botín y emprendieron el viaje de regreso. Cada cual tomó su camino. Ulises partió junto a Agamenón, pero una tempestad los separó. El rey llegó pronto a su tierra, pero a Ulises los dioses le impidieron el regreso y vagó por los mares durante diez años.

En una de esas idas y venidas, la expedición de Ulises llegó a una extraña isla, donde encontraron las huellas de enormes pies. Como necesitaban provisiones, Ulises se aventuró a explorarla con una docena de hombres. Cargó doce odres de vino para ofrecerlos a los habitantes de aquel lugar y se adentró en la isla.

Llegaron a una cueva enorme. Dentro encontraron leche, carne y queso. Rápidamente comenzaron el avituallamiento, pero fueron sorprendidos por el dueño de la gruta que llegaba en aquel momento con sus ovejas. Los hombres de Ulises se asustaron al ver al gigante con un solo ojo en medio de la frente, quien cerró la entrada con una descomunal piedra y devoró a dos hombres. Los compañeros de Ulises se acurrucaron al fondo de la cueva tapándose la cara, pero él se enfrentó al monstruo increpándole.

Polifemo, que así se llamaba el gigante, le preguntó cuál era su nombre. Ulises le respondió:

—¡Nadie es mi nombre! Vengo a ofrecerte este vino más sabroso que el néctar de los dioses.

Polifemo aceptó y bebió con fruición hasta que cayó profundamente dormido.

Al verlo indefenso, Ulises mandó hacer punta a una gran estaca. Cuando el arma estuvo preparada, sus hombres la clavaron con todas sus fuerzas en el único ojo del gigante (como harán en Iwo Jima los marines americanos con su bandera). Polifemo despertó gritando de dolor: no veía nada. Comenzó a dar manotazos

maldiciendo al extranjero que le había herido, sin poder alcanzar ni a Ulises ni a ninguno de sus hombres.

A los terribles lamentos de Polifemo acudieron los otros cíclopes que habitaban en la isla, pero se volvieron a sus cuevas al oírle gritar con la voz distorsionada por la borrachera:

—¡Nadie me ha cegado, Nadie!

Toda la noche estuvo Polifemo maldiciendo a Nadie y dando sacudidas en vano. Al amanecer, el gigante ciego movió la gran piedra para sacar su rebaño a pastar y se quedó en el umbral palpando el lomo lanudo de sus ovejas. Ulises ordenó a sus hombres colgarse del vientre de los animales, que eran de un tamaño casi el doble que las ovejas normales, y así pudieron salir de la cueva. El cíclope volvió a colocar la piedra en su sitio y fue a la orilla del mar a suplicar auxilio de su padre Poseidón. Ulises y sus hombres fueron más rápidos y llegaron pronto a las naves, que zarparon sin demora.

Desde el mar se veía a Polifemo ciego implorar a su padre. A media legua de la orilla, Ulises, orgulloso de su hazaña, le gritó:

—¡Dile a tu padre que Ulises de Ítaca fue el hombre que te cegó!

Acabamos de presenciar el primer combate entre la inteligencia y la fuerza. La *Ilíada* es complementada por la *Odisea*: el viejo concepto guerrero de virtud por el del hombre al que, por imitar la voz del ínclito Werner Jaeger, «nunca le falta el consejo inteligente y que encuentra para cada ocasión la palabra adecuada» (*Paideia*). El ingenio de Ulises, la sabiduría y la prudencia de todas y cada una de sus decisiones le permitieron salir de lo que parecía un callejón sin salida. Si el marinero se hubiera precipitado, si no hubiera previsto lo que podía pasar, si se hubiera dejado llevar por la ira, probablemente hubiera sucumbido a la mayor fuerza de Polifemo. Pero Ulises delibera antes de actuar, y, cuando ya ha decidido, acomete su empresa con energía. La inteligencia ha vencido a la fuerza.

La prudencia de Ulises le hace ser providente, anticipar el porvenir, le hace ver lo que puede pasar antes de que ocurra, como si hubiera leído el guion de antemano. Maneja todas las posibilidades, las sopesa, las ordena y toma

decisiones contundentes. En cierto modo, está viendo el futuro porque dispone de una divina herramienta que maneja con perfección.

Hesíodo escribió que «lo mejor en todo es saber escoger la ocasión» (Trabajos y días). Es lo que hace Ulises. Resulta decisivo acertar con el camino correcto, que, si además es la última oportunidad, entonces se trata de una «ocasión», palabra emparentada con «ocaso», término, final. La persona prudente, como Ulises, delibera correctamente acerca de lo que conviene en cada situación, sabe elegir los medios y aprovechar las ocasiones antes de su ocaso, antes de que desaparezcan.

Ulises es un modelo a seguir, un paradigma del obrar racional, un ejemplo de inteligencia práctica. Si quieres vencer a Polifemo (el «rico en voces», el «famoso»), no te pongas a su altura (no podrás), enfréntate a él como lo hizo Ulises, que, si bien no tenía tanta fama, era rico en sabiduría («polimates»). A todos tus «polifemos», es decir, a todas esas ideas irracionales que intentan retenerte en su gruta, los puedes vencer porque, mientras ellos solo tienen un ojo en la frente, tú dispones de dos: puedes mirar al camino y a la meta a la vez.

En resumen, la mitoterapia te dice que pienses antes de actuar, que seas inteligente, o lo que es lo mismo, prudente. No eres inteligente por saber solucionar logaritmos o duplicar las ganancias de tu empresa, lo eres porque sabes sopesar cada situación en su justa medida, sabes esperar, no te precipitas y consigues que tus cíclopes retiren la piedra de la caverna y puedas salir.

Ulises nunca podrá ser una Inteligencia Artificial. De hecho, una IA nunca hubiera podido salir de la cueva de Polifemo. Ulises es Inteligencia Encarnada. Su IE trasciende la IA porque él, y tú y yo, podemos hacer algo que ella no puede: somos capaces de hacer un uso inteligente de la inteligencia. Y también, hay que reconocerlo, cometer alguna que otra estupidez, como cuando el héroe grita orgulloso su nombre. ¿Por qué lo hace? Para reivindicar que, frente al anonimato de la IA, la IE tiene nombre propio.

EOLO, VIENTO EN POPA

Huyendo de la tierra de los cíclopes, la flota de Ulises arribó a la isla flotante de Eolo, el señor de los vientos. Ulises fue bien recibido en la mansión de Eolo, donde vivía con sus seis hijos y sus seis hijas. Su anfitrión, que ya conocía al viajero, le dijo:

—Los vientos me traen noticias de todos los confines del mundo, y de Ulises he oído decir que tensa con fuerza las velas y gobierna su nave con sabiduría.

—Si las noticias que tienes fueran ciertas —respondió Ulises—, no estaría aquí, sino que haría ya muchos días que descansaría en mi amada Ítaca, donde me espera mi esposa, mi hijo y un pueblo que gobernar. Pero los vientos no me han sido propicios y he vagado sin encontrar todavía el sosiego y la paz.

Eolo sintió lástima de Ulises y le regaló un odre de piel de buey que contenía todos los vientos desfavorables. Y le advirtió:

—Conserva este zurrón sin abrirlo y en diez días llegarás a tu patria. Yo te daré una brisa propicia. ¡Tensa las velas de tus naves y parte sin demora!

Inmediatamente se hizo Ulises a la mar llevando consigo el zurrón fuertemente atado con un cordel de plata. Así pasó nueve días con sus noches, sin soltar el saco y sin dejarse vencer por el sueño. Pero al amanecer del décimo día se durmió. Aunque ya se veía la costa de Ítaca, sus hombres no quisieron despertarlo.

No obstante, algunos miembros de la tripulación se preguntaban qué llevaría su patrón en aquel zurrón que guardaba con tanto celo. Tanta fue su curiosidad que cuando vieron que Ulises dormía y que su viaje ya terminaba, le quitaron el odre de piel de buey y lo abrieron.

El resultado de su impaciencia fue nefasto, porque nada más soltar el nudo de plata, un vigoroso torbellino salió del zurrón y se desencadenaron los más violentos huracanes. Ulises despertó al instante y ordenó arriar las velas, pero fue demasiado tarde: las embarcaciones comenzaron a navegar a la deriva y los ojos del rey de Ítaca vieron con gran pesar cómo las costas de su amada patria se alejaban y desaparecían de su vista. Algunos marineros, que no soportaron verse nuevamente alejados de su hogar, se arrojaron al mar en un intento imposible por alcanzar tierra a nado y perecieron entre los latigazos de las olas.

Como si se hubiesen desatado todas las fuerzas del infierno, la flota de Ulises fue a la deriva durante muchos días hasta que al fin apareció en la isla flotante de Eolo. El apenado Ulises suplicó al señor de los vientos que le ayudase otra vez a volver a su patria, pero él contestó que nada podía hacer, ya que era voluntad de los dioses que no llegara a su hogar todavía. Entonces Ulises intentó tomar la ruta que días atrás les había acercado a las costas de Ítaca, pero los vientos volvieron a desviar su rumbo.

Este mito nos habla de la desesperación. Tener la meta de toda una vida a la vista y perderla por un acto nimio, impertinente, banal, nos pone ante un precipicio sin fondo, ante la nada absoluta. Estar a punto de tocar con los dedos la felicidad y truncarse todo en un instante es sentir la mayor de las impotencias, descubrir que un átomo del tiempo puede tener un valor absoluto. Alargar la mano para tomar lo que más deseas y que de pronto desaparezca nos hace engullir de un bocado el absurdo de la existencia.

Si nos dejamos vencer por la nada que se nos presenta de improviso, caemos en la desesperación, y, si nos dejamos llevar por la desesperación, sucumbimos a la nada. Todos los tripulantes de las naves de Ulises se desesperaron al ver cómo se alejaba sin remedio su querida patria, pero no todos se lanzaron al mar (a la nada); algunos, el propio comandante, volvieron al punto de partida.

En cierto modo, es bueno desesperarse, porque nos da una oportunidad de reiniciar nuestro camino y probar otras alternativas. Kierkegaard creía que la desesperación era propia del ser humano, el cual es el único animal capaz de felicidad (y, por tanto, también de lo contrario). El filósofo danés escribe: «poder desesperar es una ventaja infinita; y, sin embargo, estar desesperado no solamente es la mayor desgracia y miseria, sino la perdición misma» (La

enfermedad mortal). Por eso, es necesario salir de la desesperación, pero no saltando por la borda, sino abordando la situación de manera diferente. Cuando Prometeo entregó al hombre el fuego robado a los dioses, lo hizo capaz de felicidad, pero también lo puso frente a la nada, ante un mar inmenso al albur de los vientos.

Los hombres de Ulises desataron los vientos para mostrarte que el zurrón de Eolo es solo una ilusión: ningún navegante puede decidir tener siempre el viento en popa. Lo que puedes hacer, en todo caso, es aprovechar la dirección y la velocidad del viento que sople en cada momento.

Pero llegar a puerto no es solo cosa de los vientos y las corrientes marinas, sino también de la pericia del navegante. Pericia inútil si no sabes cuál es tu meta. Ya lo decía Séneca: «Ningún viento es favorable para quien no sabe a dónde va». Tienes en tus manos el timón de tu vida y debes poner rumbo a la felicidad. Incluso si tienes el viento en contra, puedes avanzar zigzagueando o barloventeando contra la dirección del viento, que es una forma de aprovecharte de las circunstancias adversas para que no naufragues. Esa enfermedad que llega sin avisar, ese problema en el trabajo, ese desamor que tanto te duele, ese traspies inesperado, has de enfrentarlos de bolina, en zigzag. Eso no significa que los vayas a solucionar, pero sí que los vas a afrontar de la mejor manera posible (recuerda: unas veces se gana; otras, se aprende). Porque, sople el viento por donde sople, no te queda otro remedio que echarte a la mar...

SÍSIFO, Y VUELTA A EMPEZAR

Erró Ulises por los mares y llegó a la isla de Ea, donde la hechicera Circe convirtió a sus hombres en cerdos y retuvo al navegante durante un año. Ella misma le aconsejó consultar al alma del adivino Tiresias, quien le podría informar sobre el futuro de su regreso. Como el agorero ya había muerto, debía llegar al final de la tierra y descender al Averno.

Tras una larga travesía, los dioses quisieron que Ulises llegara a las puertas del infierno, le permitieron descender el empinado camino y burlar la guardia del can Cerbero, el perro de tres cabezas. Por orden de los dioses inmortales, el barquero Caronte le trasladó al otro lado de la laguna Estigia. Allí le salió al paso un grupo de siluetas negras, encapuchadas y silenciosas. Allí vio al fantasma de su querida madre, Antilea, de cuya muerte se enteró en ese momento. También a los héroes caídos en Troya, a Agamenón, asesinado por su esposa, a Áyax y a Aquiles, y también a Teseo y Hércules, y a otros más, todos ellos con aspecto demacrado.

—Míranos bien, Ulises —le decían—, todo lo que fuimos se ha convertido en nada. Aquí somos lo que ves, almas errantes sumidas en la más absoluta tristeza, ni siquiera podemos alegrarnos pensando en lo que fuimos en vida. Aquí solo podemos experimentar la amarga desdicha: cada vez que llega uno, como tú, nuestra pena se multiplica. Por eso, Ulises, no des un solo paso más.

Allí vio también al dolido Ticio, cuyo hígado era picado por dos buitres; al sufriente Tántalo, atormentado por el hambre y la sed, y al sufrido Sísifo, «presa de recias torturas», cargado con una enorme roca.

Según algunas tradiciones, este último habría sido el verdadero padre de Ulises, pues habría seducido a Anticlea la víspera de su boda con Laertes. Sísifo, el más astuto de los mortales, era hijo de Eolo, el dios del viento, y Enáreta. Se le considera fundador de Corinto y un buen gobernante. Sin embargo, se ganó la

antipatía de Zeus porque fue el único que vio cómo el dios se llevaba raptada a Egina, hija del dios-río Asopo. Cuando el padre se enteró del rapto de su hija, la buscó por toda Grecia. Al llegar a Corinto, Sísifo le prometió revelar el nombre del raptor a cambio de que hiciera surgir una fuente en medio de la ciudad. Brotó el agua y Sísifo delató a Zeus.

Como era de esperar, la venganza del dios fue inmediata: envió a su casa al genio de la muerte, a Tánato, pero Sísifo lo engañó y lo encadenó, de modo que, mientras estuvo ligado, no murió ningún ser humano. Las parcas clamaron a Zeus que restableciera el orden natural. Este, más enfadado todavía, arrojó a Sísifo al Averno y le impuso un castigo peor que la muerte: lo condenó a subir eternamente una enorme roca hasta lo alto de una montaña; cuando llegaba arriba, la roca volvía a caer y Sísifo debía comenzar otra vez la subida. Una forma de estar ocupado sin sentido, un auténtico infierno.

Encontró Ulises a Tiresias en el fondo del Averno, el cual le dijo sin acercarse mucho:

—Llegarás a tu querida Ítaca en un barco extranjero, desconocido de todos. No te entretengas más en este mísero lugar y deja a los muertos en compañía de los muertos.

No sabemos si aquel antro, en el fin del mundo, al que descendió Ulises era la cueva de Montesinos; lo que sí sabemos es que aquel lugar del ultramundo era lúgubre y luctuoso, habitado por almas en pena, tristes, vacías, sin esperanza, como despojos de muerte. Si ese es el fin de nuestras vidas, ¿qué sentido tiene vivir?

Menos mal que existe una versión del más allá más esperanzadora. Se trata del Elíseo, la versión del Paraíso, una tierra de paz y felicidad plenas. Homero lo sitúa en el extremo más lejano y occidental del mundo, adonde los dioses trasladan a los grandes héroes tras hacerlos inmortales. Allí podían vivir ejercitando sus actividades preferidas, no existía ni la fatiga, ni el dolor, ni la enfermedad, ni la muerte. Los Campos Elíseos eran semejantes a una hermosa pradera con hierba fresca, árboles frondosos y una suave brisa que traía aromas apacibles. La pradera estaba bañada por un río de aguas templadas que brotaba de la fuente del Olvido, llamada Lete. Los que bebían de él, olvidaban toda su

vida pasada. Los romanos identificaron los Campos Elíseos con las islas Afortunadas, es decir, las actuales islas Canarias, adonde ahora acuden los turistas en busca del paraíso en la tierra.

¡Pobre Sísifo! Homero no lo sitúa en el Elíseo, sino en el Infierno. Y verdaderamente su vida es un auténtico infierno. No tanto por la enorme piedra que tiene que empujar, sino porque, cuando llega a la cúspide de la montaña, la roca vuelve a caer y Sísifo la tiene que volver a empujar. Así una y otra vez, día tras día, todos los días. La existencia de Sísifo parece absurda, pues lo que hace no tiene ningún sentido, su trabajo es inútil, irracional. No espera nada —por lo menos Penélope esperaba a Ulises, como veremos—, simplemente trabaja sin sentido.

¿Qué harías si yo te dijera que tú eres Sísifo? Lo más sabio sería que hicieras lo que él hace, no en vano era considerado «el más astuto de los mortales». Albert Camus dice que «hay que imaginarse a Sísifo dichoso». ¿Por qué? Porque —adelanta el escritor francés— «el esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre» (El mito de Sísifo). Sé Sísifo, aduéñate de tu destino. La piedra es tu vida con tus problemas, conflictos y contrariedades. Debes aceptar el esfuerzo que conlleva conducirla y llevarla hasta la cima, pero también puedes disfrutar de esos momentos que te depara cada vez que la alcanzas. Y vuelta a empezar.

SIRENAS, EL DULCE CANTO DE LA SEDUCCIÓN

Ulises salió tan angustiado del inframundo que permaneció tres días y tres noches sin decir palabra. El barco navegaba veloz, impulsado por los vientos que lo devolvían al mundo de los vivos. Al cuarto día se hizo una gran bonanza, una calma total. El viento generoso que los había acompañado durante tres días desapareció y las aguas se serenaron como si vadearan un pequeño estanque. A la distancia de un tiro de arco se veía la costa de una hermosa isla hacia la que se dirigían imperceptiblemente.

Ulises recordó entonces lo que le había dicho Tiresias y comprendió que se acercaban a la isla de las Sirenas. Puso en guardia a sus hombres, les ordenó que le ataran fuertemente al mástil del barco y que remarán sin detenerse por nada del mundo, ladeando la isla. Antes de que le ataran reblandeció la cera que llevaban para proteger las cuerdas y les mandó que se taponaran los oídos y que, por mucho que les implorara, no le desataran.

Se hizo como ordenó: el patrón quedó amarrado al mástil y sus hombres sordos por la cera. Cuando se aproximaron a la isla comenzó a sentirse un dulce canto, el canto más hermoso que se haya escuchado jamás, era una música divina con voces angelicales que prometían la felicidad plena a los viajeros que amarraran en aquella costa. Ulises sabía que muchos marineros habían perecido en aquel paraje devorados por las sirenas, terribles mujeres con cuerpo de pájaro que seducían a los navegantes para atraerlos a su isla y comérselos después. Sin embargo, al oír aquel canto, la mente de Ulises no pudo pensar y su corazón solo deseaba con toda la fuerza de sus pálpitos quedarse allí.

El canto de las sirenas musitaba en los oídos de Ulises:

—Esta es la tierra de Ítaca, valeroso Ulises. Has llegado a tu destino. Aquí te espera Penélope y tu hijo. Atraca tu barco. ¡Sé bienvenido!

Después escuchó con claridad la voz de su hijo y de su esposa que lo llamaban. En ese momento, al verse atado y al darse cuenta de que el barco pasaba de largo, comenzó a gritar desesperado a sus hombres:

—¡Soltadme! ¡No sigáis! ¡Estamos en Ítaca! ¡Hemos llegado al fin! ¿No oís a Penélope y a Telémaco? ¿No reconocéis el olor de la tierra de vuestros padres?

Pero sus hombres, que lo veían gesticular, no le podían oír, y seguían remando. Pasaron muy cerca del acantilado, entonces Ulises gritó y gritó e hizo lo imposible por desatarse, hasta que le sangraron las muñecas y los tobillos y se le desgarró la garganta.

Cuando ganaron la espalda a la isla, cesaron los cantos y Ulises quedó derrotado y exhausto. Al poco tiempo se le acercó Euríloco, su hombre de confianza, y lo soltó. El bravo Ulises comprendió lo que había ocurrido e indicó a sus hombres que dejaran de remar y que se quitaran los tapones. Aprovechando un viento propicio, continuaron el viaje.

Oscar Wilde dice en *El retrato de Dorian Gray* que «la única manera de librarse de la tentación es ceder ante ella; si se resiste, el alma enferma anhelando lo que ella misma se ha prohibido, deseando lo que sus leyes monstruosas han hecho monstruoso e ilegal». El protagonista de la novela de Oscar Wilde no toma las prevenciones del protagonista de la *Odisea*. Este es maduro; aquel, no. Ambos escuchan los cantos de sirena, pero, mientras el héroe homérico consigue salir vivo del atolladero del placer, y envejecer junto a su amada Penélope, el siempre joven Dorian Gray es consumido por los deleites que le ofrece la vida. Las dulces voces de la fruición se convierten, tras haberlas escuchado, en terroríficas sirenas que acaban devorándolo.

Dorian Gray tenía la «suerte» de no envejecer —el que realmente lo hacía era su retrato—. Él se mantenía eternamente joven con la condición de no pisar la isla de las Sirenas. Oscar Wilde experimenta en su novela la posibilidad de convertir el pasar en algo eterno. Un pasar que no pasa, una vida que no evoluciona, un momento que se hace eterno. En tales circunstancias se hace imposible la felicidad; más que imposible, indiferente. A Dorian Gray no le interesa ser feliz, sino el placer por el placer, escuchar indefinidamente el canto de las sirenas.

Pero lo propio del gozo es pasar, por eso, a Dorian Gray solo le queda repetirlo

eternamente, permanecer en un cabotaje indefinido escuchando un dulce canto. Tan joven y tan viejo, no tiene propiamente experiencia; aunque tenga muchos años, no ha vivido mucho: por él no ha pasado el tiempo. No es un viejo en un cuerpo joven, sino un joven incapaz de crecer, puede repetir acciones placenteras, pero no acumula vivencias. Por eso, a diferencia de Ulises, acaba aturrido por las voces, que se han convertido de pronto en hirientes chillidos como negros pájaros de Hitchcock.

¡Cuántas veces a lo largo de tu vida habrás escuchado el canto de las sirenas!
¡Cuántas veces te habrás dejado seducir por su dulce voz! ¡Cuántas veces habrás caído en su trampa! No te voy a soltar ahora la retahíla de los cantos de sirena que llegan a tus oídos cada día desde las islas del placer, el consumismo, las falsas ilusiones o el éxito..., porque los terribles pájaros con alas de oro y cuerpo de mujer no están fuera, sino dentro de ti. Por eso las oyes tan cerca, como un susurro, sin palabras. Sirenas son todo eso que sientes y que, por el mero hecho de sentirlo, lo consideras verdadero, y te dejas arrastrar por tu verdad como si fuera la verdad. No se trata de que renuncies al deseo, sino de que lo afrontes con señorío, para que no sea él sino tú quien lleve las riendas de tu vida. Es bien cierto que no puedes dejar de sentir lo que sientes, que no puedes ponerte cera en los oídos como los hombres de Ulises, pero sí puedes aprender, si me permite Antonio Machado robarle un verso, a «distinguir las voces de los ecos».

PENÉLOPE, ALTA FIDELIDAD

Ni el poder seductor de Calipso, ni el brebaje afrodisíaco de Circe, ni la fresca juventud de Nausícaa, consiguieron retener a Ulises: ¡tan fuerte era su amor por Penélope! Tanto como el que ella sentía por él.

Penélope era hija de Icaro y la náyade Peribea, y nieta de Tindáreo, quien la prometió a Ulises en agradecimiento por haberle aconsejado sobre la elección del marido de su hija Helena. Penélope era hermosa como su prima Helena; sin embargo, mientras esta irradiaba un atractivo sensual, la belleza de Penélope era serena y madura. Ulises se casó con ella y la hizo reina de Ítaca, donde vivieron felices y tuvieron un hijo llamado Telémaco, hasta que Ulises tuvo que partir a Troya.

Al cabo de diez años, terminó la guerra, pero Ulises no regresaba. Pasó el tiempo y los rumores de que había muerto comenzaron a recorrer toda la isla y los reinos cercanos. Muchos príncipes, atraídos por la belleza de Penélope y la riqueza de Ítaca, se acercaron a la casa de Ulises para pedir la mano de la que creían indefectiblemente viuda. Pero Penélope estaba convencida de que su marido seguía vivo y no quiso de ningún modo decidirse por ninguno de los pretendientes, sino que, para aplazar sine die su elección, prometió que tomaría una decisión cuando acabara la mortaja de Laertes. Sin embargo, Penélope destejía durante la noche lo que había tejido durante el día, de tal manera que la hora de tomar nuevo marido no llegaba nunca.

Quien sí llegó a Ítaca, veinte años después, fue el errante Ulises, haciéndose pasar por mendigo. Fue reconocido por su porquero Eumeo gracias a una cicatriz en su rodilla y juntos planearon cómo llegar al palacio. Allí vio su propia casa invadida por un numeroso grupo de ruines pretendientes, quienes esperaban casarse con la viuda del rey y hacerse con el trono de Ítaca. Los ciento ochocientos candidatos dilapidaban la fortuna de Ulises mientras aguardaban la decisión de Penélope.

El mendigo extranjero, al que habían permitido alojarse en el patio del palacio, habló con Penélope sin darse a conocer y la convenció para que prometiera su mano a aquel que fuera capaz de tensar el arco de Ulises y atravesar con una sola flecha los vanos de cinco hojas de hacha alineadas. Llegado el momento de la prueba, todos los pretendientes lo intentaron, pero ninguno lo consiguió. Al fin, el mendigo solicitó poder probar suerte. Ellos se mofaron de él, pero Penélope le permitió participar. Para sorpresa de todos, el extranjero tensó el arco y atravesó los cinco vanos. Entonces se inició una cruenta lucha en la que perecieron todos los pretendientes y aquellos criados que habían sido infieles. Tras la matanza, Ulises se dio a conocer a Penélope. Para convencerla de su verdadera identidad tuvo que describirle la cámara nupcial que había construido con sus propias manos hacía más de veinte años. Penélope y Ulises vivieron felices y envejecieron juntos.

En la espera se ven implicados el que espera y aquel a quien se espera. El primero debe armarse de paciencia, para lo cual, lo mejor es hacer algo mientras se espera, como tejer y destejer (o charlar con quien también espera o leer o mirar el móvil). El segundo debe esforzarse por ser digno de quien lo está esperando. Quien espera va tejiendo en su mente una idea de lo que espera, una idea que se va separando cada vez más de la realidad esperada hasta quedar convertida en un ideal, en una mortaja para cubrir la sombra en que se ha convertido lo que se esperaba. Por eso, muchas veces una larga espera acaba decepcionándonos: ¡eso no es lo que yo esperaba!

Esta paradoja de la espera queda perfectamente reflejada en la canción de Joan Manel Serrat Penélope. La protagonista espera en la estación, sentada en un «banco de pino verde» a aquel caminante que la enamoró hace mucho tiempo y que «paró su reloj una tarde de primavera». A fuerza de esperar, Penélope va tejiendo en su mente la figura perfecta de su amante, y cuando él regresa no lo reconoce: «Tú no eres quien yo espero», le dice, y continúa esperando «con su bolso de piel marrón y los zapatitos de tacón, sentada en la estación».

No le ocurre eso a la Penélope de Homero. Y no le ocurre por dos motivos. Primero, porque el ideal que su imaginación va tejiendo durante el día, desteje su razón por la noche. Segundo, porque Ulises se esfuerza por ser digno de tal espera: ha envejecido veinte años; sin embargo, sigue pudiendo tensar su arco. Cada cual, a su manera, tanto Penélope como Ulises son ejemplo de fidelidad:

ella es fiel esperando; él, afanándose por llegar.

Estamos acercándonos al final. Tras este paseo por la mitología clásica te habrás dado cuenta de que todo lo que la mitoterapia te ha ido recetando tiene un ingrediente principal: el amor. Solo si amas, serás feliz. Es decir, la felicidad exige ante todo amor. Pero el amor también es exigente, muy exigente. Su única condición es la fidelidad. Si no eres fiel, puedes querer amar, pero realmente no amas.

Ser fiel implica comprometerte con el amor. Él te exige totalmente; no puedes amar a ratos, a ráfagas, a medias. Por eso reclama que te entregues en cuerpo y alma, te exige alta fidelidad. Aquí no hay cantos de sirenas, no puedes nadar y guardar la ropa. El amor no tiene vara de medir, es insondable, eterno, infinito; su ADN es la fidelidad. «Ama, y haz lo que quieras», decía san Agustín; con una condición, añado yo: que te mantengas siempre (valga la redundancia) fiel.

GRACIAS A LAS MUSAS

Cuando Zeus hubo creado el mundo, preguntó a los demás dioses si creían que faltaba algo que pudiera completar su obra. Ellos respondieron al unísono que echaban de menos, en palabras de Píndaro, «una voz que cante la belleza del orden cósmico». Zeus, entonces, amó a la titánide Mnemosine, la bella hija de Urano y Gea, de la que nacieron las Musas.

Mnemosine, personificación de la memoria, fue engendrada para custodiar los recuerdos. Con suma delicadeza apartaba las experiencias negativas que intentaban pegarse a la memoria de los seres humanos, a la vez que esculpía en su corazón las positivas. El señor del Olimpo yació con ella durante nueve noches consecutivas y, al cabo de nueve meses, Mnemosine dio a luz nueve hijas. Conforme las iba trayendo al mundo, iba recordando cada noche de amor con Zeus. Como diosa de la memoria, no podía mirar a ninguna de sus hijas sin pensar en él. Con una fuerza que ella no era capaz de controlar, sus hijas le recordaban continuamente al omnipotente Zeus.

Mnemosine comprobó que su propia autoridad había sido debilitada desde que se unió con el dios. Los recuerdos perniciosos, que antes apartaba con facilidad de la memoria de los humanos, gozaban de un poder que ella ahora no podía controlar y se incrustaban en las mentes como el sello en la cera. Sus hijas le traían continuamente recuerdos agradables de su amor con Zeus, a costa de que los humanos sufrieran el remordimiento continuo de sus propios errores y vilezas.

Al contemplar su impotencia y el sufrimiento que causaba a los humanos por no poder olvidar, Mnemosine se entristeció y buscó la forma de favorecer a los mortales. Pidió consejo a sus padres, Gea y Urano. Ellos le exhortaron a que enseñara a sus hijas los secretos de la dicha de los dioses y luego las enviara a inspirar las mentes de los hombres.

—Solo ellas —susurró Urano en forma de viento— pueden hacer que vuelva la alegría a los corazones humanos.

Siguiendo la recomendación de sus progenitores, Mnemosine educó a sus hijas en las artes y las ciencias. A Calíope le enseñó la poesía épica; a Clío, la historia; a Polimnia, la pantomima; a Euterpe, la flauta; a Terpsícore, la danza; a Erato, la lírica; a Melpómene, la tragedia; la comedia, a Talía, y a Urania, la astronomía.

Cuando hubieron crecido las envió al mundo para que iluminaran las mentes de los mortales. De esta forma, el ser humano escribió grandes epopeyas que le sirvieron para recordar sus hazañas, inventó la historia para controlar sus recuerdos, la pantomima, la flauta y la danza para expresar la belleza, compuso bellos poemas para alentar sentimientos nobles, representó tragedias para enclaustrar el dolor, comedias para desatar la risa, y aprendió a leer en el cielo los designios de los dioses.

A este coro de las Musas se unieron las Cárites: Eúfrosine (Alegría), Aglaya (Resplandor) y Talia (Florecer), conocidas como las tres Gracias. Son diosas de la belleza que alegran el corazón de los hombres y danzan desnudas en corro, cogidas por los hombros, mirando dos de ellas hacia un lado y la otra en la dirección contraria.

Lo que hace que el ser humano sea humano se lo debemos a las musas. Ellas han inspirado toda la belleza que hemos sido capaces de crear a lo largo de la historia: la tragedia y la comedia, la épica y la lírica, el canto y la danza, la astronomía y la historia... Poetas, comediógrafos, músicos, historiadores, artistas, científicos, filósofos, oradores... se han puesto bajo su amparo y han tomado la responsabilidad de hacernos más humanos. Todos ellos han conjurado la protección, la inspiración y el favor de las hijas de Zeus y Mnemosine, divinas incitadoras de las artes y de las ciencias, alentadoras del espíritu creador. Gracias a las musas, y al trabajo de los artistas, la vulgar materia llega a convertirse en obra de arte; los sonidos, en música sublime; las palabras, en poesía; los pensamientos, en ideas, y las ideas, en teorías.

El mitógrafo debe también pleitesía al aliento de las musas. Gracias a su inspiración, rescata el mito y le da vida, como he intentado hacer en estas páginas. Los mitos son atemporales, pero necesitan ser contados una y otra vez,

necesitan ser recreados, escuchados e interpretados. La historia de las musas, que acabo de narrar, tiene muchos elementos añadidos. La tradición solo dice que son hijas de Zeus y Mnemosine (la memoria), las cuales nacieron tras nueve noches de amor; lo demás es interpretación propia. No está en el guion, es verdad, pero viene, si escuchamos atentamente, exigido por él.

Si Zeus no hubiera amado a Mnemosine, los humanos habríamos vivido eternamente solo con nuestros buenos recuerdos en una falsa inocencia, que se llama ingenuidad. Pero, si no hubiéramos sido asistidos por las hijas de la memoria, nos habría hundido el peso oneroso de nuestros errores pasados. Ellas nos han proporcionado una tregua en los afanes cotidianos y han sido y son un analgésico contra las tristezas de la vida.

Gracias a las musas, gracias a las nueve hijas de Zeus y Mnemosine, dispones de creaciones artísticas cuya finalidad principal es, si me permites parafrasear a Delibes, «aligerar la pesadumbre de vivir». Cuando Séneca fue condenado al ostracismo en Córcega, escribió a su madre Helvia recomendándole que tomara parte de su tiempo en visitar a los clásicos, los cuales, le dice, «te consolarán, te deleitarán; sanarán tu herida, te arrancarán toda la tristeza de tu corazón» (Consolación a Helvia).

Cuando lees un libro, escuchas una canción, recitas un poema, contemplas un cuadro o una escultura, estás participando de la inspiración que tuvo quien esculpió la escultura, pintó el cuadro, compuso el poema o la canción, o escribió el libro. Así como Thomas Edison decía que en el proceso del descubrimiento un noventa y ocho por ciento es transpiración (es decir, estudio y trabajo) y solo un dos por ciento, inspiración, te recomiendo que mientras esperas la gracia de las musas no te quedes mirando las musarañas.

Yo creo, como imaginaba William Butler Yeats, que existe un mito para cada ser humano. Tú tienes el tuyo. Si no lo has encontrado en este viaje, te invito a seguir navegando por la bibliografía que te propongo.

EPÍLOGO

PÍLDORAS DE MITOTERAPIA

La mitología tiene mucho más que contarte y la mitoterapia, mucho más que sugerirte. A modo de colofón, te ofrece diez píldoras con principios activos de fácil asimilación.

1. ATLAS

Hijo de Urano y, por tanto, hermano de Cronos. Cuando este liberó a Gea de la cópula de Urano, el cielo quedó suspendido lejos de la tierra. Para que no volviera a caer sobre ella, Zeus, que había vencido a los titanes, obligó a Atlas a sostener sobre sus hombros la bóveda celeste. Gracias a él se mantiene el orden del universo y estamos a salvo de un cataclismo.

Busca siempre alguien en quien apoyarte...

2. LEANDRO Y HERO

Leandro era un joven de Abidos, y Hero, una bella sacerdotisa de Afrodita que vivía en Sestos, dos ciudades separadas por el estrecho del Helesponto. Cada noche, Leandro atravesaba el istmo a nado e iba a verse con su amada, guiado por una lámpara que ella colocaba en la ventana. El trayecto era largo y peligroso, pero el amor (y aquel candil en la vidriera) orientaban al enamorado

Leandro. Pero ocurrió una noche de tormenta que el viento apagó la lámpara. Aunque siguió el rumbo que le marcaba su corazón, la falta de luz desorientó al valiente joven. Tras nadar a la deriva durante horas, se ahogó. A la mañana siguiente encontraron el cuerpo sin vida del joven enamorado. Dicen que durante mucho tiempo se seguía viendo la luz del candil en la ventana de Hero, hasta que un día se apagó. Fue cuando la joven se enteró de la muerte de Leandro.

No basta con que sigas solo lo que tu corazón te dicta...

3. EGEO

El barco que zarpó de Atenas hacia Creta, con Teseo a bordo, izaba velas negras, como si fuera un ataúd flotante. Llevaba en su bodega a los catorce jóvenes que iban a ser sacrificados al Minotauro. Egeo le había encargado a su hijo que, si regresaba victorioso, cambiara las velas negras por velas blancas. Ocurrió, como sabemos, que Teseo venció al monstruo y salió a toda prisa de Creta. Pero, quizá por la excitación de la victoria y las ganas que tenía de volver a su tierra, olvidó un pequeño detalle: cambiar las velas negras por las blancas tal y como le había encargado su padre. Egeo, que salía cada día a otear el horizonte, vio a lo lejos el oscuro barco y, desesperado, se arrojó desde el acantilado.

Cuida los pequeños detalles; pueden tener grandes consecuencias...

4. ARACNE

Aracne, hija de un famoso tintorero llamado Idmón de Colofón, era una doncella con extraordinarias dotes para tejer y bordar. Según se decía, las había recibido de Atenea; sin embargo, ella se negaba a aceptar que su arte fuera un don divino,

al contrario, se empeñaba en que su destreza se debía exclusivamente a su propio talento. Para demostrarlo se atrevió a desafiar a Atenea. Antes de aceptar el desafío, la diosa se presentó ante ella transfigurada en anciana y le previno para que fuera más humilde. Sin embargo, la doncella, lejos de doblegarse, instó a Atenea a bordar un tapiz más bello que el suyo.

Al poco tiempo, la diosa se presentó en casa de Aracne y le mostró un hermoso tapiz representando a los doce dioses en todo su esplendor y, en sus cuatro esquinas, otros tantos episodios que mostraban la derrota de los mortales que desafiaron a la divinidad. A su vez, Aracne había bordado un tapiz más fastuoso todavía, en el que dibujó las vergonzosas uniones de Zeus con mortales. Atenea se sintió vencida y rompió con rabia el tapiz de Aracne, prueba fehaciente de que la mortal tenía razón. Destruida la prueba, Aracne saboreó su propia impotencia e intentó ahorcarse, pero la diosa la salvó y la transformó en araña, condenada a tejer tapices transparentes.

No compitas, coopera...

5. IXIÓN

El propio Zeus castigó a Ixión por haberse enamorado de Hera. Para preservar a su esposa de las armas seductoras del rey de los Lapitas, construyó una réplica de Hera hecha de nube. Al verla, Ixión sedujo al fantasma y se unió con él creyendo que se trataba de la auténtica diosa. Tuvo un hijo, llamado Centauro, padre de los centauros. La cólera de Zeus aumentó y, como castigo, mandó a Ixión al Tártaro, atado a una rueda encendida que giraba sin cesar.

Cuídate de tus propios fantasmas...

6. ULISES Y EL PALADIO

Narra Apolodoro (Epítome, V) cómo entraron los griegos en Troya para hacerse con el Paladio. Según esta tradición, Diomedes acompañó a Ulises en la empresa y fue el primero quien robó el Paladio. Cuando volvían hacia el campamento, portaba Diomedes la estatuilla, mientras que Ulises iba un poco rezagado, guardando las espaldas y, por qué no decirlo, envidioso de no poder ser él quien llevase el preciado tesoro a los griegos. A medio camino, Ulises, siempre por detrás de Diomedes, levantó su daga contra su compañero con la intención de quitarle el trofeo, pero era noche de luna llena y su sombra delató las intenciones de Ulises. Diomedes reaccionó y aplacó el ataque con su espada. Ulises, que comprendió que había obrado mal, se negó a luchar y marchó delante de su acompañante.

No dejes que la envidia te domine...

7. PÍRAMO Y TISBE

Píramo y Tisbe eran dos jóvenes de Babilonia que estaban enamorados. Ovidio nos cuenta que sus familias, aunque eran vecinas (vivían pared con pared, como se dice), no aceptaban su relación y no permitían que se viesen. Pero, para dicha de Píramo y Tisbe, el tabique que los separaba tenía una grieta que, aunque pasara desapercibida para los padres, pronto la supo descubrir el ímpetu del deseo. La pequeña rendija no les dejaba juntar sus labios, pero sí unir sus alientos y decirse palabras de amor. Poco a poco, sintieron la necesidad de fundir sus labios y sus cuerpos. Decidieron al fin huir y concertaron el encuentro cuando estuviera ya cerrada la noche en una fuente a las afueras de la ciudad.

Encuentra la manera de conectar con los demás...

8. LA HISTORIA DE ULISES

Ulises, náufrago y amnésico, llegó al país de los Feacios. Ahí fue bien acogido por Alcínoo y su esposa, Arete, quienes le ofrecieron la mano de su hija Nausícaa. Durante un banquete en honor de los prometidos, un aedo templó su lira y comenzó a cantar las hazañas de los héroes griegos en el asedio de Troya. Al escuchar los bellos versos, Ulises se reconoció a sí mismo y comenzó a llorar. Alcínoo hizo callar al trovador y preguntó al extranjero por la causa de sus lágrimas. Entonces él dijo que al oír al rapsoda había recordado quién era: Ulises, rey de Ítaca, a quien los dioses vengativos le negaron el regreso a su tierra tras la contienda contra Troya. Todos quedaron estupefactos y Ulises continuó explicando que solo tenía un anhelo desde que había dejado la bien murada ciudad de Príamo: regresar a su patria.

Indaga quién eres...

9. EL OMBLIGO DEL MUNDO

Cuenta la mitología que, para determinar el centro del mundo, Zeus soltó dos águilas desde los extremos de la tierra. Las aves volaban a la misma velocidad y se cruzaron en Delfos. Allí colocó el rey de los dioses una piedra de forma cónica llamada omphalós, que significa ombligo, porque aquel lugar era por decreto divino «el ombligo del mundo».

No pretendas ser el ombligo del mundo...

10. EL AVE FÉNIX

Originaria de Etiopía, similar a un águila, pero mucho más grande, y con el plumaje ricamente coloreado, Fénix era única en su especie, por lo que no podía reproducirse como los demás animales. Sin embargo, nunca llegaba a morir, porque, cuando presentía su fin, hacía un nido con plantas aromáticas, se acurrucaba en él y le prendía fuego. El ave Fénix volvía a resurgir de sus propias cenizas. Este renacimiento tenía lugar bien cada quinientos años, bien cada mil cuatrocientos sesenta y uno, bien cada mil novecientos cincuenta y cuatro. En este punto no se ponen de acuerdo los mitógrafos.

Aprovecha las muchas oportunidades que te da la vida...

PERIPLO BIBLIOGRÁFICO

La mitoterapia te ha llevado por un mar lleno de mitos en un viaje apasionante, invadido de peligros y turbulencias, pero también con momentos de remanso que espero te hayan propiciado la reflexión. Las cartas de navegación que he utilizado son muchas y te animo a que las consultes tú también.

El periplo bibliográfico se inicia con los dos grandes poetas griegos: Homero y Hesíodo. Sus obras representan las fuentes más antiguas e importantes de la mitología clásica. Del primero son imprescindibles la *Ilíada*, donde se narran los últimos días de la guerra de Troya (Ilión, en griego), y la *Odisea*, que cuenta las peripecias del regreso de Ulises (Odiseús, en griego) a Ítaca; del segundo, no podemos dejar sin leer la *Teogonía*, o sobre el origen de los dioses, y *Trabajos y días*, que trata de la raza de los hombres, donde encontramos, entre otros, el mito de Pandora. A estos grandes poemas hay que añadir el *Escudo de Heracles*, también de Hesíodo, donde se cuenta la historia de Alcmena y Anfitrión, así como el «Catálogo de las mujeres» o «Eeas», incluido en los Fragmentos, comúnmente considerados hesiódicos. No debemos olvidar los Himnos homéricos, atribuidos a Homero, en los que se celebran las hazañas de los dioses. Todas estas obras se encuentran editadas por Gredos.

El mito fue fuente de inspiración de los certámenes teatrales que se celebraban todos los años en la esplendorosa Atenas del siglo v a. C. Eurípides, Sófocles y Esquilo son los tres grandes trágicos, conocedores como nadie del alma humana, en tragedias tan memorables como *Medea*, *Andrómaca*, *Hécuba*, *Electra*, *Las troyanas* e *Ifigenia en Áulide* de Eurípides; *Antígona* y *Edipo en Colono* de Sófocles; la *Orestía* y *Los siete contra Tebas* de Esquilo. De todas ellas hay numerosas ediciones en Gredos, en Alianza Editorial, en Cátedra y en Ediciones Clásicas, por citar las más importantes.

Una auténtica brújula ha sido la Biblioteca mitológica de Apolodoro, editada por José Calderón Felices en Akal/Clásica. Este compendio de mitología griega cumple a la perfección su cometido de guía, pero no va más allá, pues se limita a eliminar todo artificio literario que no constituya un suceso. De un estilo muy diferente, pero con igual valor orientador, ha sido la obra del latino Ovidio, desbordante de adornos poéticos, tanto si hablamos de su monumental

Metamorfosis, original historia mitológica universal en poesía, como si lo hacemos de sus Cartas de las heroínas, donde nos regala la correspondencia amorosa entre amantes de la mitología. He utilizado la Metamorfosis, editada por Alianza Editorial, y las Cartas de las heroínas, publicadas por Gredos.

Entre los mitógrafos griegos antiguos me han sido de gran ayuda en este viaje: Antonio Liberal, que escribe un Compendio de metamorfosis, donde recoge las más famosas transformaciones, catasterismos, desapariciones y ornitogonías de la mitología griega (Metamorfosis, Akal); Eratóstenes de Cirene, que recopiló en sus Catasterismos las leyendas míticas donde héroes y heroínas acabaron catasterizados, es decir, convertidos en estrellas (véase Catasterismos. Los mitos de las estrellas, Ediciones Clásicas); Partenio de Nicea, autor de Sufrimientos de amor, obra llena de venganzas criminales y pasiones adúlteras, incestuosas e, incluso, necrofílicas, junto a episodios que defienden la castidad, la fidelidad y el perdón (véase en Manuel Sanz Morales, Mitógrafos griegos, Akal/Clásica); Apolonio de Rodas, que escribió las Argonáuticas, poema épico sobre el viaje de Jasón y los argonautas (Cátedra); Porfirio, que hace una interpretación alegórica de la Odisea en su obra La gruta de las ninfas. Carta a Marcela; Quinto de Esmirna, que escribió un poema épico titulado Posthoméricas, fundamental para conocer los mitos del ciclo troyano (ambas obras están publicadas en Ediciones Clásicas); y Nonno de Panápolis, autor de las Dionisiacas (Gredos).

También he tenido en cuenta las interpretaciones evemeristas y racionalistas del mito, como la obra de Paléfato, Sobre fenómenos increíbles (véase en Manuel Sanz Morales, Mitógrafos griegos, Akal/Clásica); la Refutación o enmienda de relatos míticos antinaturales (idem), de Heráclito; o el códice conocido como Anónimo Vaticano que tiene el mismo título que el texto de Paléfato: Sobre fenómenos increíbles (idem). Para entender cómo interpretan los mitos estos autores, pondré el ejemplo de la Quimera, el monstruo con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente, que echaba fuego por la boca. Para Paléfato, era un monte que «por el acceso delantero habitaba un león y por el trasero una serpiente, que causaban daños a los leñadores y pastores. Entonces llegó Belerofonte e incendió el monte y las bestias perecieron». Por su parte, Heráclito explica: «Una mujer que gobernaba una región tenía a su servicio a dos hermanos, llamados León y Serpiente. Y como era desleal y asesinaba a los forasteros, Belerofonte la mató». Por último, el Anónimo Vaticano, citando a Plutarco, dice que «Quimera era un monte orientado al sol, y que en época de calor producía reflejos y destellos violentos y ardientes, por cuya causa, al diseminarse por la llanura, agostábanse los frutos. Belerofonte, al tener noticia,

cortó la parte más llana del barranco y evitó por completo que siguiera enviando reflejos».

Sobre la exégesis de los mitos, Giovanni Boccaccio nos dice que son «polisenos», es decir, que tienen múltiples significados y que se puede establecer una escala desde el sentido literal hasta el alegórico. El significado literal «se obtiene a través de la corteza» y los demás, tras arrancar la corteza. Boccaccio pone un ejemplo:

«Según la ficción poética, Perseo, el hijo de Júpiter, mató a la gorgona y, vencedor, voló a los aires. Cuando se lee esto al pie de la letra se le concede significado histórico. Si se busca un significado moral a partir de esta literalidad, aparece la victoria del prudente contra el vicio y el acceso de la virtud. Pero si queremos tomarlo de una manera alegórica, se designa como la elevación de la mente piadosa, una vez despreciados los placeres mundanos, al cielo. Además, también se podría decir con un sentido místico que mediante la fábula se representa la ascensión de Cristo junto al padre una vez que ha triunfado como príncipe del mundo» (Genealogía de los dioses paganos, Editora Nacional).

La fuerza de los vientos me ha llevado repetidas veces a la costa itálica, donde he encontrado a Ovidio deseoso de orientarme. Pero allí no solo se encuentra él, sino otros autores que también se han comportado como auténticos cicerones. Me refiero al poeta Virgilio, autor de la réplica latina de la obra homérica: la Eneida (Alianza Editorial). Allí relata la caída de Troya y el tortuoso viaje de Eneas hasta llegar al Lacio. Es de destacar el episodio de los amores de la reina fenicia, Dido, y Eneas, llenos de sensualidad y dramatismo, del que deliberadamente he prescindido en este libro por querer centrarme exclusivamente en la mitología griega. También me ha socorrido Apuleyo con su novela Las metamorfosis o El asno de oro (Altaya): el joven Lucio narra en primera persona su viaje a Grecia, donde una bruja lo transforma en asno. En la obra de Apuleyo se encuentra una versión del mito de Eros y Psique. Por último, me ha servido de guía la clara exposición de los mitos más importantes que hace Higino en sus Fábulas mitológicas (Alianza Editorial).

El viaje por la mitología puede convertirse en una verdadera odisea si no se va bien equipado. Por eso, no he escatimado la ayuda de los diccionarios de mitología y la bibliografía especializada.

Sobre las decenas de diccionarios que puedes encontrar, te recomiendo el

Diccionario de mitología griega y romana del profesor Pierre Grimal (Paidós) y el dirigido por René Martín (Espasa-Calpe).

Entre la abundante bibliografía sobre mitología, solo citaré dos libros, pues no es bueno viajar con excesivo peso: Los mitos griegos de Robert Graves (Alianza) y El universo, los dioses, los hombres de Jean-Pierre Vernant (Anagrama).

Muchos consagrados escritores de nuestro país han sido mitógrafos, han narrado los mitos clásicos a su manera y a su manera los han acercado a los lectores de todas las edades. Valgan estos cuatro ejemplos:

Fernán Caballero (seudónimo de Cecilia Böhl de Faber) escribió La mitología contada a los niños e historia de los grandes hombres de la Grecia (reeditado varias veces desde su primera edición en 1867). La obra está dividida en tres partes: mitología, historia de los héroes y semidioses e historia de los hombres célebres de Grecia, y está ilustrada con un centenar de grabados.

Carles Riba publicó La leyenda de los dioses (Muntañola, 1923), también con atractivas ilustraciones, donde explica los orígenes de los dioses del Olimpo y otras divinidades del mar, la tierra y el Averno.

Alejandro Casona, en su Flor de leyendas (Espasa-Calpe), adapta al lector infantil algunas obras clásicas de la literatura universal. En el capítulo titulado «Héctor y Aquiles» adapta la Ilíada. Por esta obra le fue concedido el Premio Nacional de Literatura en 1932.

Por su parte, Fernando Díaz-Plaja compuso una Mitología para mayores (Plaza y Janés, 1978) en clave de humor y cierto análisis psicológico. También es autor de Un corresponsal en la guerra de Troya (Plaza y Janés, 1975).

¡Que tengas buen viaje!